

# ORIGENES DEL HOMBRE

**El mundo  
romano (I)**

**51**



folio











EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>



ORIGENES DEL HOMBRE

---

# **El mundo romano (I)**

---

folio

---



**Dirección editorial:** Julián Viñuales Solé

**Autor:** Michael Vickers

**Asesores:** John Boardman, Basil Gray, David Oates

**Coordinador de la colección:** Julián Viñuales Lorenzo  
(Institute of Archaeology, London)

**Coordinación técnica:** Pilar Mora

**Diseño cubierta:** STV Disseny

**Publicado por:**

Ediciones Folio, S. A.

Muntaner, 371-373

08021 Barcelona

© Andromeda (Oxford) Ltd. All rights reserved

© Ediciones Folio, S.A., (2-5-1995)

ISBN: 84-7583-427-2 (obra completa)

84-7583-998-3 (volumen I)

Impresión:

Cayfosa, Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona)

Depósito Legal: B-10694-94

*Printed in Spain*



# Contenido

## VOLUMEN I

Prefacio .....	7
Tabla cronológica .....	8
Introducción .....	9
<b>Capítulo primero:</b> <b>Civilización romana .....</b>	<b>17</b>
<b>Capítulo segundo:</b> <b>La caída y el redescubrimiento del mundo antiguo .....</b>	<b>29</b>
El triunfo de César .....	41
<b>Capítulo tercero:</b> <b>Excavación y arqueología de campo .....</b>	<b>51</b>
Pompeya .....	67







# Prefacio

Las conquistas de Roma, desde sus modestos inicios a orillas del Tíber hacia el 800 a.C. hasta la dominación del Mediterráneo y Europa occidental durante los primeros siglos de la era cristiana, es uno de los capítulos más brillantes de la Historia. Aunque los escritores antiguos han trazado los grandes rasgos de esta historia, la arqueología puede ayudar a despejar las lagunas y proporcionarnos información inestimable acerca de, por ejemplo, la cultura material de los primeros habitantes de la ciudad de Roma o de sus vecinos etruscos. Puede ilustrar la transición de Roma de su condición provincial a la hegemonía política y artística del Mediterráneo, y mostrar hasta qué punto sirvió de conductor de la cultura principalmente griega del Mediterráneo oriental hacia el oeste. La arqueología también nos puede ayudar a comprender cómo los habitantes del Imperio romano, con sus distintas tradiciones locales, asimilaron el mensaje grecorromano. Así, los restos de primitivas viviendas de la Edad de Hierro del Palatino sirven para recordarnos los humildes orígenes de Roma; el moderado boato de los relieves del Ara Pacis, cincelados por escultores griegos inmigrantes de finales del siglo I a.C., nos muestra cómo las ideas políticas romanas pudieron ser expresadas en términos visuales desarrollados cinco siglos antes en Atenas, y la diestramente demolida fortaleza legionaria de Inchtuthil, en Perthshire, Escocia, nos impresiona por la habilidad organizativa de la maquinaria militar romana, aun en retirada.

Los medios empleados por los arqueólogos para obtener información sobre la civilización romana son diversos, pero el factor común es siempre el interés por los restos materiales, se lleve a cabo la investigación sobre el terreno o en un museo, en la biblioteca o en el laboratorio. Un arqueólogo podría estar interesado en la antigüedad romana desde el punto de vista del historiador del arte; otro, desde la perspectiva del historiador ambiental. El primero podría preparar un catálogo de retratos de emperadores romanos; el segundo, presentar evidencias convincentes de las penosas condiciones de vida de nuestros duros ancestros con el descubrimiento de una chinche romana de Warwick. Cuidadosamente (a veces torpemente) desenterrada, o encontrada por azar, la mayor parte de la materia prima de la que se sirven los arqueólogos proviene del terreno. Una excavación arqueológica es un intento de satisfacer la curiosidad acerca del pasado, de responder a preguntas sobre la historia del hombre. Fue este mismo espíritu

el que impulsó al cardenal Próspero Colonna cuando en el siglo xv investigó los barcos romanos hundidos en el lago Nemi, y el que estimuló al general Pitt Rivers cuando en el siglo xix exploró los restos de Cranbourne Chase. Las técnicas de excavación han evolucionado y mejorado con los siglos, especialmente en el xx, y hoy abundan los instrumentos de apoyo (demasiado, tal vez, ya que el azote de los detectores de metales ha permitido la destrucción, por vándalos, de varios emplazamientos importantes).

Uno de los objetos principales de este libro es el interés del hombre medieval, renacentista y moderno por el pasado de Roma, y las diversas maneras en que éste ha sido estudiado e interpretado. La historia de la arqueología es un reflejo bastante fidedigno de la historia de las ideas. También consideraremos algunas de las formas en que los conocimientos de la Antigüedad afectaron a las artes en distintos períodos; cómo un artista como Andrea Mantegna, en la Mantua del siglo xv, obtenía bocetos más bien pedestres de relieves romanos clásicos y los traducía a algunos de los productos más exquisitos del arte renacentista, y de qué manera el descubrimiento en Pompeya de frescos ornamentados ha influido en la decoración de interiores de Europa y los Estados Unidos desde el siglo xviii hasta nuestros días.

La antigüedad romana está a disposición del turista. Prácticamente en cualquier lugar dentro de las que fueron las fronteras del imperio se encuentran abundantes restos romanos, aunque a veces resulten difíciles de detectar: seguir el curso de una carretera romana puede suponer un paseo instructivo por el campo en Gran Bretaña. Y, una vez excavados, muchos emplazamientos británicos son confiados al Departamento de Medio Ambiente, que los vuelve a cubrir con jardines primorosamente cuidados. Podemos encontrar ruinas más espectaculares en Renania (por ejemplo, en Trier), el sur de Francia (Arles, Nîmes, Orange), España (Mérida, Segovia, Itálica), Yugoslavia (Pola, Split) y, por supuesto, Italia. La mayor parte de los emplazamientos griegos tienen más edificios romanos que otra cosa, y Turquía, Próximo Oriente y África del Norte poseen algunas de las antigüedades romanas mejor conservadas: Éfeso en Turquía, Baalbek en Líbano, Masada en Israel, Salamina y Paphos en Chipre, Leptis Magna y Sabratha en Libia, Dougga y Sbeitla en Túnez, Djemila y Timgad en Argelia, y Volubilis en Marruecos. Pero vaya y vea por sí mismo, querido lector.



# Tabla cronológica

Política y sociedad	Arquitectura y cultura
<p>a. C. 751 Fundación legendaria de Roma por Rómulo</p> <p>c. 616-509 Roma es gobernada por reyes etruscos</p> <p>509 Tras la expulsión del último monarca etrusco, se instaura la República</p> <p>494 Se crea el cargo de tribuno para proteger los derechos de los plebeyos</p> <p>493 Roma se une a la Liga Latina, creada por sus vecinos para la mutua protección</p> <p>449 Se inicia la publicación de las leyes de las doce tablas, que codifica la ley romana vigente</p> <p>396 Roma viola su pacto con la Liga Latina, anexionándose nuevos territorios</p> <p>390 Los galos saquean Roma pero se retiran pronto</p> <p>340-338 Roma desafía y disuelve la Liga Latina</p> <p>c. 290 La victoria sobre los samnitas consolida la dominación romana de la Italia central</p> <p>287 La lex Hortensia transfiere el poder legislativo de los aristócratas a los plebeyos</p> <p>275 Roma ostenta el gobierno indiscutible del sur de Italia</p> <p>264-241 La Primera Guerra Púnica con Cartago concluye con la victoria final de los romanos</p> <p>218-201 La Segunda Guerra Púnica acaba con un triunfo romano, pese a la extraordinaria invasión de Aníbal a través de los Alpes</p> <p>c. 211 Primer denario de plata</p> <p>197 Roma derrota a Filipo V en Cinocéfalos</p> <p>149-146 Tercera Guerra Púnica: Roma sitia y destruye Cartago</p> <p>146 Destrucción de Corinto</p> <p>133-122 Reformas agrarias de los hermanos Graco</p> <p>121 Roma conquista la Galia meridional</p> <p>112-106 Guerra contra el rey nortáfricano Yugurta</p> <p>87 Se desata la violencia entre partidarios de los aristócratas y la plebe</p> <p>81 El general aristócrata Sila se convierte en dictador y reforma la constitución y el senado</p> <p>73-71 Espartaco lidera una revuelta de esclavos que acaba en sangrientas represalias contra los rebeldes</p> <p>63 Cicerón se convierte en cónsul</p> <p>60 Se forma el Primer Triunvirato: Pompeyo, César y Craso</p> <p>58-51 César dirige una serie de grandes campañas en Galia</p> <p>49-48 Estalla la guerra civil; César derrota a Pompeyo</p> <p>48 César conoce a Cleopatra en Egipto</p> <p>46 César es nombrado dictador por diez años</p> <p>44 César es asesinado; Marco Antonio se hace con el mando de Roma</p> <p>43 Octavio, heredero de César, es elegido cónsul; forma el Segundo Triunvirato con Marco Antonio y Lépido</p> <p>42 El Segundo Triunvirato derrota a los asesinos de César en Filipo</p> <p>41 Marco Antonio conoce a Cleopatra en Egipto</p> <p>31 Marco Antonio y Cleopatra son derrotados en Accio por Octavio</p> <p>27 Octavio se convierte en emperador y asume el título de Augusto</p> <p>c. 4 Nacimiento de Cristo</p> <p>d.C. 14 Muere Augusto; Tiberio se convierte en emperador</p> <p>37 Calígula se convierte en emperador</p> <p>43 Empieza la conquista de Britania</p> <p>54 Nerón se convierte en emperador</p> <p>64 Roma se incendia, lo que sirve de excusa para que Nerón emprenda la primera persecución de los cristianos</p> <p>79 Erupción del Vesubio, sepultando Pompeya y Herculano</p> <p>135 Adriano suprime la revuelta de los judíos y les prohíbe el acceso a Jerusalén</p> <p>161 Marco Aurelio se convierte en emperador</p> <p>193 Septimio Severo es proclamado emperador</p> <p>212 Caracalla concede la ciudadanía romana a todos los hombres libres de las provincias romanas</p>	<p>a.C. 509 Consagración del Templo de Júpiter, en el Capitolio</p> <p>498 Construcción del Templo de Saturno</p> <p>312 Construcción de la primera carretera romana, la Via Appia</p> <p>312 Primer acueducto romano</p> <p>264 Primer registro de combates de gladiadores</p> <p>240 Se inauguran la tragedia y la comedia latinas con las obras de Livio Andrónico</p> <p>221 Construcción del Circo Flaminio</p> <p>220 Construcción de la Via Flaminia</p> <p>c. 205 Se representa la comedia <i>El soldado fanfarrón</i>, de Plauto</p> <p>204 El poeta Ennio llega a Roma</p> <p>166 Se representa <i>Andria</i>, del comediógrafo Terencio</p> <p>c. 160 Cato compone su principal tratado sobre agricultura</p> <p>131 Se publican las sátiras de Lucilio</p> <p>81 Cicerón da su primer discurso</p> <p>c. 62 El poeta lírico Cátulo llega a Roma</p> <p>c. 55 Se construye el Teatro de Pompeyo, el primer teatro de piedra de Roma</p> <p>c. 55 Muerte de Lucrecio, autor del gran poema filosófico <i>De rerum natura</i></p> <p>51 César publica sus <i>Comentarios</i> sobre las Guerras de las Galias</p> <p>c. 50-40 Se pintan los murales de la Villa de los Misterios, en Pompeya</p> <p>48 Se incendia la Biblioteca de Alejandría</p> <p>46 Consagración del Foro Julio de César</p> <p>44 Cicerón pronuncia sus <i>Filípicas</i> contra Marco Antonio</p> <p>c. 41 El historiador Salustio publica su historia de la guerra contra Yugurta</p> <p>39 Se funda la primera biblioteca pública</p> <p>c. 37-30 El poeta Virgilio escribe sus <i>Geórgicas</i></p> <p>c. 35-30 Aparecen las <i>Sátiras</i> del poeta Horacio</p> <p>c. 33-16 El poeta Propertio compone sus <i>Elegías</i></p> <p>28 Se restauran 82 templos romanos</p> <p>19 Muere Virgilio; se publica a título póstumo su <i>Eneida</i></p> <p>13 Consagración del Teatro de Marcelo</p> <p>2 Augusto consagra el foro que lleva su nombre</p> <p>d.C. 8 El poeta Ovidio es desterrado de Roma</p> <p>77 Aparecen los 102 volúmenes de la <i>Historia Natural</i> de Plinio el Viejo</p> <p>79 Consagración del Coliseo</p> <p>c. 82 Se construye el Arco de Tito en recuerdo de la victoria de Tito sobre los judíos</p> <p>86 Se publican los primeros libros de los <i>Epigramas</i> del poeta Marcial</p> <p>98 Aparece la <i>Germania</i> del historiador Tácito</p> <p>c. 100 Se publican las primeras sátiras de Juvenal</p> <p>112 Consagración del Foro Trajano</p> <p>118-128 Adriano reconstruye el Panteón en Roma</p> <p>c. 121 Suetonio publica su <i>Vida de los doce Césares</i></p> <p>130-138 Adriano construye una villa elaborada en Tívoli</p> <p>c. 176 Se construye la columna de Marco Aurelio</p> <p>197 La <i>Apología</i> de Tertuliano refuta las acusaciones contra los cristianos</p> <p>212-216 Se construyen los Baños de Caracalla</p>



# Introducción

«Por favor ven a mi fiesta de cumpleaños, querida hermana, en los idus de septiembre»: éste es el ejemplo más antiguo conocido de un escrito de mujer en latín. La carta de Claudia Severa fue hallada en 1985 en Vindolanda, cerca de la Muralla de Adriano, en el norte de Umbría, donde su marido era comandante de una unidad. No es sino uno de los nuevos y apasionantes descubrimientos realizados en los doce años desde la aparición de este libro. Recientemente, los restos materiales del mundo romano han suscitado gran interés entre estudiosos y expertos. Hemos asistido a la publicación de trabajos de campo, informes de excavaciones y catálogos de exhibición que han arrojado nuevas luces sobre áreas de las que antes apenas sabíamos. Los jóvenes estudiosos han dado muestras de una alentadora voluntad de combinar los hallazgos de la arqueología y la historia antigua para producir un retrato más completo de la antigua sociedad romana. Una prueba del interés generado por este tema es la reciente creación de una publicación periódica especializada, *Journal of Roman Archeology*. A continuación presentamos una visión de conjunto breve y necesariamente selectiva de un tema que tiene muchas derivaciones.

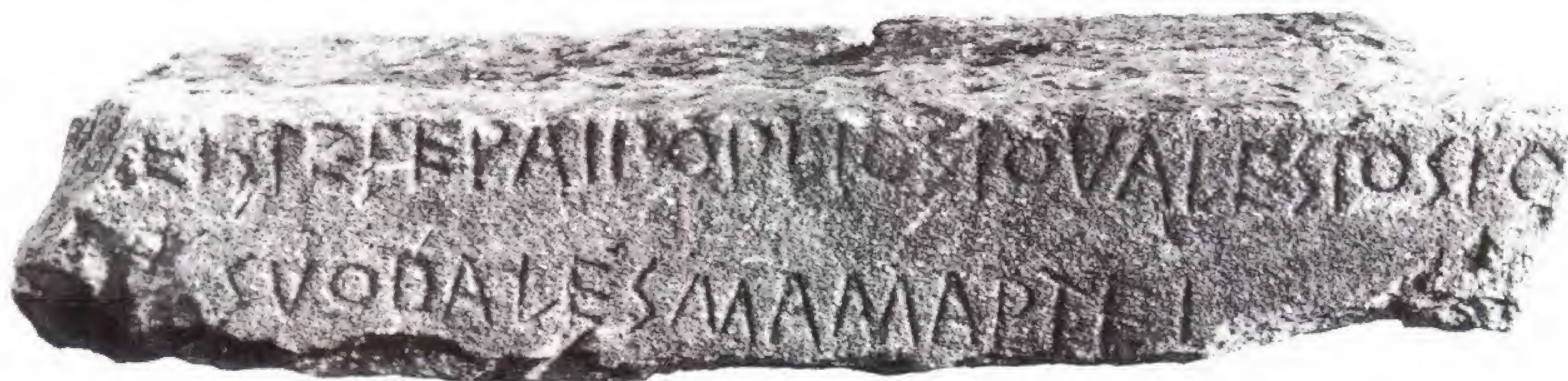
La razón de este interés renovado en el mundo romano es un tema interesante en sí mismo. En parte, se debe a la existencia de un gran público culto que siente curiosidad por una época cuyos restos físicos son apreciables en el área del Mediterráneo y en gran parte de Europa. En parte, porque los ecos imperiales del Sacro Imperio Romano, de Napoleón o del —afortunadamente— efímero Reich de los Mil Años han dejado de ser acuciantes temas de actualidad; el Tratado de Roma es un instrumento de unidad europea más benévolo,

Una inscripción descubierta en 1977 en las excavaciones del Templo de Mater Matuta, en Satricum, 50 km al sur de Roma. Reza: «Los compañeros de Publio Valerio dedican esto a Marte». Es posible, pero no del todo seguro, que el Publio Valerio en cuestión fuese Publio Valerio Publicola, uno de los primeros cónsules de la República romana.

y la nueva y bien acogida tendencia a reunificar la Europa del este y la del oeste genera inevitablemente interés por un período en que gran parte de Europa estuvo unida durante siglos. Mientras que el moderno desarrollo económico ha ocasionado la destrucción de gran parte de lo que se conservaba, como resultado de la edificación en viejos centros cívicos, de la construcción de carreteras o de la mecanización agrícola, la creciente toma de conciencia de la importancia del pasado romano ha promovido excavaciones «de rescate» en previsión de nuevas construcciones.

Sin embargo, los resultados de la arqueología de rescate son, inevitablemente, fragmentarios y fortuitos. Una manera de enfocar este problema es conducir las excavaciones de investigación con vistas a resolver preguntas específicas. Se han puesto en práctica varios trabajos de este tipo, siendo tal vez los más importantes los programas de investigación dirigidos por arqueólogos italianos, británicos y estadounidenses en las proximidades de Cosa, en Etruria. Otra manera es escribir obras de síntesis como la serie que ahora mismo está publicando Timothy Potter, del British Museum. Su propio estudio reciente, *Roman Italy*, ha elevado el listón, y hay otros volúmenes en camino.

**La ciudad de Roma.** La capital del Imperio romano es hoy la capital de Italia. Ciudad de cuatro millones de habitantes, la mayoría de los cuales se moviliza en automóvil, Roma está inevitablemente amenazada por problemas de contaminación atmosférica. Aunque los motoristas han sido excluidos de grandes áreas del casco antiguo en favor de los peatones y turistas, poco se ha hecho, o se puede hacer, para atajar el problema subyacente. Muchos monumentos romanos han permanecido envueltos desde que en 1982 se emprendiera un programa de limpieza y conservación. Recientemente, las columnas de Trajano y Marco Aurelio han surgido limpias y frescas, pero, ¿cuánto tiempo resistirán así antes de que sus superficies se conviertan en polvo? Ha habido proyectos





sobre papel para protegerlos con cristales, pero nunca se han llevado a la práctica; se ha sugerido que los monumentos fueran desmantelados y colocados en museos contruidos para ese propósito, como se hizo una vez con el Ara Pacis. Sin embargo, no se ha aportado ninguna solución entre lo viable y lo económico. Similares consideraciones rodean a otros monumentos cuya restauración está a punto de completarse: verlos pronto o no verlos más.

Varios de estos monumentos están situados en el Foro Romano, escenario de gran actividad arqueológica en años recientes. Los excavadores de la Universidad de Pisa han encontrado lo que, a su juicio, son las murallas del *pomerium* original, los «límites» de la ciudad legendaria de Roma, fundada por Rómulo en las laderas de la colina Palatina. Se cree que las murallas fueron levantadas en el siglo VIII a.C., y su existencia ha supuesto una revaloración de la situación de la Roma arcaica. A juzgar por recientes hallazgos, no era un villorrio de cabañas de zarzo y argamasa, sino un centro cívico de ciertas pretensiones.

En la actualidad, el Foro está siendo objeto de gran atención internacional. Arqueólogos británicos trabajan en el área de la Basílica Emilia; daneses debajo del Templo de Cástor y Pólux; norteamericanos frente al Templo de Vesta; franceses en la parte alta de la colina Palatina, y suizos cerca de los cimientos de la «Casa de Tiberio». Hace unos años, las autoridades municipales anunciaron un proyecto para excavar toda el área ocupada por el Foro Romano y los foros contruidos por los emperadores, con el fin de crear un vasto parque arqueológico, pero las protestas fueron tan clamorosas que ha dejado de ser una propuesta seria. La ciudad no había sido amenazada de semejante destrucción, se objetó, desde que el aventurero normando Robert Guiscard saqueara Roma unos 900 años atrás.

**Oro, plata, metrología y minería.** Rara vez se encuentran metales preciosos en las excavaciones controladas; la mayor parte se encuentra por azar o por buscadores de tesoros (en este sentido, el detector de metales ha sido una bendición). La gente de la antigüedad no solía enterrar objetos de oro y plata, y, si lo hacían en alguna situación de emergencia, por lo general acababan recuperándolos. Las circunstancias por las que no se recuperaba un tesoro en la antigüedad eran, presumiblemente, excepcionales; por ello, los tesoros sugieren tiempos especialmente convulsos. Si bien sabemos por inventarios que algunos romanos poseían vajillas de oro y plata, es inusual encontrar vasijas de oro en los tesoros. Lo más probable es que, en la mayoría de los casos, ocultasen las vasijas de plata molestas y se llevasen las de oro para fines inmediatos. El Tesoro Thetford, hallado en Norfolk en 1979, presenta varias incógnitas en la medida en que contiene una cantidad importante de joyas de oro sin usar: principalmente anillos, hebillas y brazaletes. Tres coladores de plata y 33 cucharas, la mayor parte inscritos, parecen haber pertenecido a las autoridades de un santuario del dios pagano



Una hebilla de oro del Tesoro Thetford, encontrada en Norfolk, Inglaterra, en 1979. El lazo está decorado con cabezas de caballos estilizadas y la placa rectangular presenta un sátiro en relieve.

Fauno. El tesoro fue depositado, con toda probabilidad, hacia finales del siglo IV, en tiempos en los que el cristianismo estaba substituyendo rápidamente al paganismo como religión del Imperio romano. El Tesoro Thetford fue dado a conocer con gran prisa y, aunque aún quedan muchas preguntas en el aire, al analizar los pesos de los objetos de plata se descubrió que tenían un patrón común. Las cucharas de una serie estaban concebidas, aparentemente, para que pesaran una onza romana (27 gramos) cada una, y el peso total del otro grupo era, aproximadamente, de una libra y media romana (491 gramos).

La cuidadosa atención prestada a la metrología en la publicación de 1983 del Tesoro Thetford marcó una nueva orientación en el estudio de la metalistería. Por lo general, los catálogos no incluyen el peso de los objetos hechos con metales preciosos, y menos aún se analizan para obtener datos sobre la vida económica en el pasado. Sin embargo, parece ser que en la Antigüedad hubo una larga tradición consistente en fabricar los objetos de metales preciosos ajustándose a ciertos estándares de peso; las vajillas de oro y plata eran una moneda de cambio tan importante como las propias monedas, y el hecho de saber que un objeto, o un grupo de objetos, representaban una cantidad determinada, debió de haber ayudado a calcular la riqueza de las personas. Pasar por alto estas —literalmente— ricas fuentes de información es perderse una buena parte de lo que los antiguos consideraban importante.



Por lo general, las vajillas de oro y plata estaban exquisitamente ornamentadas, y pocas piezas se podrían comparar con el ánfora de plata descubierta en el mar cerca de Baratti (Populonia) en 1968, recientemente puesta en exhibición en Florencia tras una larga y laboriosa restauración. El ánfora pesa más de 7,5 kg y mide 61 cm de alto. La superficie está decorada con 132 medallones distintos de músicos, bailarines, deidades y personificaciones dispuestos en nueve hileras en el cuello y el cuerpo. Presumiblemente se fabricó en la Siria romana hacia finales del siglo IV d.C.

Keith Hopkins ha calculado que el presupuesto anual de las autoridades centrales del Imperio romano a principios del siglo I d.C. ascendía a poco más de 800 millones de sestericios (una unidad aproximadamente igual a un gramo de plata). Las comparaciones directas con la actualidad pueden resultar algo ilusorias, pero esta cantidad es equivalente, al precio actual de la plata (1989), a cerca de 15.000 millones de dólares. Cerca de la mitad de esta suma se destinaba al ejército. Puesto que los impuestos se recaudaban en función del 10 por ciento, esto supone un gasto total anual auditado de 150.000 millones de dólares, sin tomar en cuenta los ahorros privados individuales en moneda y oro, ni los ricos patrimonios en tesoros de los templos. Hopkins también cree que el equivalente a 250 kg de trigo (que cubre el coste de la comida, la ropa, la calefacción y la vivienda) por persona y por año es una estimación modesta, pero razonable, de las necesidades mínimas de un individuo en la antigüedad. Una vez más, una comparación con la modernidad debe considerarse con cautela, pero esto habría significado unos 50 dólares por año. Si esto representa el mínimo en un imperio de unos 50 millones de habitantes, entonces no cabe duda de que había lugar para la acumulación de grandes fortunas en los estratos más altos de la pirámide social.

Una fuente importante de plata en el mundo romano era España, y entre las minas españolas destacaban, antes como ahora, las de Río Tinto. La minería a cielo abierto en el lugar de las obras antiguas ha revelado las casas del más grande asentamiento minero romano conocido hasta la fecha, así como una amplia y profunda sección transversal en los trabajos mineros del temprano período Imperial. Esta última fue cuidadosamente limpiada como parte de un programa de investigación llevado a cabo a mediados de los setenta por Barri Jones, de la Universidad de Manchester, que permitió ver los hornos, el carbón, el ladrillo refractario y la escoria abandonados por los mineros romanos. Las evidencias cerámicas sugieren que los trabajos a gran escala se interrumpieron hacia finales del siglo II d.C., tal vez como consecuencia de la deforestación del área circundante (se utilizaba madera para hacer carbón —que se empleaba en el proceso de refinamiento— y para apuntalar los pozos), quizá como resultado de una invasión morisca en la década del 170. No parece casual el hecho de que, tras quedar fuera de funcionamiento la principal fuente de plata de los romanos, se redujera considerablemente la acuñación de plata durante la

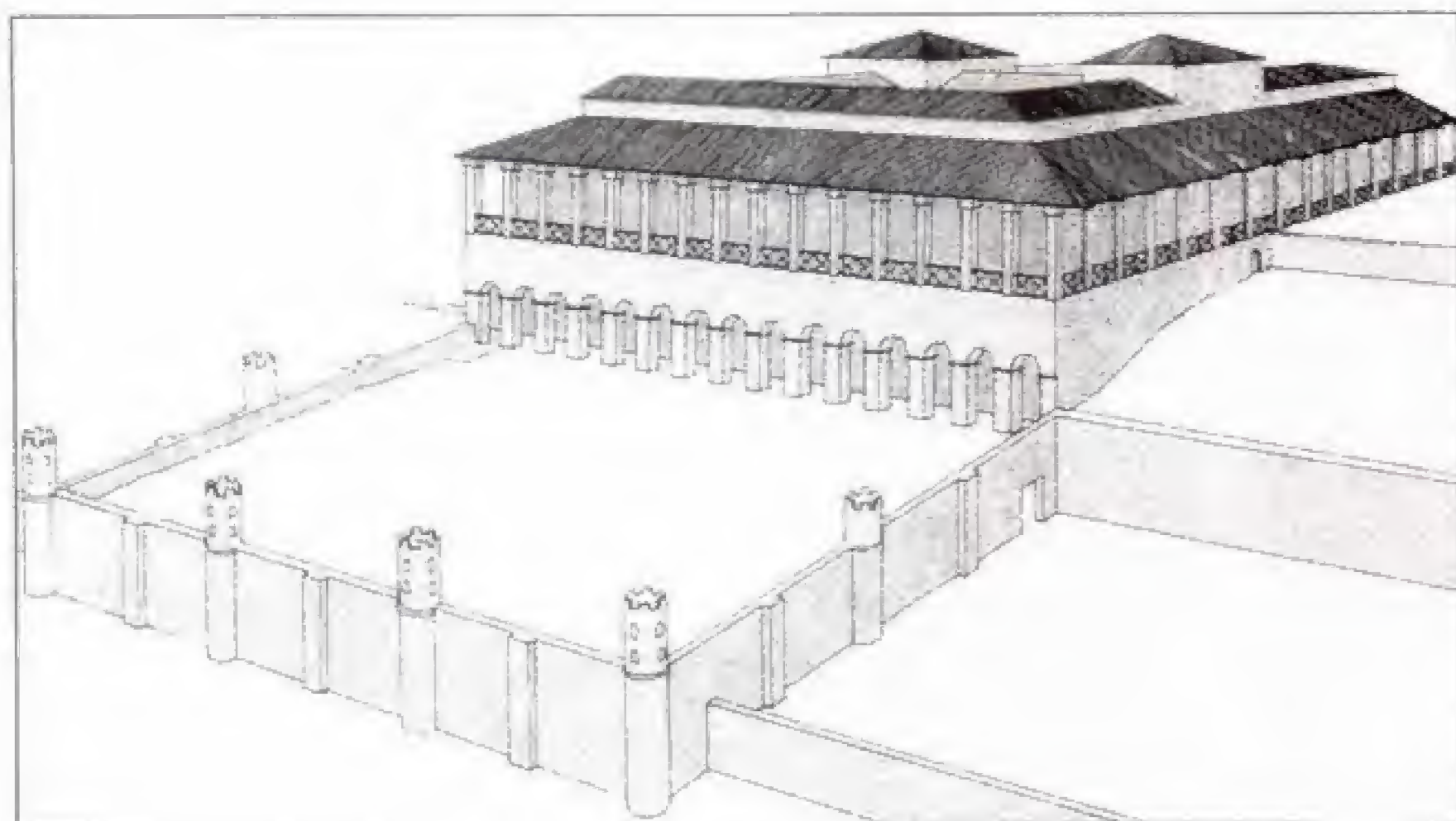
etapa del emperador Cómodo (180-192): los hallazgos de denarios en Gran Bretaña se reducen en un 50 por ciento, y los de Alemania en un 65 por ciento.

**Villas y agricultura romanas.** Una cantidad considerable de la riqueza romana provenía de la tenencia de tierras y la agricultura, y las investigaciones recientes se han ocupado, en buena parte, de dilucidar los interrogantes que esta cuestión formula. No hace mucho, poco era lo que se sabía a partir de las excavaciones de las villas romanas en Italia. En efecto, se sabía más acerca de las fincas y residencias de campo de Inglaterra. Pero la figura ha cambiado, y lo ha hecho en buena medida gracias al trabajo pionero de arqueólogos británicos en Italia. Gran parte del mérito corresponde al desaparecido John Ward-Perkins, durante varios años director de la British School en Roma, quien fomentó la excavación de dos pequeñas villas en Francolise, en el Ager Falernus, al norte de Nápoles. Sus anónimos propietarios parecen haber vivido de la producción de aceite, losa y ladrillo. Desde entonces, se han investigado muchos emplazamientos rurales más, pero ninguno ha concitado tanto interés como la villa de Settefinestre, cerca de Cosa, recientemente excavada por un equipo italo-británico.

El Ager Cosanus fue distribuido entre colonos en el 273 a.C. Cada poblador recibía, presumiblemente, seis *iugera* (1,5 hectáreas) de tierra en un área previamente dividida en campos cuadrados mediante un sistema conocido como centuriación. Gradualmente, estos lotes se fundieron, dando lugar a propiedades más grandes, y, para cuando se construyó la villa de Settefinestre, en el siglo I a.C., ésta era, presumiblemente, el centro de una gran propiedad de 500 *iugera* (125 hectáreas). La villa floreció en dos períodos distintos. El primero fue del 40 a.C. al 100 d.C. La presencia de las iniciales LS en losas encontradas en el lugar, así como la abreviación SES en ánforas de vino, sugieren que el propietario en esta época podría haber sido un tal Lucio Sestio, miembro de la aristocracia romana y cónsul en el 23 a.C. El segundo período se extendió, aproximadamente, del 100 al 200 d.C., después del cual la villa fue abandonada. En ambos períodos, la propiedad fue trabajada por esclavos de manera similar a las plantaciones del sur de los Estados Unidos. Que el abandono en el siglo III estuvo acompañado por un desmoronamiento del sistema de centuriación se advierte en la presencia, en los estratos arqueológicos más relevantes, de semillas de plantas arrastradas por el viento desde pantanos vecinos.

La casa del propietario medía 150 pies romanos (44 metros) cuadrados, y era, en efecto, una casa de ciudad trasladada al campo. La entrada estaba en el lado este y conducía a un atrio con una piscina en el centro. Éste conducía a un patio rodeado por una galería con acceso a comedores y habitaciones. Ésta, a su vez, conducía a una logia que daba a un jardín colgante rodeado por una muralla con torreones. El estándar de decoración empleado en la casa era alto, con mosaicos policromos en los suelos de muchas de las habitacio-





Una reconstrucción de la recién excavada villa de Settefinestre, cerca de Cosa. Las investigaciones llevadas a cabo por un equipo de arqueólogos anglo-italianos han demostrado que fue el centro de una extensa propiedad trabajada por esclavos entre los siglos I y II d.C. El jardín principal estaba rodeado por una muralla adornada con torres minia-tura semejantes a las de una ciudad.

ne, y paredes estucadas y recubiertas de frescos. En el ala norte de la casa había un molino de grano y lagares de olivos y uvas. Estos últimos constituyeron, probablemente, la parte más importante de la economía de la fase más temprana de la villa. Se ha estimado que la propiedad de Settefinestre producía más de un millón de litros de vino por año, lo que supone unos beneficios equivalentes a 60 kg de plata, en un período en el que se amasaban fortunas suministrando vino a la ciudad de Roma, en plena expansión y a 140 km de distancia.

Había dependencias para alojar a los trabajadores, presumiblemente esclavos, y cabida para los animales (caballos, ganado, ovejas y cerdos) dentro y alrededor de la casa principal, así como un enorme granero construido por separado como precaución contra el fuego. La disposición cambió durante el segundo período de ocupación. El agregado más llamativo es una nueva casa de baños construida en uno de los jardines. También cambió la naturaleza de la economía de la villa, ya que se dejó de producir vino y aceite, que ahora se podían importar a menor precio de las provincias. Los esclavos, a los que se criaba y vendía, se convirtieron en mercancía, y el engorde de cerdos en otra fuente de ingresos. Ambas actividades sufrieron un acusado declive a finales del siglo II. Se cree que uno de los factores que contribuyeron a esta degradación fue la plaga que Lucio Vero trajo a Roma en el 166 luego de sus triunfos en Siria. Hemos aprendido mucho acerca de la economía de Settefinestre gracias al análisis de huesos de animales y semillas, objetos a los que se solía dedicar escasa atención, pero que, gracias a los científicos de la arqueología, se han convertido en valiosas fuentes del tipo de información que rara vez se encuentra en los documentos literarios.

«Donde viven los ricos.» Pese a su grandeza, Settefinestre era un modesto predio comparado con la villa costera desente-

rrada en las últimas dos décadas en Torre Annunziata, cerca de Nápoles. Ha quedado al descubierto cerca de una sexta parte del área total de la descomunal casa de verano de algún romano rico, y se esperan nuevos descubrimientos en los próximos años. El lugar ha sido asociado a Oplontis, un nombre que aparece únicamente en la Tabula Peutingeriana, una copia del siglo XIII de un itinerario romano del siglo IV. La villa quedó cubierta por cenizas y barro en la misma erupción del Vesubio que destruyó Pompeya y Herculano, pero tiene unas dimensiones y un lujo sin paralelos en estas ciudades. El emplazamiento está abierto al público, pero aún no está muy frecuentado por turistas. Sin embargo, vale la pena visitarlo.

La villa de Oplontis fue levantada en el siglo I a.C. y podría haber sufrido daños en el terremoto del 62 d.C. Estaba siendo restaurada cuando sobrevino el desastre en el 79. No se han encontrado muebles u objetos de hogar, lo que quiere decir que la casa estaba vacía en aquella época.

Las habitaciones de la propiedad y los alojamientos de los sirvientes contrastan extraordinariamente en términos decorativos. Las paredes de muchas de las habitaciones del ala occidental conservan aún sus frescos, que figuran entre los más hermosos. Vistas arquitectónicas distantes se interrumpen aquí y allá por columnas y paredes cuidadosamente pintadas para dar la impresión de ser mármoles y ónices exóticos. Aquí un enorme trípode de oro conjura la imagen de Delfos, allá un cesto de higos o un tazón translúcido lleno de frutas los placeres de la mesa. Una casa de baños acababa de ser redecorada con escenas de la mitología clásica enmarcadas dentro del delgado arreglo columnario de moda en la década del 70 d.C., y la pequeña joya de un dormitorio retiene aún el moldeado de estuco en su cielo raso.

Las habitaciones de los esclavos, en cambio, son muy modestas. El yeso de las paredes y columnas está pintado en una imitación muy tosca de los paneles de mármol vetado. Hay despensas alrededor de un patio enclaustrado, y un largo pasillo alineado con bancos en los que, presumiblemente, las visitas de la villa aguardaban una audiencia con el dueño. Los arqueólogos han logrado reconstruir con argamasa las raíces de árboles plataneros de más de cien años en una esquina de lo que podría haber sido un jardín muy grande. Algunos han tomado un ánfora grabada encontrada en la villa como evidencia de que Oplontis era la residencia de verano de Popea, la esposa de Nerón. Pero, fuera de quien fuera, la nueva villa abona la vieja tesis de que el nombre Oplontis es una contracción de *ad Opulentos*: «donde viven los ricos».

**Cerámica y arqueología.** Existe en la actualidad un intenso debate entre arqueólogos cuyo principal interés al estudiar los restos materiales de períodos más tempranos es la categoría de la cerámica ornamentada ateniense, que en su mayor parte ha sido encontrada en tumbas de Etruria, al noroeste de Roma, y que nos ha llegado en gran profusión



(pág. 85, abajo). Aunque desde hace algún tiempo se sabe que los precios de estas vasijas eran bajos en la antigüedad —algunos dirían que demasiado bajos—, comúnmente se sigue pensando en la cerámica griega como en objetos de lujo, y esta idea no es ajena al estudio del mundo romano, en el que, por ejemplo, ocasionalmente se habla de la cerámica arretina (pág. 35, arriba) como de «cerámica de lujo». Las razones por las que se imputa un alto valor a la cerámica fina son complejas, pero incluyen: el discurso comercial que acompañó a la primera gran venta de cerámica griega en el siglo XVIII y que se apoyó en gran parte en razonamientos fraudulentos relativos al valor de la cerámica pintada en la Antigüedad; y la tendencia por parte de los arqueólogos a privilegiar lo que se ha conservado a expensas de lo que ha desaparecido, unido a un comprensible deseo por parte de algunos eruditos de considerar los objetos de su estudio bajo la mejor luz posible. En la imagen que nos llega de las sociedades antiguas, ya sea la griega, la etrusca o la romana, las elites comían y bebían en objetos de oro y plata, y cada vez parece más evidente que la cerámica fina constituía un sustituto infinitamente más barato para colocar en las tumbas en lugar de la vajilla de plata de la familia, o de los objetos de uso cotidiano de los que no podían permitirse vajillas de plata. Una vasija de plata podría costar mil veces más que su equivalente en cerámica fina, y una de oro unas diez mil veces más. Las modas en vajilla fueron creadas para los ricos, y gracias a la operación del «efecto goteo» sus formas y ornamentación influyeron en materiales menos caros que se han conservado gracias a su relativa indestructibilidad y a su completa falta de valor hasta el advenimiento del mercado del arte.

Investigaciones recientes sugieren que las cerámicas eran «parásitos» de otras mercancías más valiosas. Solían viajar como «relleno», acompañando a productos más importantes como el vino, el aceite y el grano, o a objetos verdaderamente lujosos como las sedas, los ungüentos, el incienso y las especias, y, como tales, son de gran valor para ayudar a los arqueólogos a reconstruir los patrones de comercio. Sabemos, por distintos tipos de evidencias históricas —textos e inscripciones—, que Pozzuoli, en Campania, tenía un floreciente comercio con el Mediterráneo oriental. Si bien no existen evidencias similares relativas a las relaciones comerciales de la ciudad con el Mediterráneo occidental, nos podemos hacer una imagen complementaria mediante el análisis de los lugares en donde se ha encontrado cerámica de Campania. Parece ser, también, que la producción masiva de cerámica se daba por lo general en centros cuya principal razón de ser era la fabricación y comercialización de otros productos. La riqueza de Pozzuoli en las últimas etapas de la República se debió en gran parte a la importación de esclavos y grano, y a la exportación de aceite y vino. La necesidad de contenedores adecuados habría estimulado la producción de cerámica.

Recientemente se ha argumentado que la cerámica fina existente estaba concebida para evocar los verdaderos mate-

riales de los que estaban hechas las vajillas de la elite. En el caso de la cerámica «samia» veteadada, es evidente la relación con las vasijas de mármol jaspeado. La cerámica arretina negra, que parece evocar la plata patinada, da lugar a la variedad naranja-roja exactamente en el mismo momento, en la década del 60 a.C., en que Roma se vio súbitamente enriquecida por la adquisición de grandes botines, muchos de ellos en oro, por las conquistas de Lúculo y Pompeyo en el este. Un cambio más temprano de la cerámica negra a la roja se observa en el este helénico tras la conquista del Imperio Persa por Alejandro. Kevin Greene ha afirmado con buen criterio que «la razón para fabricar un producto final rojo en lugar de negro está, presumiblemente, determinado por el gusto y no por la tecnología»; podría haber sido el reflejo de la suplantación del gusto de los romanos ricos por la plata por el del oro.

Recién se empiezan a sentir las repercusiones del escaso prestigio de la cerámica en la antigüedad. En los trabajos de campo (donde se peinan áreas grandes en busca de restos superficiales) se solía suponer que la presencia de cerámica era un indicador de riqueza. Una de las conclusiones de la reciente investigación de campo llevada a cabo por la Universidad de Liverpool en la península de Methana, en el sur de Grecia, es que la profusión de importaciones de cerámica en los períodos romanos medio y tardío no son una señal de riqueza sino un indicador de elevadas tributaciones.

Algunos estudiosos, que aceptan la primacía de los metales preciosos, interpretan la cerámica fina encontrada incluso en el emplazamiento de una rica villa como «la mejor vajilla después de la principal», utilizada cuando la familia no agasajaba a sus invitados; pero esto no se ajusta del todo a las evidencias de que los materiales utilizados para comer variaban según las circunstancias económicas. Así, la *Tesophta* judía (escrita en el siglo III d.C.), que habla de un hombre que solicita asistencia pública, recoge: «Si antes utilizaba recipientes de oro, debe venderlos y utilizar recipientes de plata; si usaba recipientes de plata, debe venderlos y usar recipientes de cobre; si usaba recipientes de cobre, debe venderlos y usar recipientes de cristal». La cerámica ni siquiera figura en esta lista, pero, presumiblemente, tenía un valor similar al del cristal.

**La producción tripolitana de aceite.** El aceite de oliva era una mercancía de enorme importancia en el mundo romano. Además de su uso evidente en la preparación de alimentos, era uno de los medios principales para proporcionar luz artificial y también constituía la base de la mayor parte de jabones y ungüentos. Se ha calculado que cada año se requerían al menos 1.000 millones de litros. Si bien se puede cultivar olivos prácticamente en cualquier parte del Mediterráneo, ciertas áreas se especializaron más que otras en la producción de aceite. En este sentido, el trabajo reciente de David Mattingly ha destacado la importancia de Leptis Magna (Libia) y su región interior. Se han hallado los altos pilares de piedra de las prensas de aceite (los primeros estu-





Los pilares de una prensa de aceite de oliva romana en Gasr Doga, en el interior de Leptis Magna, en Tripolitania. A la distancia se ve un olivarero moderno.

diosos creyeron que se trataba de «ídolos») por toda el área montañosa de Leptis conocida como Gebel Tarhuna. Suelen encontrarse en grupos de cinco, diez o más, y por lo general están situados cerca de carreteras o caminos romanos. Su producción estaba claramente destinada al mercado. Había centenares de prensas con una capacidad productiva potencial de millones de litros. Las viviendas asociadas a las prensas parecen ser fincas trabajadas por arrendatarios más que los lujosos refugios rurales de una elite urbana.

El interior agrícola de Leptis era vasto (entre 3.000 y 4.000 km<sup>2</sup>) para los estándares de la mayor parte de ciudades romanas, pero parece haber estado en muy pocas manos. Los tipos de ánfora utilizados para exportar el aceite tripolitano —encontrados en el famoso vertedero romano de Monte Testaccio, y cada vez más entre los restos de barcos naufragos— sólo han sido reconocidos por lo que son en los últimos 20 años, pero podrían haber transportado hasta el 10 por ciento de las importaciones anuales de aceite de Roma. Además, muchas de estas ánforas llevan grabados los nombres de algunas de las principales familias de Leptis Magna. Sus privilegios en Leptis están suficientemente documentados, y durante el siglo II algunos de ellos llegaron a ser miembros del Senado de Roma (para lo que se requería un capital de al menos un millón de sestericios, el equivalente a una tonelada de plata). Fue un miembro de una de estas familias, el emperador Séptimo Severio, quien no sólo pagó por la erección de los más grandes edificios en su ciudad natal, sino que irónica e indirectamente sembró las semillas de su decadencia. Concedió a los habitantes de Leptis el *ius*

*Italicum* —el mismo estatuto civil que el de los ciudadanos de Roma— y, a cambio, éstos hicieron una donación voluntaria de aceite a la ciudad de Roma, aparentemente en régimen anual. En aquellos tiempos aparentaba ser una buena inversión, ya que la dinastía Severia parecía duradera; sin embargo, Caracalla, hijo de Severio, fue el último del linaje masculino. Si bien se siguió produciendo aceite, éste nunca volvió a proporcionar prosperidad a la ciudad.

Nuestro conocimiento del comercio transmediterráneo ha sido modificado, en gran parte, gracias al trabajo, en las últimas dos décadas, de los arqueólogos submarinos. Antiguos equivalentes del *Mary Rose*, numerosos naufragios han sido investigados por submarinistas expertos. En su interior, entre las piezas que se han conservado, se suele encontrar ánforas, el recipiente de barro cocido favorecido para el transporte de vino y aceite, que permiten establecer paralelismos con otras ánforas halladas en excavaciones terrestres, lo que proporciona un indicador del origen de un cargamento. Por ejemplo, un barco que se hundió en el siglo I a.C. en Madrague de Giens, cerca de Toulon, contenía ánforas de vino con la marca de Publius Vevius Papus, un individuo conocido por sellos encontrados en el área de Terracina, en el sur de Italia.

**Deportes espectáculo.** Cartago poseía el circo romano más grande de África del Norte. Durante los últimos años, arqueólogos norteamericanos han desentrañado parte de su historia. Se encuentra en los suburbios de la moderna ciudad de Túnez, y su exploración ha formado parte de la masiva campaña internacional de rescate de monumentos antiguos iniciada en la década de los setenta bajo los auspicios de la UNESCO. Ya se estaban construyendo casas en el emplazamiento cuando empezaron las excavaciones, pero éste era un problema trivial comparado con las vicisitudes que había sufrido la estructura desde que se interrumpieran las carreras de cuadrigas en el siglo V. No sólo se estableció un enorme depósito de contención entre el circo y una muralla fortificada construida en el siglo V para defender la ciudad de los Vándalos, sino que las abandonadas ruinas fueron ocupadas y utilizadas como vivienda. En el siglo VII se estableció un cementerio en los alrededores. El edificio del circo empezó a ser utilizado como cantera, y se cavaron profundas zanjas para robar albañilería. Estas zanjas se fueron llenando gradualmente de basura y todo el área permaneció abandonada durante siglos. Limpiar las zanjas y reconstruir sobre papel la disposición original del asentamiento fue una tarea relativamente fácil para los arqueólogos. Éste estaba construido sobre un declive e incluía, al menos, 15 hileras, con una galería columnada decorada en su parte superior con capiteles corintios de mármol pentélico. Los asientos eran de piedra caliza y descansaban directamente sobre una serie de bóvedas de concreto construidas en ángulo recto con la pista. Se ha calculado que el circo de Cartago tenía un aforo de entre 60.000 y 75.000 espectadores.



Recientemente se ha encontrado en Londres un circo de gladiadores romano, no muy lejos de Cripplegate, donde una vez estuvo la fortaleza romana. Un equipo del Museum of London, a punto de concluir las obras de excavación de la Capilla Guildhall del siglo xv, descubrió dos muros romanos, uno de ellos curvo. Pronto se hizo evidente que pertenecían a una de las entradas al anfiteatro romano de la ciudad. Más interesante aún resultó el hecho de que los planos de la ciudad anteriores al Gran Incendio de 1666 mostraban que las calles de la zona describían una curva alrededor del patio de la Capilla Guildhall, donde se llevaban a cabo justas medievales, los equivalentes posteriores de los combates de gladiadores. También se descubrió que la propia Guildhall había sido construida en el mismo lugar del palco que habría acomodado al gobernador y a otros dignatarios. También es significativa la proximidad del estadio a la fortaleza romana, porque a menudo los anfiteatros servían, también, para entrenamientos y ceremonias militares.

Construido a principios del siglo II d.C., el anfiteatro fue demolido a finales del siglo IV. Los hallazgos realizados con anterioridad empezaron a cobrar sentido, y fue posible calcular las dimensiones del edificio romano. Parece ser que medía 100 por 80 metros en su parte exterior, con una pista de 60 por 40 metros. Sin embargo, no deja de ser pequeño en comparación con otros ejemplos mediterráneos. Era mucho más grande el anfiteatro de Pompeya (con un exterior de 135 por 104 metros).

**El arte romano y su existencia posterior.** Ha habido una especie de tendencia ajena a las cuestiones de estilo y conocimiento y centrada en el interés por el significado que las obras de arte habrían tenido para sus propietarios y el contexto en que fueron realizadas. El interés ya no se refiere únicamente a la «creatividad artística», sino que conlleva una consideración sobre los requerimientos del patrón. En este sentido, recientemente se ha hablado acerca del grupo de Laocoonte, el punto de contacto entre Miguel Ángel y la antigüedad que mejor conocemos (y también, sorprendentemente, el objeto de la sentencia de Winckelmann «Noble sencillez y discreta grandeza»). Se ha sugerido que el grupo fue un regalo diplomático de un rey de Pérgamo a Roma en el siglo II a.C. Su contenido es simbólicamente adecuado a la ocasión, ya que la escena representada fue crucial para la historia legendaria de Roma y tuvo lugar en Asia: el punto de inflexión en la Guerra de Troya. Si el sacerdote troyano de Apolo no hubiese sido atacado por dos serpientes, sus conciudadanos habrían hecho caso de su advertencia de no acercarse al caballo de madera que los griegos, que aparentemente se marchaban, habían dejado como ofrenda a la Atenea troyana. Si Troya no hubiese sido saqueada por el ejército griego, no habría habido refugiados que viajaran al Lacio a fundar la línea de la que descendieron Rómulo y Remo. Con este trasfondo, el grupo de Laocoonte aparece como un regalo cortés.

En Oxford hay una piedra de cornalina hecha para un miembro de la corte de Tiberio por el tallista Félix que presenta una escena afín: el secuestro del Paladio —una estatua de madera que representaba a Atenea— en la ciudadela de Troya. Ulises reconviene a su compañero Diomedes por haber asesinado a la sacerdotisa de Atenea. Nos encontramos nuevamente ante una referencia a la historia legendaria de Roma: un requisito para conquistar la ciudad de Troya era conseguir antes el Paladio; y, según esta lógica, sin emigrados troyanos nunca habría habido Roma. Cuenta la tradición que Diomedes entregó la imagen de Atenea a uno de los seguidores de Eneas, y el Paladio fue, quizás, el objeto más celosamente guardado por las Vírgenes Vestales de Roma. También es posible que Ulises reconviniera a su compañero por haber lanzado una mirada masculina impúdica a la imagen que había robado. En el fondo, Neptuno le da la espalda a la escena, y en el año 241 a.C., cuando el pontífice máximo Lucio Cecilio Metelo vio el Paladio al rescatarlo del fuego, pagó voluntariamente por el pecado involuntario de su mirada.

La gema de Félix perteneció en un tiempo a la colección del papa Paulo II (1464-1471), donde destacó como la más valiosa, valorada en 1.000 ducados de oro. En este período fue engastada en una caja adornada con la imagen de la Anunciación: un paralelo cristiano no exento de ingenio (sin Troya no hay Roma: sin la Anunciación no hay Iglesia de la



La gema Félix, en el Ashmolean Museum, Oxford. Ulises y Diomedes roban una imagen de culto de la ciudadela de Troya. Hecha para un miembro de la corte de Tiberio (emperador del 14 al 37 d.C.), en el siglo xv la gema formó parte de las colecciones del papa Paulo II y del cardenal Francesco Gonzaga, y se la consideró la joya más valiosa de la época.



Santa Madre). En los registros históricos vuelve a aparecer en un inventario de Gonzaga, y sin duda fue adquirido por el cardenal Francesco Gonzaga a la muerte del papa en 1471. Sabemos que en 1472 Gonzaga le enseñó su colección de piedras preciosas a Andrea Mantegna, el artista oficial de los Gonzaga, y suponemos que Mantegna hizo algunos bocetos, porque los motivos de la gema Félix aparecen con frecuencia en sus trabajos posteriores a esta fecha. Están presentes, por ejemplo, en el programa triunfal que Mantegna compuso para Gian Francesco Gonzaga, que incluía el *Triunfo de César* (ver en págs. 41-50), y en su *Parnaso* de 1497. Se diría que las sutiles alusiones de la gema a Roma sedujeron a Francesco Gonzaga en parte porque al convertirse en cardenal se trasladó a Roma, y en parte porque los miembros de su familia eran súbditos leales al Sacro Emperador Romano.

Se sabe que, más adelante, la gema de Félix pasó a la colección de Thomas Howard, conde de Arundel (1585-1646), aunque hasta hace poco se ignoraba cómo llegó hasta allí. David Howarth proporcionó la respuesta al demostrar que William Petty, agente de confianza de Howard, compró las joyas de Gonzaga en Venecia al comerciante Daniel Nys por 10.000 escudos. Posteriores propietarios han sido los duques de Marlborough, sir Arthur Evans, el capitán E. G. Spencer-Churchill y, en la actualidad, el Ashmolean Museum de la Universidad de Oxford. Se trata de una coincidencia particularmente feliz, porque el Ashmolean Museum también cuenta con la mayor parte de la colección del conde de Arundel, donada a Oxford en 1755 por Henrietta Louisa, condesa viuda de Pomfret, que se había convertido al Renacimiento Gótico de Horace Walpole, y para quien, por consiguiente, las piezas que la constituían habían perdido todo su valor.

Otro hecho importante que ocurrió prácticamente en la misma época fue el rechazo de la alegoría en el arte por parte de Johann Joachim Winckelmann. En su *Versuch einer Allegorie*, redactado entre 1759 y 1763, criticó a Cesare Ripa, autor de lo que durante 150 años había sido la obra estándar sobre metáforas clásicas. «En toda la *Iconología* de Cesare Ripa», profirió Winckelmann, «hay dos o tres alegorías dignas de mención.» El ataque de Winckelmann fue eficaz a largo plazo, y una consecuencia desafortunada ha sido que muchos estudiantes de la Antigüedad descartan incluso la posibilidad de la alegoría en el arte antiguo. Un trabajo reciente del eminente especialista estadounidense William

Heckscher ha demostrado hasta qué punto están presentes el aprendizaje y el conocimiento sobre el pensamiento de los antiguos en la composición de alegorías y emblemas renacentistas y barrocos. Sin embargo, a corto plazo, el ataque de Winckelmann no tuvo ningún efecto. Elisabeth Schröter ha demostrado recientemente que en la época en que Winckelmann ocupaba su puesto, su jefe, el cardenal Albani, estaba ocupado decorando las habitaciones de su villa epónima en Roma con un intrincado y aprendido *Imago Mundi*—expresión sistemática del origen espiritual, humanístico y romano del cardenal—, basado principalmente en la obra de Ripa. El imperio de Apolo, el sol, es el *leitmotif*, y aparece tanto en las pinturas del cielo raso como en la disposición de la colección de esculturas de la villa Albani.

Muchas de las estatuas de Albani fueron restauradas por Bartolomeo Cavaceppi, un artista cuya obra ha atraído la atención, en años recientes, de Seymour Howard y Carlos Picón. Muchas de las restauraciones de fragmentos de estatuas antiguas—en realidad obras de arte por derecho propio—fueron adquiridas por nobles ingleses para adornar sus casas de campo. Nuevos condes de Arundel, esperaban embellecer su tierra natal con los signos exteriores de una cultura italiana que habían adquirido en el Grand Tour. Entre ellos estaba Thomas Coke, más tarde conde de Leicester, quien con la ayuda profesional de William Kent y Matthew Brettingham construyó una villa neo-paladina en Holkham, Norfolk, entre 1731 y 1765. La galería de esculturas de Holkham contiene estatuas antiguas «de» Cavaceppi, algunas de las cuales habían pertenecido previamente al cardenal Albani. Dado el espíritu de la época, no sorprende que Apolo ocupara un lugar privilegiado en la hornacina central.

Los signos del mundo romano son omnipresentes. Nuevos estudios y excavaciones proporcionan nuevas evidencias y, por consiguiente, nuevos conocimientos. La creciente sofisticación del análisis científico de los materiales desenterrados nos permite hacernos una idea inconcebible hace apenas diez años. Los estudios de arte e historia están descubriendo nuevas interpretaciones del pasado lejano realizadas por nuestros ancestros más recientes. El renovado interés en Roma nos permite asegurar que la comunidad europea que precedió a la nuestra será interpretada y reinterpretada durante las próximas décadas y, por qué no, durante los próximos siglos.

MICHAEL VICKERS



## Capítulo primero: Civilización romana





**Antecedentes históricos.** Este libro cubre un lapso de tiempo bastante largo: desde la Edad de Hierro italiana, a partir del siglo IX a.C., hasta la época en que el Imperio Romano alcanzó su apogeo, en el siglo III d.C. Estos siglos fueron testigos del surgimiento de Roma a partir de un puñado de aldeas junto al Tíber hasta el liderazgo del Mediterráneo y de tierras más lejanas. Roma fue la principal heredera de Grecia, y su mayor logro fue llevar una versión de la cultura griega, junto con una gran dosis de su propia cultura –en resumen, la civilización grecorromana– a lugares del mundo relativamente atrasados y modestos. No resulta una exageración decir que si no fuese por los romanos la cara lingüística y administrativa de la moderna Europa sería muy distinta.

En las próximas páginas veremos cómo surgió Roma de sus oscuros orígenes para convertirse en una ciudad. Esta evolución se dio en una época en que, según la leyenda, Roma estaba regida por reyes, los últimos de los cuales fueron etruscos. Bajo los reyes, Roma se convirtió en la principal potencia del Lacio, pero cuando, hacia finales del siglo VI a.C., el poder etrusco estaba en franca decadencia en el centro de Italia, los reyes, se nos dice, fueron expulsados, y se fundó la República romana. No debe entenderse la República temprana como una democracia; más bien se trataba de un sistema oligárquico establecido por la aristocracia local: los patricios. Ella controlaba las magistraturas y la religión estatal, que fomentaba el conformismo del pueblo.

Hacia mediados del siglo III a.C., las cosas habían cambiado. El profundo respeto por la religión seguía presente, pero el Estado romano controlaba ahora toda la Italia peninsular, y en el proceso se había convertido en una democracia. Ambos fenómenos estaban estrechamente ligados: la expansión exterior requería una unidad interna y, simultáneamente, creaba válvulas de escape para los problemas de casa; los cambios domésticos se produjeron como resultado de que los patricios cedieran ante los plebeyos en puntos políticos cruciales a cambio de su apoyo militar. Al principio, los principales magistrados eran dos cónsules elegidos anualmente de entre los patricios. El Senado era un cuerpo de hombres que teóricamente sólo tenían poderes consultivos, pero que en realidad poseían una buena cuota de autoridad moral, y que hablaban y actuaban en nombre del conjunto de los patricios. La asamblea del pueblo estaba dividida en 30 distritos o *curias* y, por consiguiente, se la conocía como la Asamblea *Curiada*. Este cuerpo tenía poderes limitados y por lo general estaba controlado por los patricios a través de sus partidarios o «clientes». Los plebeyos utilizaban los peligros exteriores en su beneficio, e incluso amenazaban con secesionarse si no se satisfacían sus exigencias políticas. Crearon una Asamblea Tribal dirigida por tribunos anualmente electos que con el tiempo llegaron a conseguir el poder de veto sobre cualquier acción de los magistrados.

*Página anterior:* Parte del Foro Romano, el centro de la vida política y religiosa de Roma durante siglos, mostrando el santuario de Vesta, el Templo de Cástor y Pólux y, a lo lejos, el Arco de Tito y el Coliseo.

Los plebeyos más ricos se beneficiaron de una reforma del ejército por la que los reclutas eran clasificados en centurias (centenares) según su capacidad económica. La Asamblea *Curiada* fue substituida por la Asamblea Centuriada, y la posición en la sociedad pasó a depender de la riqueza en lugar del nacimiento. Los plebeyos ganaron acceso a los más altos cargos políticos y al Senado. La constitución romana era idónea para la administración de una ciudad-estado y, mediante un sistema de descentralización, era incluso adaptable a un contexto italiano, pero cuando, durante el período del 264 al 133 a.C., Roma se extendió más allá de sus fronteras para convertirse en una potencia mediterránea, surgieron tensiones que condujeron, primero, a guerras civiles durante los últimos años de la República, y, luego, al establecimiento de un régimen autocrático bajo una serie de emperadores.

Hacia el 200 a.C., luego de erradicarse el peligro representado por Aníbal, de Cartago, tras una serie de sangrientas campañas en Italia, España y África, la parte occidental del Mediterráneo quedó en su mayor parte bajo el control de Roma. La paz resultante fue efímera, ya que un año después los ejércitos romanos luchaban en el este contra las principales potencias del mundo helénico: Macedonia y Siria, dos de los Estados sucesores en los que se había dividido el imperio de Alejandro Magno (m. 323 a.C.). Se venció sucesivamente a Filipo V de Macedonia y a Antíoco III de Siria, cuyas propias ansias imperialistas fueron truncadas. En este período, Roma no se anexó territorios, pero confió en que los griegos del Egeo aceptaran voluntariamente el hecho de la dominación romana. En realidad, el sistema político griego era demasiado complejo para ser entendido por el Senado romano, y los griegos no comprendieron la verdadera fuerza del poder romano. Una serie de guerras en el siglo II a.C. convirtieron a Macedonia (y sus Estados griegos) en provincia romana. Cuando el último gobernante de Pérgamo entregó su reino a Roma en el 133 a.C., gran parte del Asia Menor se convirtió, también, en provincia romana.

Por desgracia, Roma no logró desarrollar la maquinaria administrativa necesaria para gobernar el imperio que había conquistado casi de manera accidental. Las provincias eran regidas por magistrados de Roma enviados con carácter anual; la mayor parte del gobierno local permanecía en manos de las ciudades y tribus existentes. Era muy difícil controlar a un mal gobernador; incluso el tribunal creado por el Senado para juzgar a los malhechores era ineficaz, ya que sus miembros senatoriales se mostraban poco dispuestos a condenar a sus colegas sólo para apaciguar a los provincianos. Otro viejo problema era que las milicias seguían siendo reclutadas con carácter *ad hoc*, en una época, sin embargo, en que los agricultores (la fuente tradicional de mano de obra) estaban siendo alejados del campo para convertirse en los nuevos pobres urbanos. La aristocracia senatorial estaba invirtiendo la riqueza generada en las provincias en grandes propiedades trabajadas por esclavos.

No sorprende, pues, que se desatasen desórdenes, tanto en



casa como en el exterior: revueltas de esclavos y agitación por los derechos civiles, por una parte, y provincias insatisfechas y rebeldes, por otra. En el 90 a.C., por ejemplo, las ciudades italianas se alzaron en una revuelta que, sin embargo, amainó cuando se les concedió la ciudadanía romana que llevaban años exigiendo. Poco después surgió una nueva amenaza para la autoridad romana cuando, en un solo día del 88 a.C., 80.000 mercaderes italianos fueron asesinados en Asia Menor. Los griegos habían sufrido demasiado la mala administración y los abusos de los romanos. En la década del 80 a.C., al éxito militar de Sila en el este siguió una carnicería en Roma, cuando sus oponentes políticos fueron asesinados para pagar a sus veteranos (ahora soldados profesionales). Aunque Sila decidió no sacar el máximo provecho de la situación y restauró la posición del Senado en el Estado, había quedado claro que el ejército constituía ahora la clave del poder en Roma.

La lección fue bien aprovechada por Pompeyo (Cneo Pompeyo Magno, 104-48 a.C.) y por Cayo Julio César (102-44 a.C.). Ambos alcanzaron la gloria militar, el primero en el este y el segundo en el oeste, pero fue César el que se hizo con el poder exclusivo tras una brillante campaña en el 48 a.C.

El mundo romano.

Para él la República estaba muerta, pero no para sus rivales, que se opusieron a sus pretensiones de reinar y le asesinaron en el Senado en el 44 a.C. Logró, sin embargo, llevar a cabo reformas urgentes que luego fueron continuadas por su sucesor e hijo adoptivo Augusto, que fue lo bastante cuidadoso como para evitar muchas de las trampas del poder en favor de una apariencia de constitucionalidad. Mediante concesiones anuales de poder tribunicio (la base del poder del veto tradicionalmente ostentado por los tribunos de la antigua Asamblea Tribal) fue capaz de evitar la suerte de César y de disfrutar de su posición autocrática como cabeza del Estado. Creó una maquinaria administrativa eficiente y compartió las tareas de gobierno con el Senado, cuya verdadera autoridad, sin embargo, estaba en decadencia. Estimuló a artistas y poetas, siempre y cuando apoyasen los ideales patrióticos del régimen.

Augusto murió en el 14 d.C., y fue sucedido por su hijastro Tiberio, miembro de los Claudio. Hasta la muerte por suicidio de Nerón en el 68 d.C., los emperadores eran todos miembros de la familia Julia o Claudia, de allí el nombre Julio-Claudia que se aplica a su dinastía. Los emperadores a menudo dejaban su impronta en su época, y es conveniente identificar los cambiantes estilos y modas por el nombre del emperador o la dinastía. Así, los historiadores y arqueólogos





hablan de los períodos Flavio (69-96 d.C.), Trajano (98-117 d.C.), Adriano (117-138 d.C.), Antonino (138-180 d.C.) y Severo (193-235 d.C.).

En este volumen no nos ocuparemos de la caída del Imperio en el oeste (continuó en el este hasta 1453), ya que será tratado en otro lugar de esta serie, pero en las guerras de fronteras de los siglos II y III d.C. ya se pueden vislumbrar signos tempranos de los peligros que amenazaron al Imperio desde el norte. Sin embargo, la situación normal durante el Imperio temprano era de paz. La Pax Romana, alcanzada como resultado de la reorganización llevada a cabo por Augusto y consolidada por sus sucesores, fue un logro extraordinario. Los pueblos del Imperio disfrutaron de una paz duradera que trajo una gran prosperidad material por la que, a juzgar por las estatuas e inscripciones laudatorias que erigieron, se sentían enormemente agradecidos. El precio que pagaron por la estabilidad fue la imposibilidad de realizar cualquier actividad políticamente seria y un clima intelectual que no se extendió más allá del materialismo.

**Antecedentes geográficos.** La península italiana se halla en el Mediterráneo central, y tiene poco más de 960 km de largo y entre 160 y 240 km de ancho. Su costa este mira al Adriático y a los Balcanes más allá, mientras que su litoral oeste se extiende frente a las islas de Córcega, Cerdeña y Sicilia. En el norte está el rico valle del río Po, que alimentan las corrientes que descienden de los Alpes. Esta área (conocida como Galia Cisalpina) fue ocupada en nuestro período por pueblos celtas que fueron romanizados por completo después de que la autoridad romana se extendiera hasta allí. Hacia el sur se extiende la propia península, dividida a lo largo por los Apeninos, que ladean las ricas tierras de Etruria, Lacio y Campania por el oeste antes de bajar hacia Sicilia, con las polvorientas llanuras de Apulia al este. El clima y el terreno eran ideales para la agricultura y la ganadería. Durante el apacible invierno se cultivaban cereales, que se cosechaban a principios del verano. Los olivos y las uvas se cosechaban en otoño. La ganadería suponía un sistema de trashumancia: según la estación del año, se trasladaba a los animales de un prado a otro. Italia era lo bastante rica como para mantener a una población muy numerosa, y venía recibiendo inmigrantes desde los primeros tiempos.

Directamente al este de Italia estaba Iliria. Istria y Dalmacia fueron consideradas tierras romanas bajo la República, pero las tribus del interior habían infligido innobles derrotas a los ejércitos romanos y no fueron sojuzgadas por Roma sino hasta César y Augusto. En tiempos de la República, Grecia era una sola gran provincia, pero durante el Imperio consistió en dos pequeñas: Macedonia y Acaya. Las viejas ciudades y los lugares sagrados de Grecia fueron considerados con gran respeto durante el período imperial, y visitados por emperadores tan filohelenos como Nerón y Adriano.

Gran parte del Asia Menor fue entregada a Roma por el rey de Pérgamo en el 133 a.C. La provincia de Asia comprendía las ciudades de Éfeso, Sardes, Esmirna y Halicarnaso, pero, comparada con ésta, la provincia de Bitinia y Ponto, en el mar



*Arriba:* Denario de plata de Julio César acuñado en el 44 a.C., cuando era «dictador por cuarta vez». Era la primera vez que un romano vivo aparecía en una moneda. British Museum.

*Página opuesta:* Estatua de Augusto como Pontífice. Finales del siglo I a.C. Museo Nazionale delle Terme, Roma.

Negro, estaba extremadamente atrasada. Galacia, en el centro de Asia Menor, era un reino celta que se convirtió en provincia romana en el 25 a.C. Licia, al sur, y Capadocia, al este, mantuvieron su autonomía hasta la muerte de Augusto.

Seleucia, que había sido un notorio refugio de corsarios hasta que Pompeyo los echó en el 67 a.C., no se convirtió en provincia hasta el reino de Vespasiano (69-79 d.C.). Armenia fue anexada durante un tiempo por Trajano, pero su papel habitual fue el de Estado clientelar leal a Roma, más tarde aliado con los partos, los eternos adversarios de Roma en la frontera oriental. Siria era una provincia sumamente rica, y su capital Antioquía, con sus fuentes y jardines, e incluso alumbrado público, fue, presumiblemente, la ciudad más agradable del Imperio. Judea, al sur, tenía una historia conflictiva: reino clientelar bajo Herodes, se convirtió en provincia romana en el 6 d.C. y, tras la cruel eliminación de los judíos en el reino de Adriano, fue conocida como Siria Palestina. Arabia se convirtió en provincia en el 106 d.C. y se extendía desde Damasco hasta la península del Sinaí, al sur, y a lo largo de la costa oriental del golfo Arábigo, incorporando el reino de los Nabateos.

Egipto fue un caso anómalo en diversos sentidos: fue el último de los reinos helénicos en renunciar a su independencia. Su última reina fue la notoria Cleopatra, quien, habiendo sido derrotada junto a Marco Antonio en la batalla de Accio en el 31 a.C., se suicidó poco después. Egipto se con-









*Arriba:* El Foro Boario, con el Templo de Vesta (izquierda) y el Templo de Fortuna Virilis.

*Derecha:* Cara y anverso de un sestercio adriánico, siglo II d.C.

virtió, entonces, en propiedad personal de Augusto, que gobernó el país como sucesor de los Ptolomeos: un rey en toda regla excepto en el nombre. El fértil valle del Nilo trajo una enorme renta a las arcas imperiales, y Alejandría fue el principal centro comercial y cultural del Mediterráneo. En esta ciudad, Augusto mandó levantar un obelisco de granito que en 1880 fue trasladado a Nueva York, donde hoy adorna el Central Park. Su biblioteca no tuvo rival, y si bien no se conserva ningún libro, muchos papiros de tiempos romanos han sido preservados en Oxyrhynchus, un pequeño pueblo del Nilo. En fecha tan temprana como el 96 a.C., Cirenaica había sido legada a la República romana por Ptolomeo Apión, y Creta estaba incluida en la misma provincia. Cirenaica era griego-hablante, y permaneció así a lo largo del período romano, como todo el este del Mediterráneo. Pero mientras que los romanos toleraban, y de hecho admiraban, el griego, se negaban a aceptar el púnico, un dialecto fenicio utilizado en toda la zona occidental de África del Norte, como lengua oficial. Así pues,

las antiguas tierras cartaginesas, las provincias africanas Numidia y Mauritania, ricas en frutas y maíz, fueron latinizadas.

El sur y el este de España habían sido rápidamente romanizadas en los siglos III y II a.C., pero el norte de España era menos dócil, y Augusto necesitó varios años para someter toda la península, que, bajo el nuevo orden por él establecido consistía en tres provincias: Bética, Tarraconense y Lusitania. Bajo el Imperio, Galia fue dividida en cuatro provincias: Narbonense, Aquitania, Lugdunense y Bélgica. Narbonense había sido una provincia desde el 121 a.C., y se había beneficiado enormemente de las actividades fundacionales de Julio César, por las cuales el sistema cantonal céltico fue gradualmente substituido por el sistema italiano de comunidades urbanas. No ocurrió lo mismo en las otras provincias gálicas, donde durante largo tiempo los cantones siguieron siendo las unidades administrativas fundamentales. Lugdunense (Lyon) era una especie de capital federal de las tres Galias y sede de una casa de moneda donde se acuñaban monedas de oro imperiales. La diferencia entre las tres Galias y Narbonense se puede ilustrar mediante los nombres de las ciudades de la Francia moderna. En Narbonense, los nombres locales sustituyeron a los tribales: así, Arelate, Vienna y Valentia sobrevi-





ven en Arles, Vienne y Valence. Más al norte, la situación fue distinta: los nombres locales cayeron en desuso y las ciudades llevan hoy el nombre de las antiguas tribus gálicas. Es el caso, por ejemplo, de París, la antigua Lutetia romana.

Britania se convirtió en provincia en el 43 d.C., y tanto aquí como en Germania la defensa de la frontera norte fue un problema permanente. Se levantaron fortificaciones donde no había barreras naturales como ríos. El territorio (de 260 kilómetros de extensión) comprendido entre el Rin medio y el Danubio, por ejemplo, se defendía mediante limes, empalizadas continuas con zanjas y fuertes a intervalos regulares. Las dos Germanias—Germania Superior y Germania Inferior—ocupaban la orilla occidental del Rin. Un área delantera al otro lado del río—el Agri Decumates—fue colonizada por galos pobres y aventureros, preparados para exponerse a las incursiones de las tribus alemanas vecinas. Recia, Nórico, Panonia y Mesia constituían las provincias del Danubio, al norte de Italia e Iliria. La frontera norte se habría de convertir en el talón de Aquiles de Roma, cuando finalmente el Imperio Occidental sucumbiría a las invasiones de los bárbaros.

**El legado de Roma.** Este libro trata, fundamentalmente, sobre la herencia material de Roma: las carreteras y puentes, las ciudades y fortalezas que se levantaron o fundaron en todo el Imperio, y que en muchos casos han dejado huellas hasta nuestros días: la línea de una carretera romana que forma el límite de una parroquia moderna, o el emplazamiento de una fortaleza romana presente en el sufijo inglés *chester* o en el árabe *Qasr* (ambos derivados del latín *castra*).

El principal legado cultural que los romanos dejaron al mundo moderno es su sistema legal, que figura en las raíces de la mayor parte de los códigos legales occidentales, además de los países anglófonos. La ley romana empezó como un re-



*Arriba:* El Arco de Adriano en Atenas, levantado para conmemorar su expansión del área de la ciudad.

*Izquierda:* El valle del Tíber, cerca de su fuente, en los Apeninos.

pertorio de costumbres ancestrales que debía su fuerza a las sanciones religiosas. Sin embargo, cuando los romanos entraron en contacto con otras naciones, la santidad que envolvía a estas antiguas formas legales se relajó, dando paso a un nuevo concepto, el *ius Gentium*, una «ley de las naciones», que se concebía como un conjunto de principios fundamentales patrimonio de todos los hombres. Ligado a este concepto estaba la idea estoica de «ley natural» según la cual la Naturaleza favorecía la sencillez y la igualdad individual. Muchos abogados romanos del Imperio se adherían a los principios de la filosofía estoica, una de las muchas doctrinas tomadas de la Grecia helénica. Había una creciente insistencia, por parte de los juristas romanos, en que el espíritu de la ley prevaleciese sobre la letra, y en que las leyes se interpretasen de manera benévola. Este enfoque humanitario, esta actitud compasiva hacia el individuo, es característica del sistema legal romano en su forma desarrollada bajo el Imperio. Los mejores cerebros legales se dedicaron a perfeccionar la ley con arreglo a los nuevos principios, y los frutos de sus esfuerzos se recogieron





en las compilaciones de la práctica legal y administrativa romana, reunidas por orden del emperador bizantino Justiniano en el siglo VI d.C.

La literatura romana, otro de los preciosos legados romanos, floreció durante los violentos últimos años de la República, pero alcanzó su apogeo durante la primera época del Imperio. Los dos principales períodos fueron el ciceroniano y el augustal. De la literatura griega se tomaron prestadas la métrica y las técnicas poéticas, así como los motivos literarios, pero los escritores romanos insuflaron aliento a las agotadas formas helénicas. *De rerum natura*, de Lucrecio (94-55 a.C.), es una poetización de las tesis de Epicuro sobre la naturaleza y la moral. Epicuro (341-270 a.C.) había adoptado una versión de una antigua teoría atómica: puesto que todos los fenómenos naturales son susceptibles de una explicación puramente material, la muerte no debería producir temor. Uno de los bienes del hombre es el placer, pero en la moderación y no en el exceso. Lucrecio abrazó esta doctrina y predicó su evangelio con gran fervor y elocuencia. La poesía de Cátulo, contemporáneo de Lucrecio, también estaba imbuida de intensa emoción, y destaca como uno de los más grandes maestros de la autorrevelación. Su profunda poesía personal tiene que ver, en su mayor parte, con su relación con su amante, a la que llama Lesbia, pero que, presumiblemente, era Clodia, hermana de P. Clodio, enemigo político de Cicerón. La oda de Cátulo al gorrión de Lesbia es muy conocida, pero su sorprendente ambigüedad ha pasado desapercibida hasta hace relativamente poco. Su arte estaba estrechamente inspirado en modelos griegos alejandrinos, pero su espíritu era propio.

El arte de la prosa había sido llevado a la perfección en Grecia, en el siglo IV a.C. En Roma, en el siglo I a.C., Cicerón fue el principal creador de niveles igualmente altos en latín para su generación y las siguientes. Nacido en Arpinum en el 106 a.C., se educó en retórica y filosofía en Roma y en



Arriba: El Templo de Júpiter, en Baalbek.

Abajo, izquierda: Mosaico de la Casa del Ojo Maligno, en Çekmeçe, cerca de Antioquía, en el que se ve a un «jorobado afortunado» y, detrás de él, al propio Ojo Maligno atacado por diversos talismanes. Museo de Antioquía.

Abajo: Mosaico de un suelo del siglo III d.C. que representa a Soteria, personificación de la Seguridad. Museo de Hatay.







los principales centros de Grecia, y estaba, por tanto, al corriente de las tendencias vigentes en literatura y el pensamiento. Siendo aún joven se forjó un nombre como orador, haciendo gala de una gran elocuencia y de enorme coraje. En sus discursos contra Verres –tal vez el recuento más concluyente de la vida de alguien hecho jamás ante un público– demostró cuán abominablemente corrupto había sido el gobierno de Verres en Sicilia. Los discursos de Cicerón, bien en contextos legales, bien en políticos (y, en Roma, a menudo no había diferencias entre ambos), marcaron el estilo latino «clásico» de oratoria: sencillo y claro como regla, y siempre rítmico, pero adornado cuando lo exigía la ocasión.

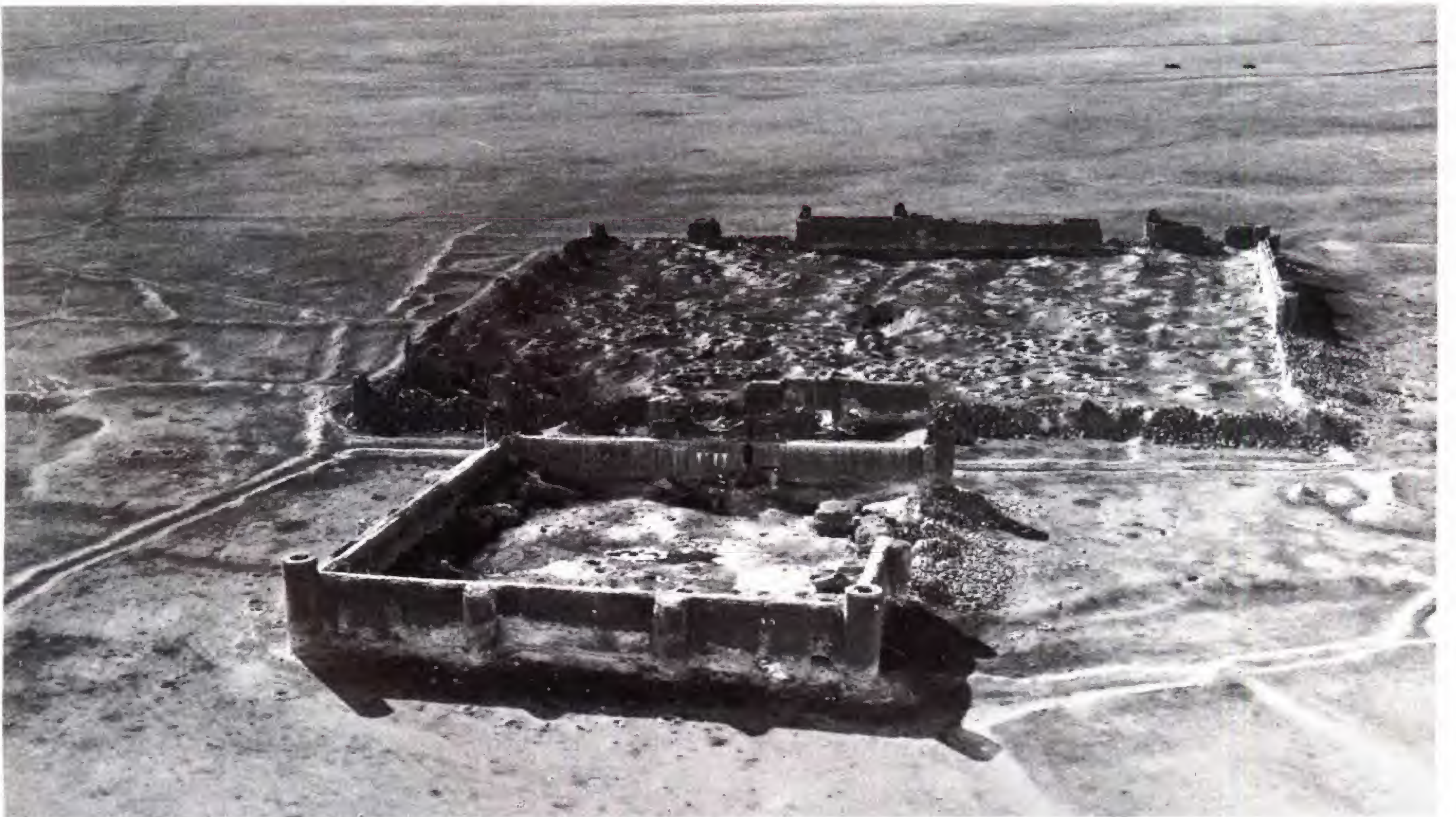
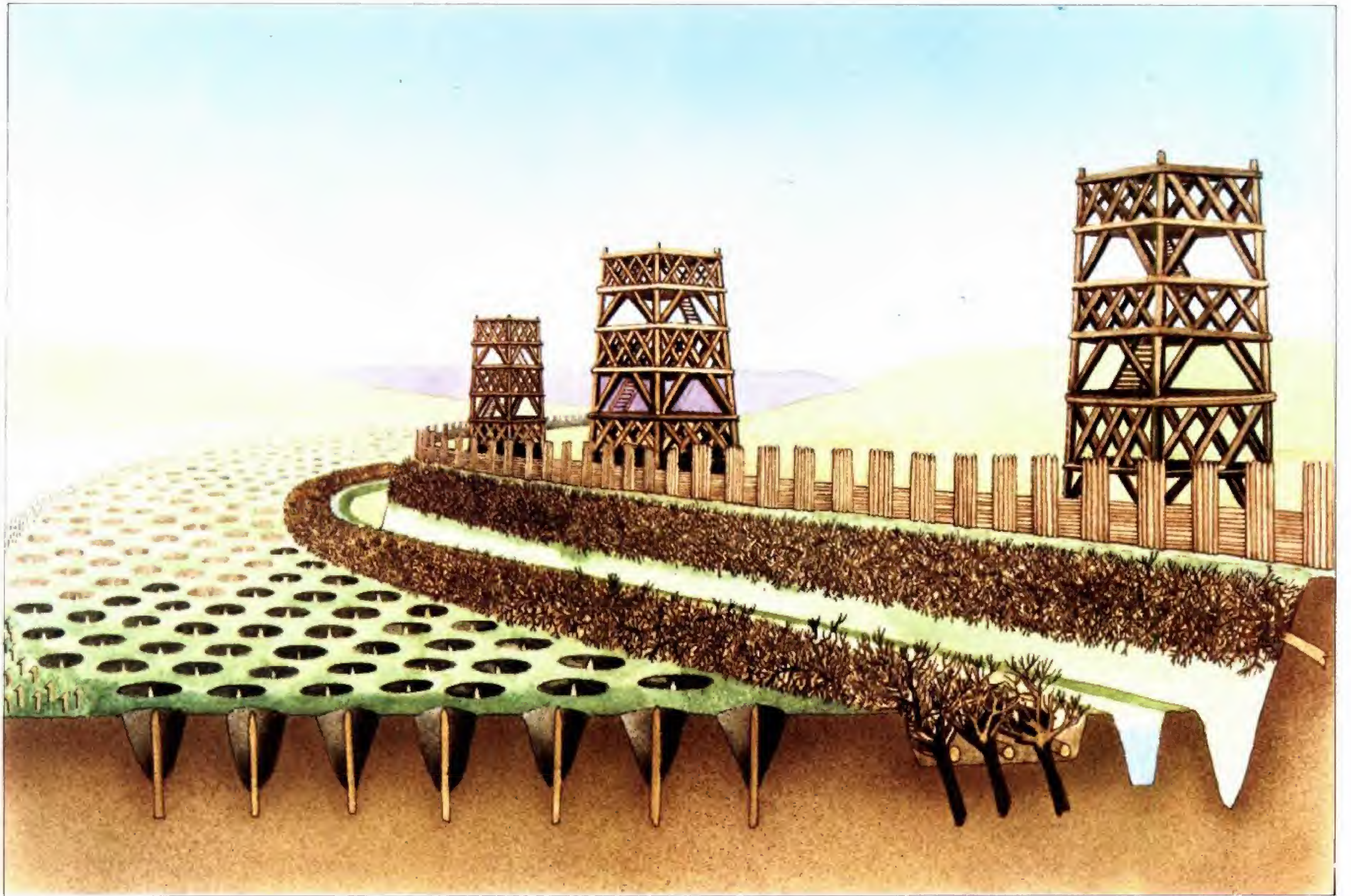
Sin embargo, no tuvo éxito en la política, ya que fue incapaz de conjurar la amenaza presentada por César, y tras la victoria de éste sobre Pompeyo en el 48 a.C., se retiró a sus estudios. Tuvo que afrontar problemas domésticos, sobre todo la muerte de su hija favorita, pero encontró consuelo en la composición de tratados filosóficos y retóricos, teniendo que idear, a menudo, expresiones para conceptos griegos que nunca antes habían sido expresados en latín. A lo largo de su

El acueducto de Segovia, construido en el siglo I d.C., de 728 metros de longitud.

vida mantuvo una profusa correspondencia, y las cartas que escribió a su amigo Ático definen su lado más íntimo. Cicerón abandonó su retiro voluntario en el 44 a.C. para tomar las riendas del legítimo gobierno romano tras el asesinato de César. La mayor amenaza a la estabilidad política la constituía Marco Antonio, a quien atacó en una serie de elocuentes discursos ante el Senado: las *Filípicas*. Las palabras finales de su último discurso, que hablaban del tributo debido a los soldados que habían caído luchando contra Marco Antonio, tienen cierta mordacidad: «si hubiesen conquistado en vida lo que conquistaron con la muerte». Fue, en efecto, la última diatriba pública de Cicerón antes de ser asesinado por orden de Marco Antonio a finales del 43 a.C.

Más adelante veremos cómo utilizó Augusto las artes visuales para desplegar la propaganda de su régimen. El mensaje –que habían vuelto la paz y la estabilidad, y que, una vez más, había esperanzas para el futuro– era, en efecto, verdad,









Arriba: Guarnición legionaria cerca de Timgad.

Página opuesta, arriba: Sección reconstruida de la fortificación erigida en Alesia, en los *limes* germanos. Las vigías se alzan por detrás de una empalizada, con una formidable serie de obstáculos colocados delante.

Página opuesta, inferior: Dos fortalezas islámicas en Qasr al-Her, Siria, construidas en el emplazamiento de un puesto militar romano más antiguo.

y los poetas cortesanos que cantaron alabanzas a Augusto lo hicieron con absoluta sinceridad. Los poetas Horacio y Virgilio fueron protegidos por Augusto y el empresario Mecenas. Horacio (65-8 a.C.) era hijo del empleado de un subastador que se había retirado a Venusia, en los límites de Lucania y Apulia, pero que llevó a su hijo a Roma para que recibiera la mejor educación posible. Horacio luchó en Filipos, donde se distinguió por la velocidad con que huyó. Luego volvió a Roma, donde ganó un magro salario como empleado del tesoro hasta que se reconoció su talento literario y se le permitió entrar en los círculos de la corte. Su poesía, de muchos registros, podía, en un momento, satirizar las pequeñas debilidades del mundo y, en otro, elogiar las bondades de su finca de Sabina, adonde se retiraba a menudo. La alta opinión que su propia poesía le merecía («más duradera que el bronce y más alta que las vetustas pirámides de los faraones») era compartida por Au-

gusto, que le convenció para que compusiera el *Himno Secular*, en alabanza de la casa imperial y sus hazañas.

Sin embargo, el poeta que más a pecho se tomó el mensaje augustal fue Virgilio. Nacido cerca de Mantua en el 70 a.C. y educado en esta ciudad y en Roma, probablemente nunca habría abandonado el norte de Italia de no haber sido desposeído de las propiedades de su familia como resultado de una reorganización de la tierra llevada a cabo por Augusto. Encontramos ecos de la expropiación en los poemas pastorales, las *Églogas*, que establecieron su reputación como poeta y atrajeron la atención de Mecenas, que le invitó a unirse al círculo de escritores de la corte y le encargó su siguiente obra, las *Geórgicas*. Estos hermosos poemas constituyen una propaganda ligeramente disfrazada de la política de Augusto de promoción del regreso a la tierra. Fueron compuestas en cuatro libros, relativos al cultivo y al clima, a la vid y a los olivos, a la cría de ganado y a la apicultura, temas descritos todos desde la amable óptica del hombre de campo.

Sin embargo, la obra fundamental de Virgilio es el poema épico la *Eneida*, en el que trabajó concienzudamente durante 15 años y que aún estaba sin terminar cuando le sobrevino la muerte en el 19 a.C. Había dejado instrucciones para que se destruyera el manuscrito, pero, afortunadamente para la posteridad, Augusto desautorizó sus deseos y publicó el texto

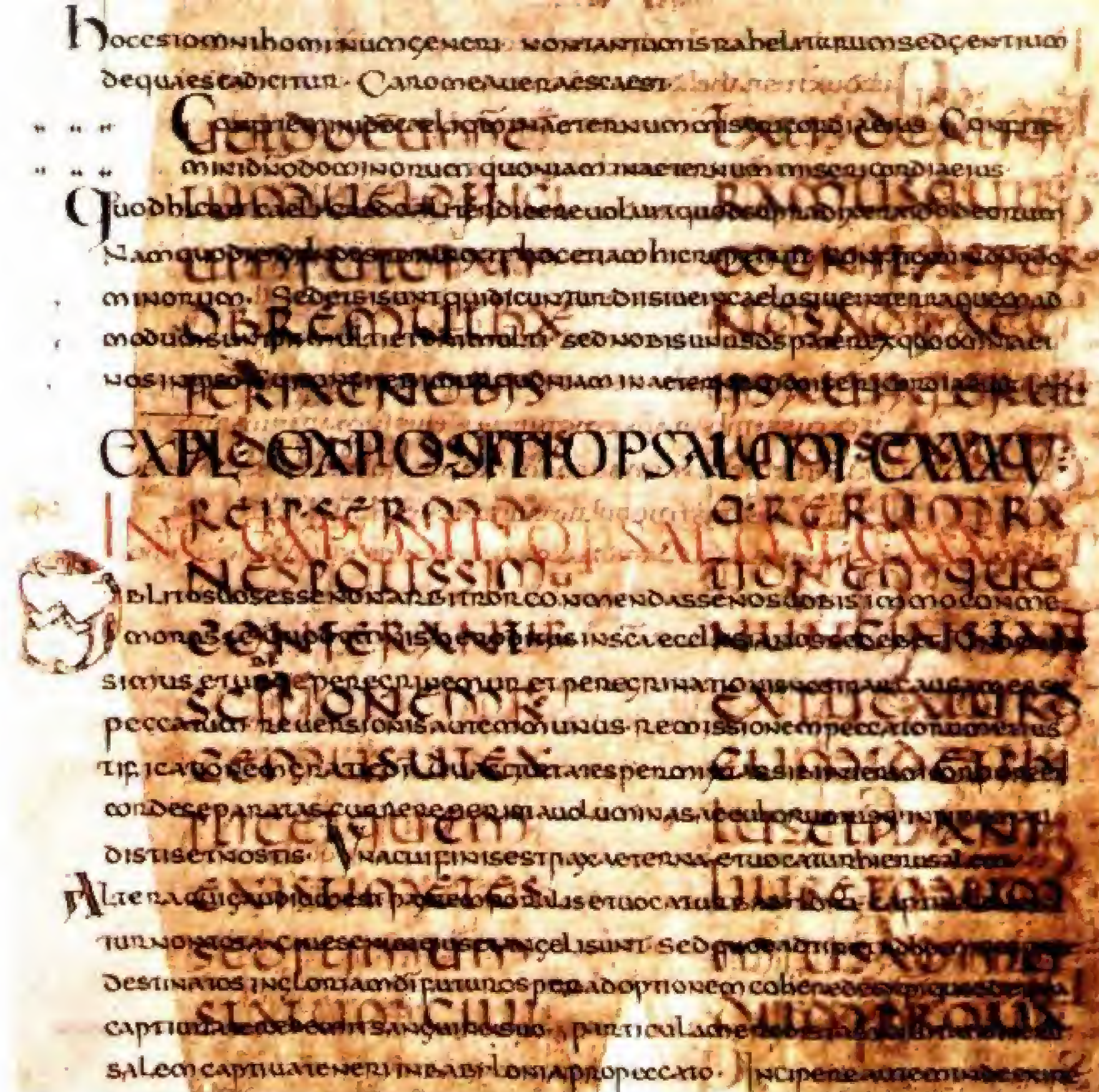


más o menos sin alteraciones. El poema, libremente inspirado en las épicas homéricas, consiste en 12 libros en los que se narran las legendarias hazañas de Eneas, que huyó de la destrucción de Troya para fundar una nueva dinastía en el Lacio, donde habrían de nacer los igualmente legendarios fundadores de Roma. Sin embargo, el poema va mucho más allá, ya que el verdadero héroe es el ideal romano, expresado como algo por lo que vale la pena vivir y morir, y porque da a entender, sin ningún género de dudas, que Augusto era el líder bajo el cual se iba a alcanzar este ideal. Uno de los episodios, el del amor de la desairada Dido por Eneas y su trágico suicidio, capturó la imaginación del mundo y ha sido un tema constante en la literatura y la música.

Roma produjo muchos otros escritores notables: los historiadores Livio y Tácito, y los poetas Ovidio, Propertio y Juvenal, han tenido sus admiradores en los siglos posteriores; pero, como ocurre a menudo, el escritor latino más influyente



Izquierda: Busto de Cicerón, orador, estadista y filósofo romano. Uffizi, Florencia.



Arriba: El famoso palimpsesto del Vaticano de *De Republica*, de Cicerón (en una escritura del siglo V), sobreescrito con los comentarios agustinos a los Salmos (siglo VIII).

en términos del efecto que tuvo en la literatura europea moderna no fue ni personalmente interesante ni un gran autor en términos literarios. Séneca fue un hipócrita moral, y su estilo literario fue descrito por Macaulay como una dieta constante de anchoas. Sin embargo, escritores cristianos posteriores consideraron que quien escribía de manera tan elocuente y edificante en sus obras morales debió ser un hombre virtuoso, y los dramaturgos renacentistas abordaron la tragedia griega a través de sus obras melodramáticas y sensacionalistas.

Finalmente, conviene recordar que el medio en el que se escribió la literatura, y en el que se condujeron los negocios de la mitad del Imperio, fue el latín. El latín ha dejado sus hue-

llas de una manera u otra en todas las lenguas europeas, ha sobrevivido como lengua de la gente culta y sólo muy recientemente ha dejado de ser la lengua litúrgica de la Iglesia Romana.



## Capítulo segundo: La caída y el redescubrimiento del mundo antiguo







*Página anterior:* El sello de oro de Luis de Baviera, realizado en 1328. Muestra una vista de Roma que incluye la Columna de Marco Aurelio, el Panteón, el Coliseo, Castel San Angelo y el obelisco del Circo de Nerón. Staatsarchiv, Munich.

Lorenzo Ghiberti, que escribió hacia mediados del siglo xv, describe en su *Segundo Comentario* la caída del Mundo Antiguo: «En tiempos del emperador Constantino y del papa Silvestre, triunfó la fe cristiana. La idolatría fue perseguida con tanta violencia que todas las estatuas y pinturas, de gran nobleza y dignidad antigua y perfecta, fueron aplastadas o hechas pedazos y, al mismo tiempo que las estatuas y pinturas, los libros y comentarios y dibujos y reglas que daban instrucciones sobre un arte tan extraordinario y civilizado perecieron del mismo modo».

Ésta, sin embargo, es una visión sumamente simplista de lo que en realidad ocurrió, y probablemente coloreada por débiles ecos del movimiento iconoclasta de la Bizancio de los siglos viii y ix, pero que aún prevalece incluso en la mente del hombre culto de la calle.

**Decadencia y ruina.** Aunque Ghiberti malinterpretara las causas, ciertamente hubo una buena cuota de destrucción durante los siglos que siguieron a los días gloriosos de Roma y antes de que surgiera el interés por lo antiguo en el Renacimiento. Fue, sin embargo, un proceso mucho más gradual del que imaginó Ghiberti, y participaron muchos más factores de los que él sugiere. Un impresionante ejemplo del cambio que se produjo durante estos siglos lo proporciona la comparación del número de estatuas que, sabemos, se elevaban en Roma en

La estatua ecuestre de bronce de Marco Aurelio, una de las pocas piezas escultóricas que sobrevivió ilesa la Edad Media. Permaneció durante siglos junto al palacio Laterano (como muestra el dibujo del siglo xv de *abajo*) antes de ser trasladado, en 1538, al Capitolio, donde se le puede ver hoy (*encima*). En el dibujo, el emperador aparece ataviado con armadura medieval. Firestone Library, Princeton. En 1275, a Benjamín de Tudela le describieron la estatua como perteneciente a Constantino.





la antigüedad, con las que sobrevivieron a la Edad Media. Así, en *Curiosum Urbis* y *Notitia Urbis*, de los siglos IV y V d.C., se refiere que había dos estatuas colosales, 22 estatuas ecuestres, 80 estatuas sobredoradas y 74 marfileñas de deidades, 36 arcos triunfales y 3.785 estatuas de bronce de distintos tipos. Casi todas ellas habían desaparecido en el siglo XV, y sólo quedaban unos cuantos arcos y media docena de bronce. Estos incluían la Loba Capitolina, el Spinario, una cabeza colosal de Constantino el Grande y una estatua ecuestre de Marco Aurelio. Esta última fue vista en 1275 por el viajante judío Benjamín de Tudela, a quien le fue descrita como «Constantino, el que fundó Constantinopla». Cualquier conexión con Constantino, real o imaginaria, era a menudo suficiente para asegurar la supervivencia de un monumento a lo largo de la Edad Media. Las estatuas de bronce conservadas eran excepcionales en el siglo XV, y la desaparición de otras no es más que un síntoma de lo que ocurrió en Roma durante la edad del oscurantismo. Pero, ¿qué fue lo que produjo el cambio? Ghiberti, como hemos visto, atribuyó la decadencia del arte antiguo y la destrucción de antiguas obras de arte al supuesto fervor iconoclasta de la Iglesia temprana, pero Vasari, que escribió un siglo después, se acercó más a la verdad al atribuir las a los efectos de las invasiones bárbaras.

La cristiandad tuvo su parte, desde luego, pero participó de forma pasiva, y no activa, en la destrucción física de la cultura antigua. Hechos como la destrucción por fanáticos religiosos del Templo de Serapis en Alejandría en el 391 d.C. son tan sólo una excepción; en la misma época, se discutía en

Los edificios romanos eran a menudo utilizados como canteras cuando se necesitaba material para la construcción de iglesias. El coro de la iglesia de San Salvador, en Spoleto, contiene columnas de varios edificios que sostienen un arquitrabe dórico reutilizado.



Roma, de manera perfectamente constitucional, si debía o no haber una estatua a la diosa pagana de la Victoria en el Senado. Las leyes contra el paganismo no fueron aplicadas de manera muy eficaz; había demasiados paganos y simpatizantes para hacerlo, y la misma frecuencia de los edictos anti-paganos demuestra que la introducción del cristianismo fue un proceso lento. Sin embargo, en términos generales, los templos paganos fueron cerrados a los cultos paganos y, a partir del 408 d.C., todos los impuestos implantados originalmente para el mantenimiento de los templos fueron confiscados por el Estado. Esto trajo, inevitablemente, problemas de conservación, no mucho antes de que los espolios a templos ruinosos —columnas, capiteles, arquitrabes, etc.— empezaran a ser incorporados a las grandes basílicas que se pusieron de moda en el siglo V d.C. S. Lorenzo fuori le Mura proporciona un buen ejemplo de estos casos en Roma, y ni siquiera la ordenanza de edificaciones de Mayoriano, decretada en el 457, que prohibía la demolición de viejos edificios para la construcción de nuevos, pudo detener la destrucción. El proceso continuó hasta el siglo VI y más tarde. Así, los mármoles trasladados desde Roma para construir el palacio de Teodorico en Ravena pueden compararse en los tiempos modernos con los mármoles enviados desde Leptis Magna y otros emplazamientos romanos de África del Norte para la construcción de Versalles.

**La destrucción de monumentos.** El de Roma no fue un simple caso de edificios que se venían abajo por sí mismos y que luego eran utilizados como canteras; su destrucción se vio acelerada en el siglo V por tres acontecimientos violentos: el saqueo de la ciudad por los godos en el 410, por los vándalos en el 455, y por los godos nuevamente en el 472. Los godos, bajo Alarico, aparecieron por primera vez fuera de las murallas de Roma en el 408, pero se les pagó a cambio de que no arrasaran la ciudad. Las estatuas fueron despojadas de su doradura para comprar el rescate. Hacia agosto del 410, los godos, aguijoneados en su codicia, volvieron por más. Tres días tomó saquear la ciudad de cualquier objeto valioso sobre el que los invasores pudiesen poner sus manos. El Aventino, el barrio aristocrático de la ciudad, fue el que más sufrió, y excavaciones realizadas allí han revelado evidencias de destrucción a principios del siglo V. Tanto los edificios públicos como los privados sufrieron las consecuencias de la caza de tesoros. Los Baños Decios, por ejemplo, fueron socavados de modo que el muro principal del *Tepidarium* se inclinó hacia afuera, arrastrando las paredes vecinas con él. Al menos, es así como probablemente debemos interpretar una inscripción que describe las restauraciones llevadas a cabo por Caecina Decius Acinatius Albinus en el 414, durante el imperio de Honorio y Teodosio II.

Sin embargo, los acontecimientos del 410 no fueron sino un anticipo de lo que iba a ocurrir en el 455, cuando la ciudad fue metódicamente saqueada durante el espacio de 14 días. Sabemos muy poco acerca de este saqueo, pero un fragmento de información es lo bastante significativo: la mitad del techo del Templo de Júpiter Capitolino fue separado de sus



tejas doradas. El hambre de metales fue uno de los principales factores tras la deliberada destrucción de los edificios clásicos durante la Edad Media. Muchos de estos edificios habían sido erigidos sin utilizar argamasa; a menudo se unían los bloques de albañilería mediante abrazaderas de metal (bronce o hierro), y se fijaban los bloques de revestimiento de mármol con clavos de metal. El metal solía estar profundamente incrustado en la piedra, pero en una época en la que la minería y el refinamiento de los metales eran mucho más limitados que en tiempos anteriores, a menudo convenía más atacar un edificio clásico por los metales que se podían encontrar en él, de modo que hoy cientos de monumentos de lo que fue el Imperio romano presentan una superficie profusamente agujereada, y otros miles han desaparecido del todo. El robo de metales se podía llevar a cabo a cualquier escala, y en cualquier nivel de la sociedad. Así, en el 629, el emperador Heraclio visitó Roma y obsequió las tejas de bronce dorado que aún estaban en el techo del Templo de Venus y Roma al papa Honorio I, para que las utilizara en San Pedro. Presumiblemente, hacía tiempo que el papa les había echado el ojo, pero, como eran oficialmente propiedad imperial, no podía cogerlas de cualquier modo. Este tipo de tratamiento no era ideal para la conservación del techo del templo, y aunque aún sobrevive una semibóveda de concreto artesonada, la mayor parte del templo está al descubierto.

Otro destino, al menos para los edificios de mármol, era el horno de cal. Un impresionante ejemplo lo proporciona el Templo de Zeus Olímpico en Atenas, empezado en el siglo VI a.C. y completado por el emperador Adriano en el siglo II

d.C., cuando era uno de los templos más grandes del mundo antiguo. Sin embargo, el 90 por ciento del monumento fue reducido a cal a lo largo de los siglos y, en fecha tan temprana como el siglo XVIII, el Waywode de Atenas seguía concediendo licencias para la quema de cal. El horno de cal es también la razón de que un emplazamiento comparativamente tan bien conservado como el de Cirene esté tan desprovisto de mármol..., un emplazamiento donde el mármol era doblemente precioso pues tenía que ser importado de fuera. Sabemos que en Cirene había un horno de cal situado en la esquina suroccidental del Ágora, y hay un templo cercano al que desde hace años se llama el Templo de Deméter por una estatua romana de esa diosa que se encontró a escasa distancia. Sin embargo, hoy parece ser que el Deméter simplemente estaba esperando su turno para el horno de cal, ya que recientes excavaciones han demostrado que el templo estaba, en realidad, dedicado a Apolo.

Al principio, hubo intentos de poner coto a semejante depredación. Ya hemos hecho referencia a la legislación mayorana. Teodorico, que había trasladado restos arquitectónicos de Roma a Ravena, reinstauró, en el 500 d.C., el cargo de *Curator Statuarum* (un responsable oficial de la protección de las esculturas de propiedad pública), por recomendación de su consejero Casiodoro. Y el propio Casiodoro nos cuenta cómo las antiguas obras de arte (que, significativamente, ya recibían el nombre de *antigüedades*) estaban a merced de los hornos de cal y los ladrones de metales. Ayudaba, explica, que las estatuas de bronce no fuesen mudas, sino que sonaban al ser atacadas por las herramientas de los ladrones, alertando a





*Derecha:* El Teatro de Marcelo, en Roma, utilizado como cantera en el siglo IV para reparar el Puente Cestio. En el 1086 se convirtió en la plaza fuerte de los Pierleoni, y en la actualidad sigue deshabitado.

*Página opuesta:* La esquina suroccidental del Ágora, en Cirene. En tiempos hubo un patio de cocido de cal que debió de dar cuenta de gran cantidad de bloques y estatuas de mármol.



la policía. Pero la actitud sensible, conservacionista de Teodorico fue efímera, y en el 537/538 la ciudad volvió a ser asediada por los godos. No consiguieron hacerse con ella, pero infligieron un golpe del que Roma no se recuperaría hasta el siglo XV: cortaron los acueductos que durante siglos habían abastecido de agua a la ciudad. El problema no fue de escasez de agua, ya que en la ciudad había suficientes pozos para la supervivencia y las aguas del Tíber eran —en aquellos tiempos— bebibles, pero supuso que los baños públicos y privados, las 1.212 fuentes públicas y los 247 depósitos fueran clausurados. Los barrios residenciales de las zonas más altas dejaron de recibir el suministro de agua y fueron abandonados, si bien la vida siguió su curso en los valles, aunque a escala reducida.

Éstas, pues, son algunas de las razones que explican el abandono y el abuso medieval de los edificios clásicos en Roma. Podríamos concebir escenarios similares para otros lugares del Imperio romano, con sajones, lombardos, hunos, suavos, turcos y árabes en los papeles principales, pero el resultado final es, en casi todos los casos, el mismo: el ladrón de piedra, el quemador de cal y el cazador de metales hicieron su agosto.

**La supervivencia de los monumentos.** Hasta ahora hemos examinado las razones de la destrucción de los monumentos clásicos. Consideremos ahora por qué se conservaron algunos

de ellos. Algunos estaban en lugares aislados; bien aislados simplemente o como resultado de la despoblación que siguió a las invasiones de los bárbaros. Delfos y Olimpia, en Grecia, pertenecen a la primera categoría; Leptis Magna, en el norte de África, y Aezani, en Asia Menor, corresponden a la segunda. Sin embargo, muchos edificios se conservaron porque se les dio otra función. Muchos templos —propiedad estatal— fueron entregados a la Iglesia y destinados a usos eclesiásticos. Así, por ejemplo, en Roma el emperador Phocas entregó el Panteón, en el 609, al papa Bonifacio IV, quien lo convirtió en la iglesia de S. Maria ad Martires. Hay una razón interesante para este nombre. El campo alrededor de Roma se había vuelto cada vez más inseguro y malsano, y se consideró necesario guardar los huesos de los mártires dentro de la ciudad de Roma. En consecuencia, 28 carretadas de huesos retirados de las catacumbas fueron colocados en una pila de pórfido debajo del altar mayor de la nueva iglesia. El Templo de Antonino y Faustina, en el Foro Romano, se convirtió en la iglesia de S. Lorenzo en el siglo VII u VIII. En el Foro Boario, el Templo Circular se convirtió primero en la iglesia de San Estéban, pero más tarde llegó a ser conocido como S. Maria del Sole, y el así llamado Templo de Fortuna Virilis fue transformado en iglesia en el 872. También fueron convertidos en iglesias algunos edificios laicos romanos: el Senado, en el Foro, fue



consagrado a S. Adriano por el papa Honorio I en el c. 630. En Trier, la parte alta de Porta Nigra, o lo que quedaba de ella, pasó a ser la iglesia de S. Simeón en el siglo XI, la hermita que Simeón había ocupado durante tantos años como una especie de estilita del norte. Y hay muchos otros ejemplos.

A otros edificios clásicos se les dio un uso más práctico. Algunos de los restos más imponentes se prestaban de por sí a papeles defensivos. Sabemos que en Roma, a finales de la Edad Media, algunas familias aristocráticas se establecieron en edificios como el Teatro de Marcelo o el Arco de Tito. Esto fue cuando Roma se había empobrecido y se había vuelto más insegura tras el saqueo normando de 1084. Los anfiteatros constituían fortalezas particularmente útiles. Las de Arlés y Nîmes, en Provenza, fueron fortificadas en el siglo VIII. Los templos se podían transformar en ayuntamientos. La Maison Carrée, en Nîmes, se convirtió en el Hôtel de Ville en el 1050, función que desempeñaría hasta 1540, y, aún hoy, el ayuntamiento de Pola, en Istria, está en un templo romano, si bien se le añadió su fachada gótica en el siglo XIII.

Las columnas de Trajano y Marco Aurelio, en Roma, se conservaron por una razón distinta: fueron una provechosa fuente de ingresos para sus dueños. La abadesa de S. Ciriaco era la propietaria de la primera, y los monjes de S. Silvestro in Capite de la segunda. Se conserva una inscripción que nos dice que la Columna de Marco Aurelio y la iglesia que había en la base se alquilaban al mejor postor, presumiblemente con carácter anual. El exitoso empresario podía entonces cobrar a los turistas y peregrinos que deseaban ver Roma desde lo alto de la columna.

**Encuentros medievales con la antigüedad.** Existía una guía para peregrinos, el *Mirabilia Urbis Romae* o *Las maravillas de la ciudad de Roma*. La información que contiene estaba destinada a los devotos, y casi todas las explicaciones de los restos de la antigüedad clásica son inverosímiles o fantásticas.

De un tipo ligeramente distinto es el *De Mirabilibus Urbis Romae* del magister Gregorius, un clérigo, presumiblemente inglés, que visitó Roma en el siglo XII. Registra numerosos monumentos, tanto paganos como cristianos, y de vez en cuando muestra un interés lascivo por las estatuas antiguas. En especial, atrajo su atención una Venus desnuda, tal vez la Venus Capitolina, «por su extraordinaria belleza». Dice de ella: «Esta imagen de mármol pario fue hecha con habilidad tan sorprendente que, más que una estatua, parece una criatura viviente: pues su rostro está teñido de un brillo rosáceo como el de quien la mira ruborizado. Y, si uno se acerca, puede ver la sangre encendiendo sus pálidas mejillas. Su extraordinario aspecto me hechizó de tal modo que me sentí compelido a volver tres veces, pese a que estaba a un par de kilómetros de distancia». Su reacción es propia de un humanista del siglo XV, y es, en efecto, sintomática del «proto-renacimiento», que parece haber tenido lugar en el siglo XII.

John de Salisbury nos habla de los intereses de anticuario de otro clérigo del siglo XII, también de Inglaterra. Henry de Blois, obispo de Winchester y hermano del rey Esteban, visitó

Roma en tres ocasiones a mediados del siglo XII. Antes de partir al cabo de una de estas visitas, «obtuvo permiso», se nos dice, «... para comprar estatuas viejas en Roma; e hizo que se las enviaran a Winchester». John de Salisbury nos dice que un gramático de la corte papal engañó a Henry de Blois citando una frase apropiada de Horacio, y continúa: «fue este hombre el que habría de responder al obispo, de manera espontánea, pero tal vez expresando su punto de vista: que había estado haciendo cuanto estaba a su alcance por privar a los romanos de sus dioses para evitar así que restauraran los antiguos ritos de idolatría, a lo que tan propensos eran pues su inveterada e incorregible avaricia ya hacía de ellos adoradores de ídolos en espíritu». Mientras que es probable que esta afirmación reflejase las ideas de John de Salisbury, es casi seguro que no proporciona una descripción precisa de las motivaciones de Henry de Winchester. Nos habríamos hecho una idea más exacta si las estatuas se hubiesen conservado, pero han desaparecido. Sin embargo, es muy probable que él también hubiese sido influido por lo que podríamos llamar proto-humanismo del siglo XII. Éste fue el período en que se empezaban a fundar las grandes universidades, y en que un poeta como Hildebert de Tours pudo escribir versos en los que las magníficas ruinas de Roma evocan un pasado aún más glorioso:

*Roma, tus grandiosas ruinas sin par,  
Tu antigua grandeza dolida aún clama,  
Aunque el tiempo tus majestuosos palacios  
Ha disgregado y tus templos derribado.*

El mismo espíritu concurre en una inscripción colocada en una casa medieval de Roma que también incorporaba fragmentos arquitectónicos romanos dispuestos de forma decorativa. La inscripción reza, en parte: «Nicolás, a quien pertenece esta casa, bien sabía que la gloria de este mundo era la vanidad. Fue inducido a construir esta vivienda, menos por vanidad que por el deseo de restaurar el esplendor de Roma».

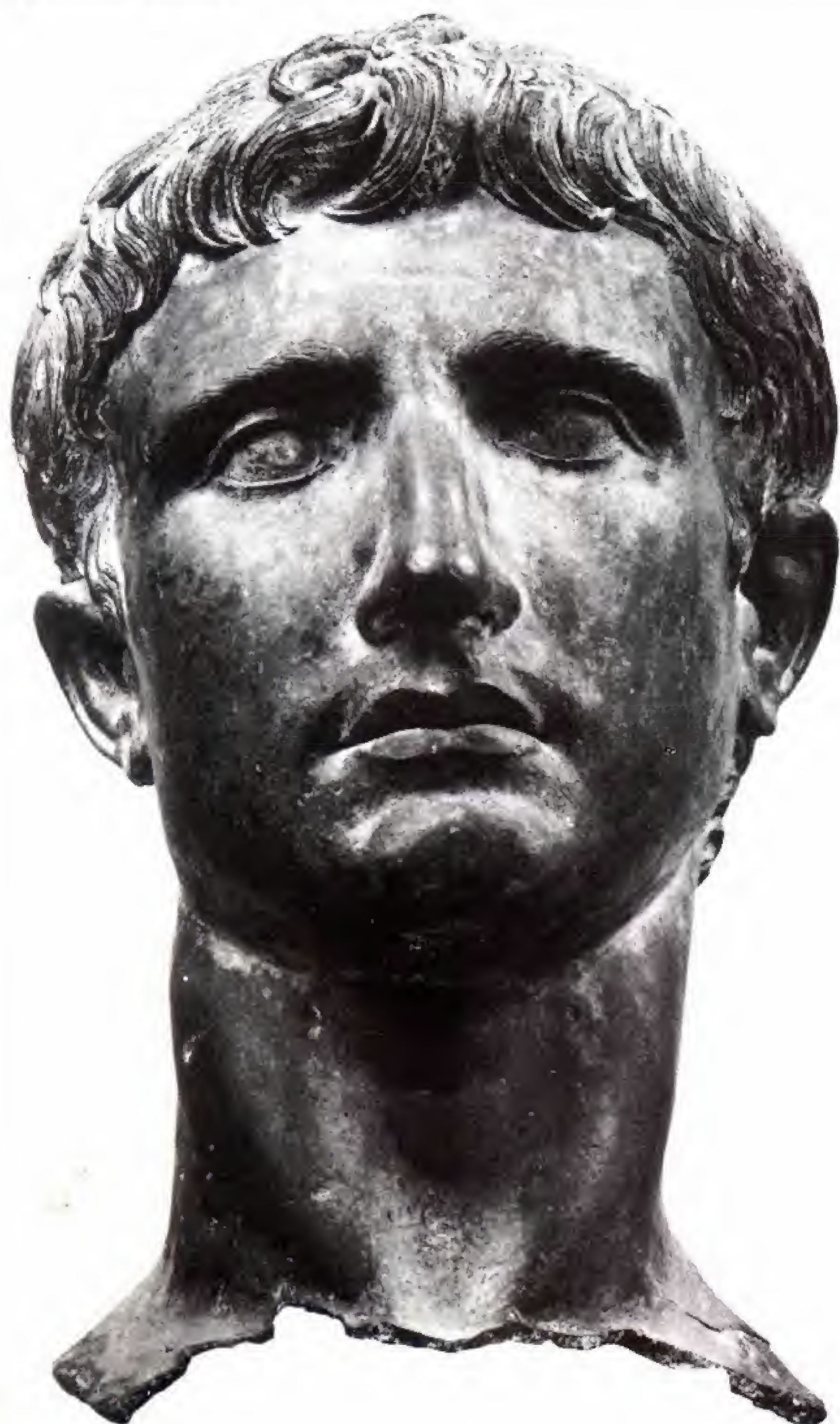
Los *connoisseurs* medievales también apreciaban objetos más pequeños que las estatuas y las obras arquitectónicas, aunque no siempre por las mismas razones. Un abate Suger, es cierto, disfrutaría de una colección de joyas talladas antiguas con el mismo talante con que lo habría hecho Henry de Winchester. Pero las vasijas hechas con metales preciosos —oro, plata o cristal de roca— sobrevivieron debido a su valor intrínseco, por lo general en tesoros catedralicios. Las joyas y los camafeos antiguos a menudo estaban montados en relicarios o cruces, y, si eran insuficientes, siempre se podía hacer nuevas piezas, más toscas, en pasta de cristal, según los modelos antiguos. A veces había supersticiones ligadas a los fragmentos de cerámica rota que se encuentran esparcidos en muchos emplazamientos romanos. Por ejemplo, cuando se hallaron pedazos de vajillas arretinas cerca de Arezzo, en la década de 1280, Ser Ristoro d'Arezzo escribió en su *Composición del mundo* que «este artificio extraordinariamente noble y milagroso» había impresionado de tal manera a los artistas contemporáneos que habían decidido que la cerámica debía ser divina, y que las vasijas de las que procedían los fragmen-





Una vasija arretina del ceramista Tigranus (fl. 10 a.C.-10 d.C.). De los fragmentos de cerámica arretina encontrados en el siglo XIII se decía que habían «caído del cielo». Ashmolean Museum, Londres.

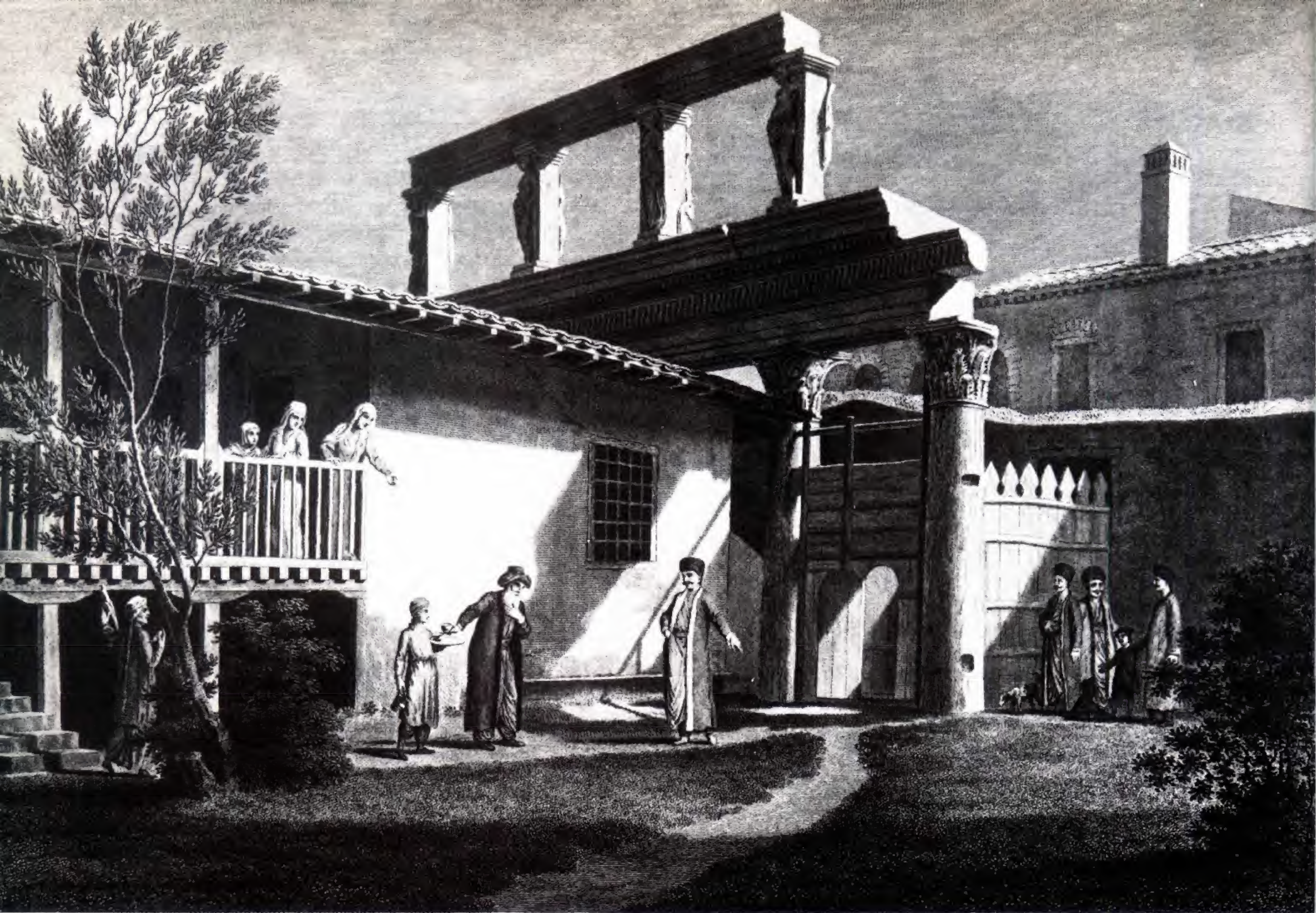
Una cabeza esculpida del emperador Augusto, como este ejemplo en bronce del Vaticano (izquierda), con sus rasgos clasicistas y sus rizos estilizados, debió de servir de modelo para la colosal cabeza de piedra (derecha) de Federico II, autoproclamado emperador de Occidente de 1220 a 1250, que fue hallada en Lanuvium (Instituto Alemán de Arquitectura, Roma).



tos descendían del cielo. Incluso en fecha tan tardía como 1348, Giovanni Villani pudo decir en su *Crónica Florentina* que la cerámica encontrada en Arezzo no podía estar hecha por manos humanas.

Otros sabían claramente lo que habían desenterrado. Las ambiciones imperialistas de Federico II, autoproclamado emperador de Occidente de 1220 a 1250, eran muy conocidas, como lo era el hecho de que había modelado su régimen a semejanza del de los emperadores romanos. Afirmó que «Evocamos a los antiguos Césares en las mentes de los hombres mediante el ejemplo de nuestra propia persona» y se intituló *Imperator Fredericus Romanorum Caesar Semper Augustus*. Con estos antecedentes, no es de sorprender que una cabeza retrato colosal de Federico, encontrada en la década de 1950 en Lanuvium, en la Via Appia, a unos 30 km de Roma, tenga rasgos típicamente augustales. Hay conexiones evidentes con el arte gótico contemporáneo, pero el modelo subyacente fue, sin duda, un retrato del emperador romano Augusto. Se conocen estos retratos por centenares, y debieron hacerse por miles, de modo que no es difícil comprender que Federico conociera el aspecto de Augusto (aunque sólo fuese por las monedas) y que instruyera a un escultor para que adoptara un prototipo augustal de su propio retrato. Éste es, presumiblemente, el primer caso, en tiempos modernos, de explotación política de material arqueológico (el ejemplo





Dibujo realizado por Stuart de un pórtico en ruinas de c. 300 d.C., conocido por los judíos castellano-hablantes que vivían en los alrededores como las Incantadas. Fue, hasta su traslado al Louvre en 1865, una de las principales vistas de Tesalónica.

Philip von Stosch y anticuarios romanos. La pasión de los arqueólogos por el chismorreo fue utilizada en la Roma del siglo XVIII como cubierta para el espionaje.



antiguo más notable es, quizás, la Invención de la Vera Cruz). Federico figura al inicio de una tradición que incluye a Lovato Lovati, quien en 1283 identificó un esqueleto grande como el de Antenor, el legendario fundador de Padua, y al malhadado Cola di Rienzo, quien brevemente asumió el poder en Roma en 1347 gracias a la explotación de sus conocimientos sobre inscripciones romanas; una tradición que ha tenido un representante reciente en la figura de Mussolini, que intentó recrear un imperio inspirado en el de Roma y explotó al máximo el arte romano como medio para alcanzar su objetivo.

Pero no todos tenían semejante percepción de los restos clásicos. Los mármoles antiguos seguían condenados a pasar por los hornos de cal, si bien muchos de ellos se salvaron, presumiblemente, porque entraron en el folclore popular, que, si le otorgamos crédito, a veces revela una noción confusa de la antigüedad. Gran parte de las obras fue atribuida a Constantino. También Alejandro Magno dio lugar a relatos, y a ello contribuyó, sin duda, el éxito del Romance de Alejandro en Europa y en Asia medievales. Así, por ejemplo, de las ruinas de un pórtico de Tesalónica de finales del siglo III o principios del IV d.C. se dijo que las figuras de piedra que en él había —en efecto, todas figuras de la mitología clásica— eran miembros de la corte de Tracia que habían sido petrificadas,



por causa de un malentendido de naturaleza amorosa, «por el mago de Alejandro, Aristóteles».

Otra manera de explotación de los restos clásicos era la de los artistas que encontraban inspiración en ellos. Más o menos en la misma época en que los artistas de Arezzo expresaban sus pensamientos devotos sobre la cerámica arretina, un escultor y arquitecto de Pisa, Nicola Pisano, ya estaba explotando prototipos clásicos. Fue uno de los primeros artistas de finales de la Edad Media en ser influidos por la escultura clásica. Vasari nos cuenta que vio, entre «muchos despojos de mármol llevados a Pisa por la armada de Pisa, unas cuantas piezas antiguas... Una de ellas era especialmente bella, y tenía grabada la escena de caza de Meleandro y el jabalí de Calidón». Nicola empezó a imitar el estilo escultórico de este y de otros sarcófagos antiguos «con tales resultados que pronto llegó a ser considerado el mejor escultor de su época». El término para despojos en italiano es *spoglie*, y es el que se utiliza a menudo para fragmentos reciclados de mármol antiguo, bien para la reconstrucción, bien para su tratamiento en los hornos de cal. Durante mucho tiempo fue práctica habitual de los barcos de Pisa recoger *spoglie* de las ruinas de Ostia, en la desembocadura del Tíber, así como de la propia Roma, y llevarlos como material de construcción para la catedral de Pisa. Así pues, hacía tiempo que se llevaban *spoglie* a Pisa, pero Nicola fue el primero en darse cuenta de que algunos de ellos poseían un valor estético intrínseco.

**Petrarca.** Hubo, por supuesto, otros encuentros medievales con la antigüedad, pero los que hemos examinado son, quizá, los más típicos. Son todos notables por ser excepcionales en términos de la época en que ocurrieron. Fue sólo después de Petrarca (1304-1374) que el interés por la antigüedad se iría convirtiendo poco a poco en la norma entre los europeos cultos. Petrarca se interesó principalmente por la literatura clásica; se dedicó a coleccionar textos y formó una biblioteca espléndida. Su primera visita a Roma en 1337 le afectó profundamente y sus escritos posteriores expresan a menudo la sensación de reverente admiración que había experimentado al caminar entre las ruinas de la antigua Roma. Gracias a su estrecha relación con la literatura clásica, pudo hacer útiles contribuciones al conocimiento de la topografía de la Roma clásica. También utilizó las monedas romanas como fuentes históricas, pero siempre fue consciente de la grandeza pasada que evocaban. Esto se aprecia en toda su intensidad en la descripción que hace, en una carta dirigida a un amigo, de su encuentro, en la Mantua de 1355, con el emperador germánico Carlos IV: «La ocasión me permitió hacer algo que siempre había deseado. Le di unos retratos de oro y plata de nuestros emperadores que llevaban grabadas leyendas en diminutos caracteres de estilo antiguo, cosas que siempre me habían maravillado. Entre ellos había una cabeza de César Augusto, que casi parecía respirar. Y dije: "Fijaos, vuestra majestad, vos, que sois su sucesor, fijaos en aquellos a los que debéis esforzaros por imitar y admirar; moldearos a semejanza de ellos. A nadie podría hacer este regalo sino a vos, como vues-



Petrarca (retratado por Andrea del Castagno), una de las figuras más influyentes en la formación del gusto clásico en la Italia del siglo XIV. S. Apollonia, Italia.

La iglesia de S. Nicola in Carcere, en Roma, aparece en este manuscrito del siglo XV erigida contra un templo romano. Darmstadt Landesbibliothek.





tra omnipotencia me obliga. Es mi tarea conocer las costumbres, los nombres y la historia de estos emperadores; la vuestra, sin embargo, no es sólo conocerlos sino estar a su altura».

El impulso que Petrarca dio a los estudios iconográficos dejó su huella en la decoración de la Reggia, el palacio de la familia Carrara en Padua. Varias habitaciones de este edificio fueron pintadas con murales de escenas de la mitología y la historia antigua. Los detalles de una de las habitaciones, la Habitación de los Hombres Célebres, provenían directamente de *De Viris Illustribus* de Petrarca, que, por cierto, estaba dedicado a Francesco I de Carrara. Los frescos, que representaban las hazañas de los héroes romanos, han desaparecido hace mucho, pero nos podemos hacer una idea de su apariencia a través de una versión iluminada de la obra de Petrarca, hoy en Darmstadt. En el fondo se pueden ver representaciones reconocibles de monumentos romanos: el Coliseo, el Panteón, el obelisco del Vaticano e, inclusive, la iglesia de S. Nicola in Carcere con parte de un templo antiguo encerrado en uno de sus muros. Estos detalles bien podrían haber derivado de las notas arqueológicas y los dibujos (burdamente) medidos que realizara el amigo de Petrarca Giovanni Dondi, un médico de Padua que visitó Roma en 1375. Curiosamente, los personajes aparecen todos en trajes medievales contemporáneos. En efecto, las vestimentas clásicas no fueron utilizadas coherentemente en escenas históricas o mitológicas hasta Mantegna, en la segunda mitad del siglo xv. La única notable excepción a esta regla fue en materia de tocados, pues a veces los artistas procuraban representar las coronas de laureles o cascos romanos. Este fenómeno confirma el conocimiento extendido de las monedas romanas, y los esbozos realizados incluso antes de Petrarca empezaron a reflejar un interés por estas cosas. Un sorprendente ejemplo tardío es el de una serie de paneles pintados en Padua por Nicoletto Semeticolo hacia el 1450, hoy en la catedral de Padua. Los emperadores Diocleciano y Maximiano aparecen juzgando al que más tarde sería mártir san Sebastián. Un emperador lleva una corona medieval convencional, mientras que el otro lleva el tipo de corona puntiaguda «iridiscente» tan frecuente en las monedas romanas tardías. Que los emperadores están sentados en un templo pagano se desprende de una estatua de mármol antigua de un héroe desnudo en el altar; salvo por este detalle, el escenario es completamente gótico.

**Los inicios de la epigrafía.** Hemos visto que Petrarca hacía alusión al «estilo antiguo» de la grafía de las monedas romanas. Lo que quería decir es que era muy distinta de la grafía gótica, y sabemos, por referencias de otros escritores, que para los contemporáneos de Petrarca era muy difícil, si no imposible, leer las inscripciones romanas. Aun cuando se prestaban a la lectura, frecuentemente eran malinterpretadas: una inscripción referente al liberto romano T. Livio Halys desenterrada en Padua entre 1318 y 1324 fue ampliamente considerada como perteneciente a la tumba del historiador Livio. A partir de principios del siglo xiv se empezó a reunir inscripciones romanas y a explotar la información que contenían de

manera seria. Así, en 1398, Pier Paolo Vergerio pudo demostrar, sencillamente a partir de la lectura de su inscripción, que la Pirámide de Cestio, frente a la Porta S. Paolo, en Roma, no era la tumba de Remo como tradicionalmente se pensaba. Muchos humanistas italianos compilaron síloges (como se llamaba a las colecciones de transcripciones de inscripciones), sin orden ni concierto al principio, más metódicamente después, prestando atención a los lugares en los que eran hallados. Ciriaco de Ancona fue uno de los principales epigrafistas tempranos. Había registrado inscripciones en Italia (atribuyendo correctamente el arco de Ancona a Trajano en 1420) antes de viajar a Grecia y Asia Menor, donde reunió una gran cantidad de material: inscripciones griegas y romanas, así como descripciones y dibujos de obras escultóricas y arquitectónicas. Sus inscripciones se incorporarían a las síloges, y sus esbozos inspirarían numerosas composiciones de los artistas renacentistas.

Los descubrimientos de Ciriaco fueron ampliamente difundidos a través de las actividades de Felice Feliciano, un escriba profesional de Verona que también era hombre de letras por derecho propio, conocido por sus contemporáneos como «el anticuario». También él coleccionaba inscripciones, por las que se interesaba especialmente en la medida en que proporcionaban valiosa información sobre la ortografía del latín. Es a Felice a quien debemos el delicioso relato de un viaje de exploración arqueológica por el lago de Garda que tuvo lugar en septiembre de 1464. Los participantes fueron el propio Felice, el artista Andrea Mantegna, el humanista Giovanni Marcanova y Samuele da Tradate. El relato del primer día se refiere en su mayor parte a los ricos y abundantes huertos de la orilla norte del lago, si bien los intrépidos viajeros descubren un «refugio de las ninfas» y registran una inscripción. Al segundo día han adoptado la identidad de antiguos romanos: «Samuele era emperador, Mantegna y Marcanova cónsules, y un servidor procurador. Alegrementemente avanzábamos, cubiertos de flores, a través de los sombríos laureles. Le hicimos a Samuele una corona de mirto, hiedra y ramas diversas, y luego nos encontramos una vieja iglesia de S. Domingo. Entramos en ella y hallamos una inscripción de Marcus Antoninus Pius Germanicus Sarmaticus Emperador. Luego, no muy lejos de una iglesia de S. Esteban, encontramos en un pórtico una bella inscripción del divino Antonino Pío, nieto del divino Adriano, antiguo habitante de la zona... Encontramos, inclusive, un refugio de la estremecedora Diana y de las ninfas, que, sabíamos, no podía ser otra cosa. Luego de ver todas estas cosas, navegamos frente a Benaco en la llanura líquida de Neptuno en una barca provista de alfombras y... adornada con laureles y otras ramas nobles, con el propio emperador Samuele tocando la cítara y gritando de alegría. Al cabo de un tiempo, cruzamos el lago sin contratiempos y buscamos un puerto seguro. Amarramos la barca y entramos en una iglesia de la Santísima Virgen en Garda. Allí alabamos al Supremo Hacedor de Truenos y a Su Gloriosa Madre, en particular porque Él nos había inspirado para unir nuestras fuerzas y nos había dado la idea de salir en busca de lugares tan





Los esbozos de Ciriano de Ancona de monumentos romanos tardíos de Constantinopla inspiraron algunos detalles de la *Agonía en el jardín*, de Mantegna: el sphendone, una torre en la muralla y una estatua de Justiniano sobre una columna, National Gallery, Londres.

*Un capricho romano*, de Panini (1691-1765), con algunos de los monumentos existentes en Roma en el siglo XVIII, incluidos el Coliseo, la Columna de Trajano y el Hércules Farnese. Ashmolean Museum, Oxford.



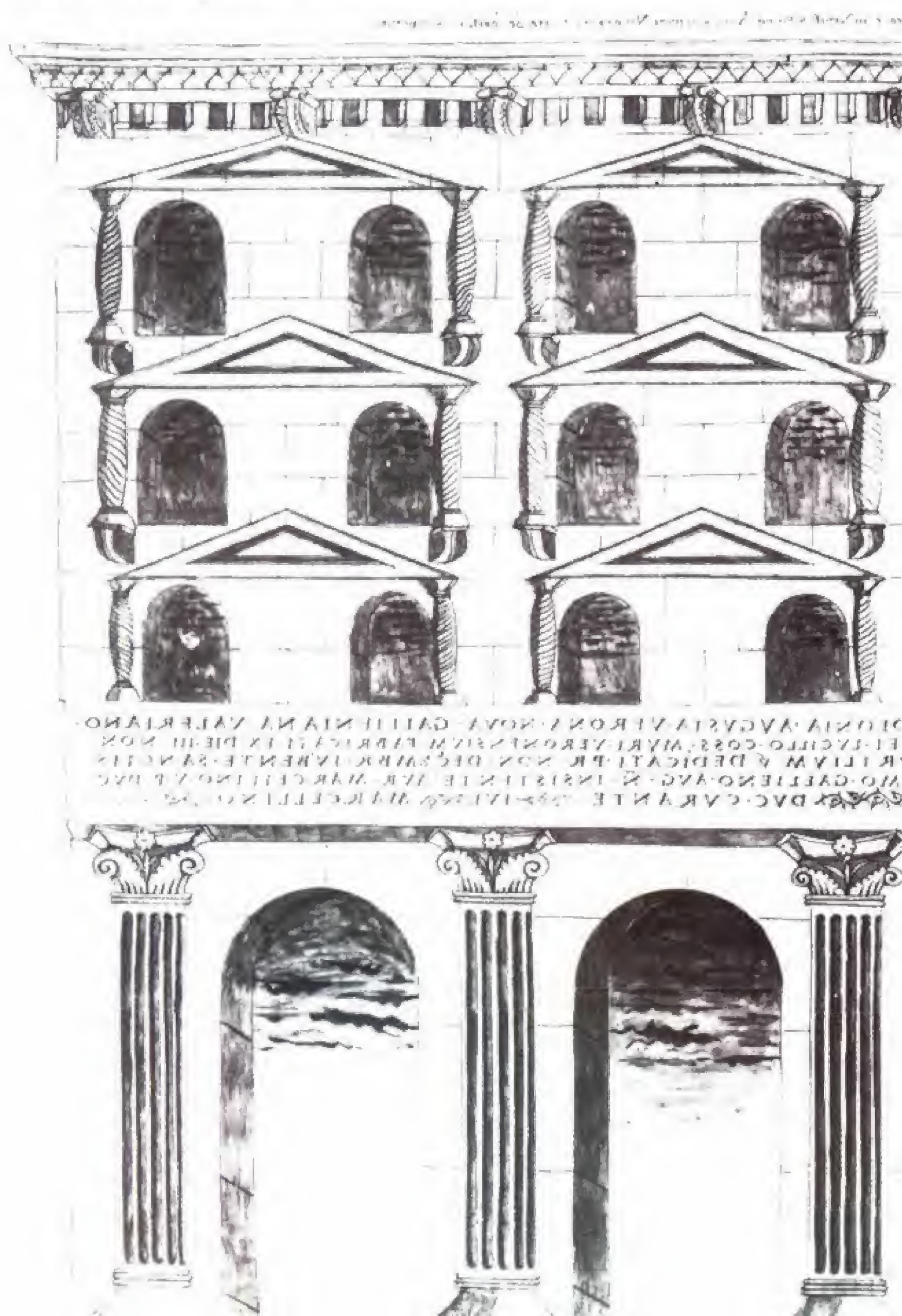
grandiosos; porque Él nos había proporcionado placeres tan excelentes y diversos y tantas antigüedades se nos habían presentado con pasmosa prontitud; y porque Él nos había concedido tan buena navegación, y un desembarco seguro...». El «Supremo Hacedor de Truenos» es, por supuesto, una referencia a Júpiter; en el relato de Felice hay una deliberada confusión de lo pagano y lo cristiano que, sin embargo, tenía, presumiblemente, una intencionalidad literaria, y no era expresión de creencias heterodoxas. Más aún: pese a la aparente frivolidad del relato —una especie de *Cuatro hombres en una barca* del siglo XV—, el objetivo de fondo de los participantes era básicamente serio, a saber, registrar inscripciones que no habían sido comprendidas durante siglos.

**Interpretaciones renacentistas de la antigüedad.** Los conocimientos de anticuario adquiridos por los humanistas del Renacimiento fueron aplicados en diversas áreas. Mantegna incorporó a sus pinturas paisajes de ruinas clásicas —reales o fantásticas—, e incluso alguna que otra inscripción ocasional. Utilizó dibujos de relieves romanos de cuadernos de bocetos que circulaban entre los artistas de la Italia del norte como base para la composición de algunas de sus pinturas. Así, recientemente ha sido posible demostrar que los detalles de un friso romano que forma parte de la colección del Louvre sirvió de inspiración para varios pasajes del *Triunfo de César* de Hampton Court. Otros escribieron sobre la historia local. Entre ellos destaca Flavio Biondo (1388-1463), descrito por su contemporáneo más joven Vespasiano da Bisticci como «un anticuario diligente que escribió varias obras que arrojan gran luz sobre el pasado» (entre otras cosas, inventó el concepto de «Edad Media»). Escribió una historia de Roma —su *Roma instaurata*, impresa por primera vez en 1471— «en la que», nos dice Vespasiano, «escribió con gran lucidez sobre el esplendor de la República, sus edificios y todo lo demás, para beneficio de los que deseen adquirir conocimientos acerca de la época. Al acabar *Roma instaurata* comprendió hasta qué punto había cambiado Italia; un buen número de ciudades y pueblos, que una vez habían sido habitados, permanecían ahora desiertos y en ruinas, y sin que existiera noticia alguna de su existencia. No sólo habían desaparecido las propias ciudades, sino, también, cualquier conocimiento acerca de los hombres importantes que las habían habitado. Por ello, Biondo se decidió a revivir e iluminar la Italia del pasado escribiendo un libro, *Italia illustrata*, en el que se describe el país como fue una vez, no sólo los lugares y distritos que aún existen, sino cada pueblo, por pequeño y humilde que fuese, y cada río, y si alguno de ellos fue escenario de acontecimientos memorables en el pasado, lo menciona. Es una obra notable hecha con gran esmero e investigación. Biondo también merece ser elogiado por el gran esfuerzo que dedicó en beneficio de todos y, si otros antes que él hubiesen realizado una labor tan diligente como la suya, hoy conoceríamos mejor el pasado, pues hace más de mil años que nadie escribe como lo ha hecho él. Por ello, el mundo entero debería estar agradecido al maestro Biondo por lo que nos ha legado».



Una figura influyente en la transmisión de este tipo de interés en las antigüedades locales a otras partes de Europa fue Conrad Peutinger de Augsburgo (1465-1547), que en la década de 1480 estudió en diversas universidades del norte de Italia y también visitó Roma. Allí parece haber conocido y recibido estímulos de Pomponio Laeto, que había fundado una academia en Roma, a imitación de las de Grecia y Roma. Sus miembros se ponían nombres antiguos, y se reunían en la casa de Pomponio en el Quirinal, cuyas paredes estaban decoradas con 40 o 50 inscripciones clásicas. Unos años después, Peutinger, de regreso en Augsburgo, estaba en el centro de un círculo similar de humanistas. Comerciantes locales e, incluso, canónigos de la Catedral eran miembros de una fraternidad literaria, y ayudaban a Peutinger a registrar sistemáticamente las inscripciones romanas del barrio de Augsburgo. Primero oímos de dos, luego de ocho y, más tarde, de quince inscripciones locales que decoran la casa de Peutinger, en directa imitación de las casas que había visto en Italia. En 1505 se publicaron veinte inscripciones. Pronto se empezaron a publicar colecciones de inscripciones del campo, de los alrededores de Mainz y Trier, y hacia 1534 se imprimió en Ingolstadt el primer corpus con todas las inscripciones romanas

*Abajo, derecha:* La Porta dei Borsari, en Verona, construida a mediados del siglo I d.C. en la puerta oeste de la ciudad. Fue admirada por Ciriaco de Ancona en 1433, quien notó que estaba «construida con roca viva, tenía dos arcos y estaba adornada con 12 ventanas». Cuando Felice Feliciano, de Verona, incluyó el monumento en un código iluminado, lo dibujó a partir de la descripción de Ciriaco (*abajo*), sin ni siquiera verlo en persona, un saludable comentario sobre la actitud renacentista hacia la antigüedad. Biblioteca Estense, Módena.



conocidas en el mundo, incluidos ejemplos de España y Tierra Santa, así como de Italia y Alemania. Estos síloges eran a menudo utilizados como fuentes para la historia del asentamiento romano en una región. Por ejemplo, el historiador bávaro Aventino (1477-1534) incluyó en su Crónica un capítulo entero sobre las ruinas e inscripciones que probaban el pasado romano de Bavaria (incluido un monumento a los emperadores Septimio Severo y Caracalla «del que una anciana había hecho un taburete»). Había poderosas razones políticas detrás del interés alemán por las antigüedades romanas: la aristocracia provinciana deseaba ligarse al Imperio Romano para sustentar sus reivindicaciones sobre el Sacro Imperio Romano y sus sucesores. Los franceses tardaron en interesarse por la antigüedad clásica. Las primeras inscripciones registradas en Lyon se conservan en un manuscrito de finales del siglo XV que en la actualidad se exhibe en Oxford, y presumiblemente fueron recogidos por Francesco Sassetti, director del banco de los Medici, del que sabemos que visitó Lyon mientras atendía asuntos del banco en Ginebra.

Hasta aquí, la actitud de los anticuarios del norte no es muy distinta de la de los humanistas italianos, pero al norte de los Alpes aún se iba a desarrollar una arqueología de orientación menos clásica, en la que el período romano no era sino un capítulo en la historia de una localidad. Sin embargo, los humanistas no italianos conservaron un profundo interés por las antigüedades de Italia y aún habían de pasar muchos años antes de que se notara una verdadera dicotomía entre los arqueólogos clásicos y locales. Finalmente, se desarrollaron dos tradiciones distintas, aunque a veces resulte difícil distinguirlas.





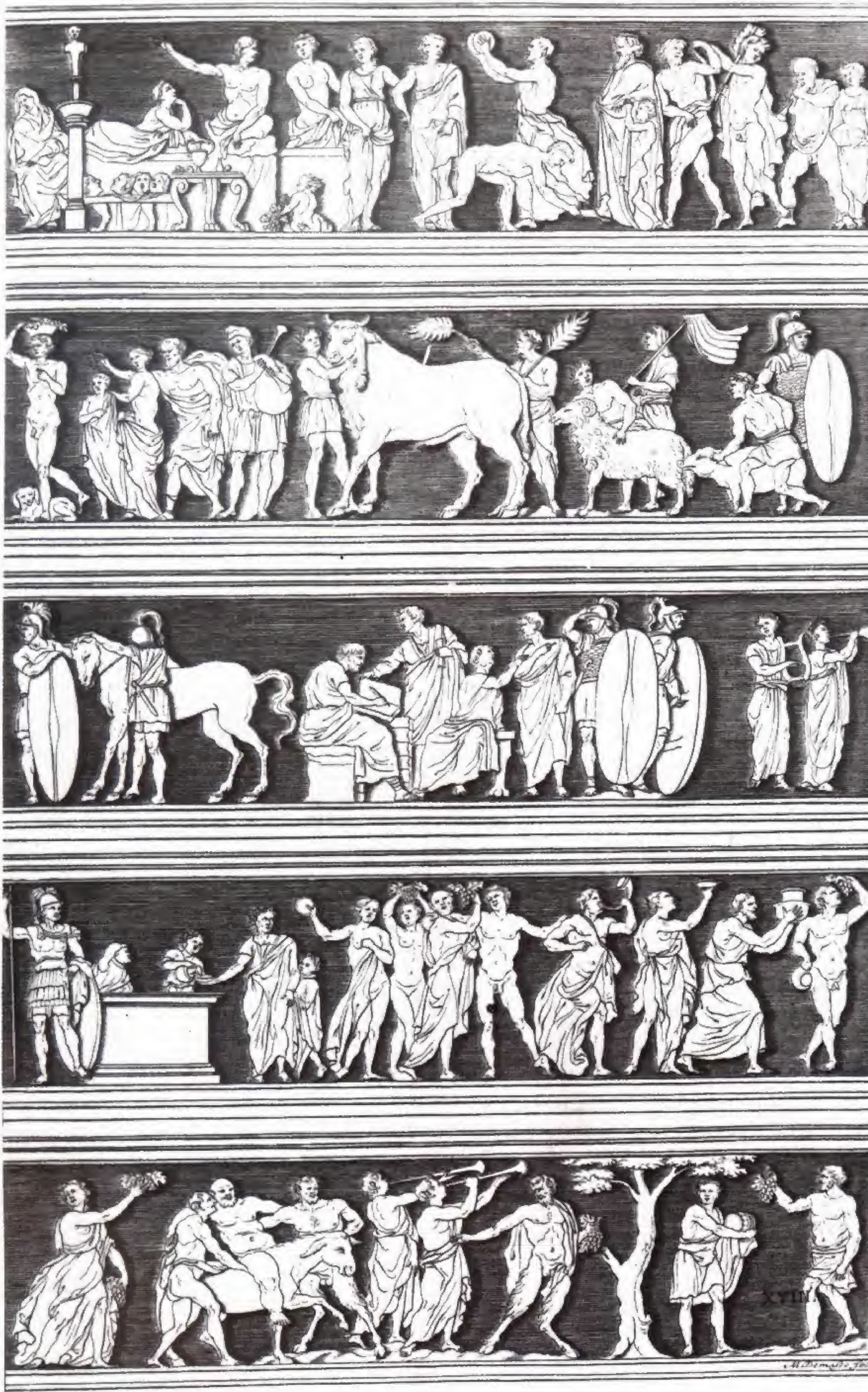
## El triunfo de César

Andrea Mantegna nació en Padua en 1430, y a la edad de 11 años entró como aprendiz en el taller de Francesco Squarcione, un pintor que alentaba a sus alumnos a trabajar a partir de su colección de esculturas y piezas fundidas clásicas. Padua, donde

Mantegna pasó sus primeros años, y Mantua, la ciudad en la que acabó estableciéndose (hasta su muerte en 1507) como pintor de la corte de los Gonzaga, eran florecientes centros de humanismo. La arqueología y la historia antigua eran muy apreciadas, y Man-







tegnna utilizó prototipos clásicos en muchas de sus obras. Puesto que no visitó Roma sino hasta 1488, sus conocimientos de los monumentos romanos hasta entonces provenían de los cuadernos de bocetos. Los que Mantegna utilizaba han desaparecido, pero es posible reconstruir el contenido del que empleó para varios pasajes del *Triunfo de César*, nueve lienzos pintados entre 1486 y los años inmediatamente posteriores a 1490. Originalmente estaban concebidos para decorar una habitación del pa-



Hacia 1486, Mantegna adquirió esbozos de relieves clásicos que eran visibles en Roma en la época. Algunos de los relieves originales, que provenían del mismo monumento antiguo, y las copias en estuco de los otros estaban juntos en 1679 cuando el anticuario Jacob Spon los vio en el Palazzo Santacroce de Roma y publicó bocetos (izquierda) en su póstumo *Miscellanea Erudite Antiquitatis* (Lyon, 1685). Los relieves fueron registrados como empotrados en el friso que rodeaba el patio del Palazzo Santacroce (página opuesta) hasta principios del siglo XIX, cuando el friso del Censo del así llamado «Altar de Domicio Ahenobarbo» (arriba) fue vendido al Louvre, y un relieve marino fue a parar a Munich. Las copias en estucos de un relieve de Icaro y los sarcófagos báquicos no aparecen registrados después de 1842.

Mantegna reelaboró hábilmente las figuras de los bocetos en los diseños para su *Triunfo de César* y para otras obras. El triunfo gálico de César era un tema apropiado para un trabajo encargado por el joven Gian Francesco Gonzaga, que había recibido una educación militar y había viajado por Galia para asistir a la Dieta de Frankfurt a principios de 1486.

lacio de Mantua, pero sufrieron diversas vicisitudes antes de ser vendidos a Carlos I en 1627.

Fueron colocados en Hampton Court (un palacio a 24 km al suroeste de Londres), donde han estado prácticamente desde entonces. Entre 1962 y 1975 fueron liberados de las capas de pintura impuestas a lo largo de los siglos y, ahora, por primera vez en 500 años, podemos ver algo de su gloria original.









Aunque la hilera superior del relieve de Icario de Spon (que supuestamente representa la visita de Dionisio a Icario) no existe en la actualidad, nos podemos hacer una idea de su apariencia original a partir de otro ejemplo de la misma escena del British Museum (*arriba*). Los desaparecidos sarcófagos báquicos (hilera 2, izquierda; hilera 4, derecha; y 5, de Spon) son menos genéricos y no existen ejemplos similares. Uno de ellos (hilera 5) muestra un *Triunfo de Sileno* y, como veremos, Mantegna utilizaba los trompetistas delante de Sileno para encabezar su *Triunfo* y la figura que corona a Sileno para rematarlo.





Existe la creencia generalizada de que el joven lánguido que aparece a la derecha del Panel 4 del *Triunfo de César* (en la página 46) ha sido tomado de la figura que corona a Trajano en parte del Gran Friso Trajánico, conservado en el Arco de Constantino, en Roma (*derecha*). Sea o no el caso, un boceto (*arriba, derecha*) de parte del mismo relieve, realizado por Jacopo Ripanda (1490-1530), nos proporciona una idea del tipo de bocetos que empleó Mantegna para su programa triunfal.











Mantegna basó varias de las figuras del Panel 4 del *Triunfo de César*, «El portador del jarrón» (*página opuesta*), en la escultura de su cuaderno de bocetos: el joven camillero de la izquierda está inspirado en el viejo sátiro registrado por Spon (*arriba, izquierda, invertido*): ambos caminan, alzan el brazo y giran la

cabeza de manera similar. El propio portador del jarrón recuerda al gaitero (*arriba, derecha*): ambos sostienen la cabeza de manera similar y cargan objetos igualmente voluminosos. Finalmente, el toro de la esquina derecha está tomado del toro del friso del Censo, y lo mismo ocurre con la cabeza de su amo.







Los trompetistas del Panel I de Mantegna (*abajo*) que encabezan la procesión triunfal están inspirados en los trompetistas que guían a Sileno en uno de los sarcófagos báquicos (*extremo izquierdo, invertido*). El soldado que nos da la espalda a la derecha es más complicado. Parece ser una mezcla de elementos tomados del Marte del relieve del Censo (*izquierda*) y de otros dos soldados del mismo friso (*página opuesta, arriba*).





El soldado que aparece a la derecha del Panel 8 de Mantegna (*abajo*) se parece mucho a su compañero del Panel 1 y, del mismo modo, parece ser una amalgama de dos o tres soldados del friso del Censo (*derecha y página opuesta, arriba izquierda*). Su vecino está inspirado, presumiblemente, en la figura togada que aparece junto a los soldados anteriormente mencionados. El chimbría negro es de un Sileno rechoncho del desaparecido relieve de Icaro ilustrado por Spon (*extremo derecho*).





El fondo del Panel 9 de Mantegna, «César en su carro» (*abajo*), está dominado por un arco inspirado en el Arco de los Sergio, en Pola (*extremo derecho*). La figura de César es, al menos en parte, una interpretación de la del Censor (*centro derecha*), mientras que la figura de la Victoria, que le corona, vuelve la vista y revela sus piernas de la misma manera que la figura que corona a Sileno en uno de los sarcófagos báquicos (*derecha inmediata, invertido*).





## Capítulo tercero: Excavación y arqueología de campo



**Los anticuarios y los primeros coleccionistas.** La mayor parte de los descubrimientos de los anticuarios del Renacimiento y, de hecho, muchos desde entonces, ocurrieron de manera accidental. Una excepción es el trabajo instigado por el cardenal Prospero Colonna en el lago Nemi, en los montes Albano, al sureste de Roma, en la década de 1450. De convicciones humanistas, su curiosidad fue estimulada por unos informes de sus arrendatarios acerca de dos barcos enormes hundidos en las profundidades del lago, tan robustos y bien conservados, que se resistían a cualquier intento de sacarlos a flote o partirlos en trozos. Flavio Biondo nos cuenta que Prospero sintió curiosidad por saber por qué se habían botado dos barcos de semejantes dimensiones en un lago tan pequeño y tan aislado del mar y cómo se llegaron a hundir. Contrató al mejor ingeniero de la época, Leon Battista Alberti, y mandó construir una balsa de baos y barriles vacíos de la que, con largas cadenas de hierro, se colgaron grandes anzuelos de cuatro puntas. Los marineros genoveses, «que más parecían

La *Visión de San Agustín* (c. 1505), de Carpaccio. El santo tiene una pequeña colección de antigüedades debajo de su estantería. Venecia.

peces», colocaron los anzuelos alrededor de la proa de uno de los barcos. Por desgracia, el naufragio era demasiado pesado para el equipo de Alberti y la mayor parte de las cadenas se rompieron. Pero los hombres rana sacaron a la superficie fragmentos de los flancos del barco: estaban hechos de tablas de 8 cm de ancho, calafateadas con brea y pedazos de vela, y protegidas con láminas de plomo sujetadas con clavos de cobre. En su interior, Alberti encontró evidencias de una estructura de hierro que sostenía un suelo de concreto, y también descubrió un tubo de plomo grabado con el nombre del emperador Tiberio. En los siglos sucesivos hubo varios intentos por examinar los barcos —incluida una inspección con campana de buzo en 1535—, pero hubieron de pasar 500 años desde el primer intento de Alberti antes de que los navíos —que eran barcas imperiales— revelasen sus secretos. El lago fue drena-

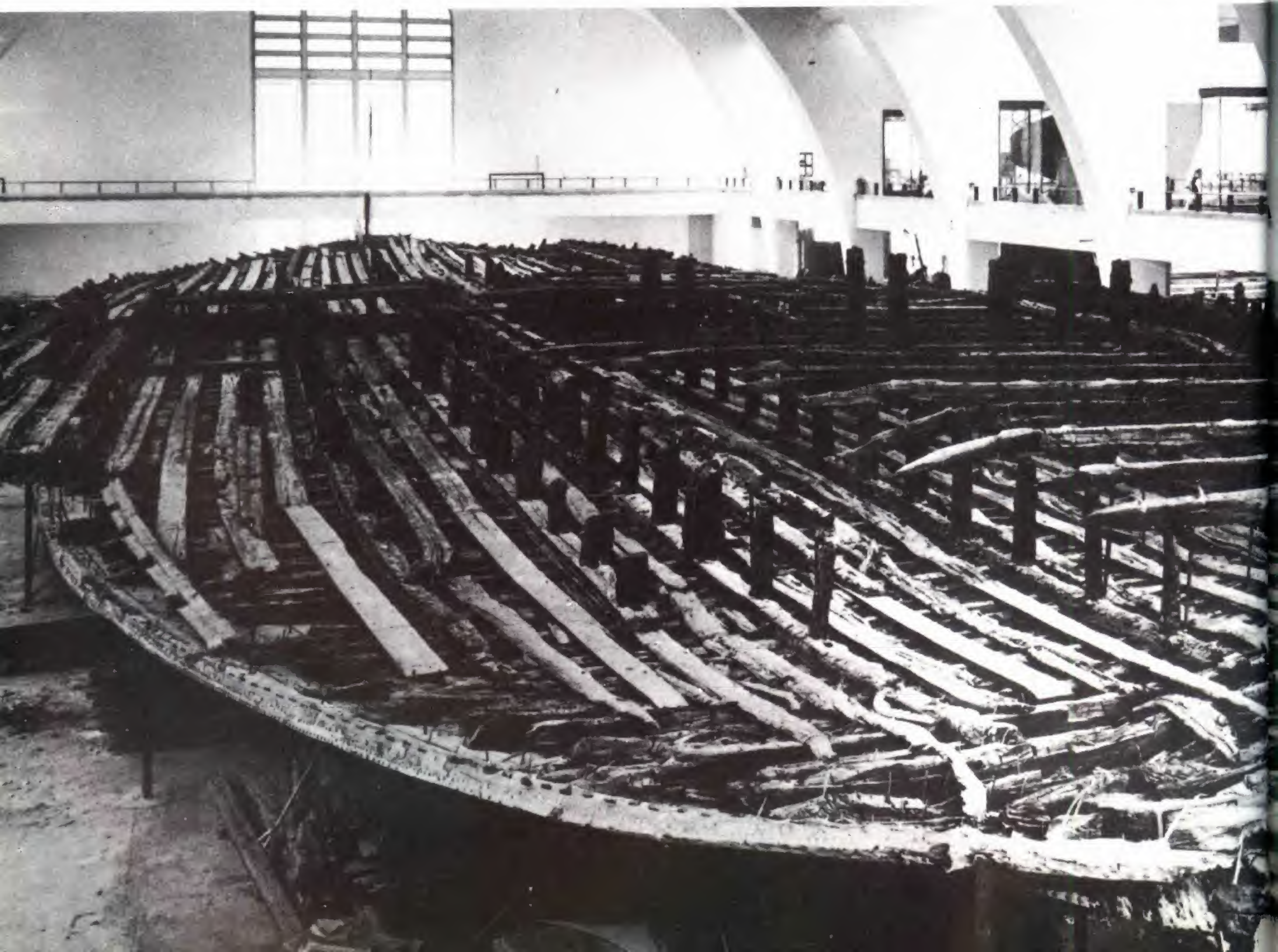


do a finales de los años veinte y en los treinta, pero, desafortunadamente, los barcos no sobrevivieron a la última Guerra. La arqueología submarina suele considerarse como un recién llegado a la escena arqueológica, por eso resulta irónico que las primeras exploraciones arqueológicas tuvieran lugar bajo el agua.

La nueva actitud de indagación de la antigüedad de Prospero Colonna tuvo muchos ecos en los siglos xv y xvi, al menos en los círculos cultos. Pero, por lo general, la curiosidad científica no tuvo tanto protagonismo como la urgencia por coleccionar antigüedades. El estímulo más poderoso para la excavación era la esperanza de encontrar nuevos materiales para las colecciones que se estaban poniendo de moda tanto a pequeña como a gran escala. Un buen ejemplo de una pequeña colección se aprecia en una estantería del fondo de la *Visión de San Agustín*, de Vittorio Carpaccio, en la Scuola di San Giorgio, Venecia (pintado en 1502), donde se exhiben estatuillas de bronce y unos cuantos potes, los originales presumiblemente sacados de tumbas antiguas. Estas colecciones debieron de haber sido muy comunes, pero mucho más espectaculares eran los frutos de las enormes excavaciones dirigidas por la familia Farnese en Roma, en el Palatino y en los Baños de Caracalla. Una página del cuaderno de bocetos de

Andrea Palladio (1518-1580), realizados durante las depredaciones, muestra la calidad del material que se conservó en estos últimos. Aún había columnas y entablamentos *in situ* en el *frigidarium*, y preciosas vasijas de pórfido dispersas en el suelo. Conocemos el contenido de algunas de las colecciones amasadas en el siglo xvi gracias a los bocetos de Martin van Heemskerck (activo en Roma de 1532 a 1536) o a las descripciones de Ulisse Aldrovandi (que aparecieron por primera vez en 1556). Entre los hallazgos de los Farnese, Aldrovandi menciona el grupo de Dirce atado a los cuernos del toro, el colosal Hércules de Glycon, una Pallas colosal, una Flora, una Diana, otras cuatro figuras de Hércules, una Venus, un hermafrodita, algunos bustos de Antonino Pío, muchos torsos y cabezas sin identificar, y una de las dos grandes pilas de granito que hoy adornan la Piazza Farnese.

Este proceso continuó en Roma a lo largo del siglo xvi. Se hicieron nuevos descubrimientos; crecieron las viejas colecciones y se crearon nuevas, pero todo a costa de los restos del mundo al que, supuestamente, estaban consagrados los coleccionistas. El progreso material, antes como ahora, tenía más valor que la cultura a los ojos de los ricos. Si un arco romano entorpecía los planes de un cardenal para un nuevo palazzo,





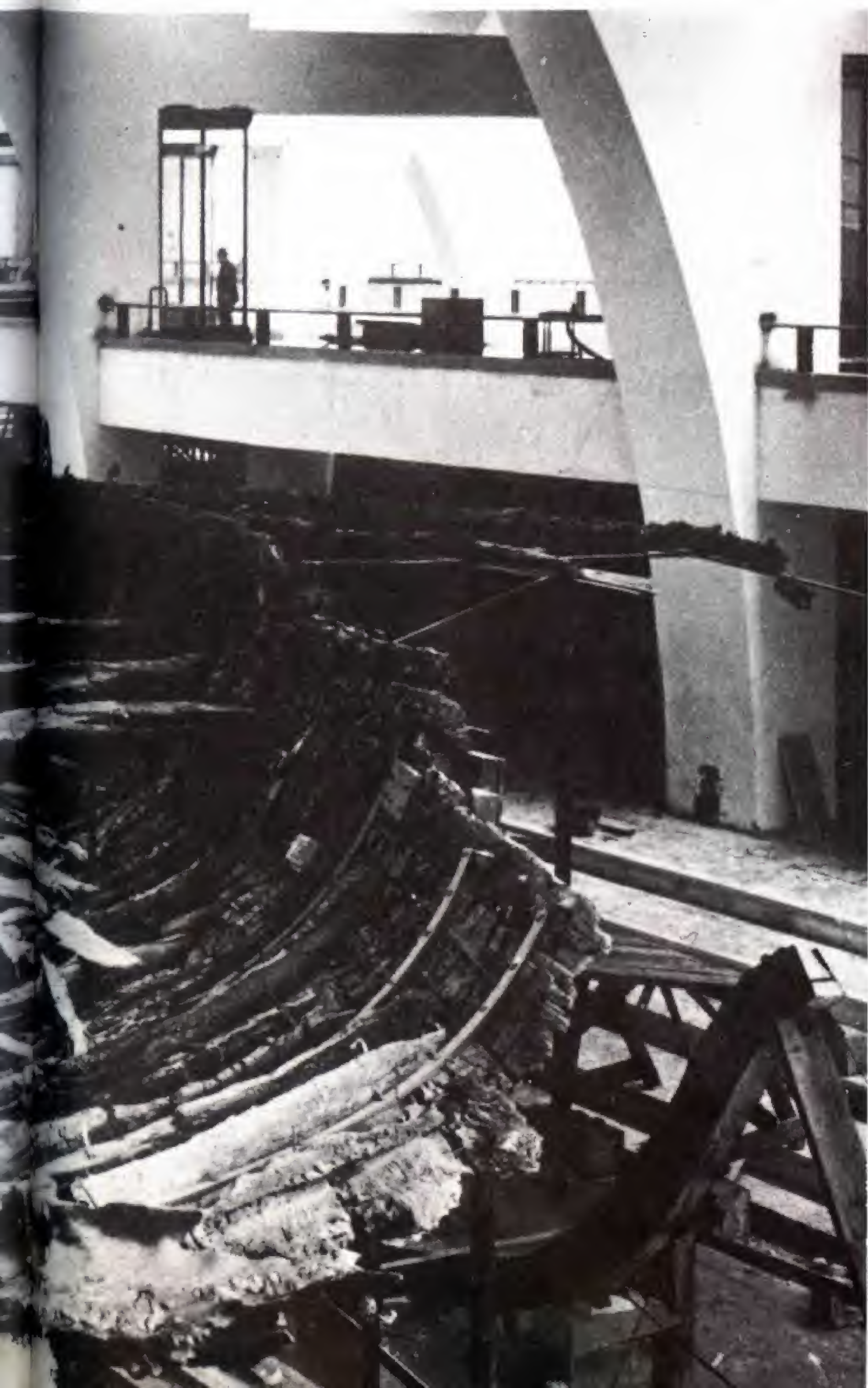
era destruido. En 1625 el papa Barberini, Urbano VIII, dueño de una de las mejores colecciones de antigüedades de Roma, necesitaba material para hacer cañones y, en palabras de un diarista contemporáneo, «hizo que arrancaran las láminas de bronce que revestían el tejado del Panteón, un trabajo maravilloso que descansaba sobre los capiteles de las columnas. Pero, ni bien acabó la destrucción, descubrió que la aleación del metal no era lo bastante sólida para la fundición de cañones». La acción de Urbano dio lugar a la popular sentencia: «Quod non fecerunt barbari, fecerunt Barberini» («Lo que los bárbaros no hicieron, lo hizo Barberini»).

**Actitudes más o menos serias.** El período comprendido entre finales del siglo XVI y el siglo XVII se caracterizó por sus luchas religiosas y las nuevas tendencias en el arte y la ciencia. El estudio de la antigüedad había perdido su impulso original, y el arte clásico se estaba convirtiendo en vehículo del paternalismo cultural. Sin embargo, los aficionados a la historia local de Italia, Francia, Alemania, los Países Bajos e Inglaterra, conservaron una cuota de la inocencia de sus antecesores en el estudio de la antigüedad. Además de inocencia, por lo general había una buena dosis de sentido común al interpretar las evidencias materiales del pasado, y muchos de estos anticuarios tempranos figuran en la línea directa de evolución de la arqueología moderna. Así, por ejemplo, en 1598 encontramos a Richard Stow describiendo, en el *Survey of London*, el descubrimiento, en 1576, de un cementerio romano en Spitalfields, del que extrae el mismo tipo de conclusiones que un arqueólogo sacaría en la actualidad. Algunos observadores creían que los clavos encontrados en el emplazamiento habían tenido la improbable función de romper los cráneos de los cadáveres, pero Stow demostró claramente que habían pertenecido a los ataúdes mostrando que algunos de los clavos aún tenían madera aferrada, y que uno de los cadáveres tenía clavos «por todo el cuerpo, en la cabeza, en los flancos y en los pies».

El sacerdote erudito era una figura común en el siglo XVII. Sus conocimientos eran a menudo confusos, pero podía ser un observador paciente y agudo. Tal fue el caso de Meric Casaubon, un canónigo de Canterbury que, en un apéndice a una traducción de Marco Aurelio que apareció en 1634, hace una digresión sobre unas «vasijas y urnas romanas, de casi todos los tamaños y formas, y en gran número» halladas en un campo cerca de Newington, en Kent. Inclusive publicó un boceto de algunas de las vasijas, entre las cuales figura una vasija samia «tan luminosa y tersa... que más bien parece un coral». Aún más extraordinario, extrajo una serie de conclusiones bastante razonables sobre el emplazamiento a partir de las evidencias proporcionadas por la cerámica: «En primer lugar, por el elevado número de urnas, que una vez fue un cementerio romano. En segundo lugar, por la historia de los romanos en esta tierra, en la que no se han encontrado urnas, que tiene 1200 o 1300 años de antigüedad, como mínimo... por último, por el lugar, que está en una cuesta... no lejos del mar, y cerca de la carretera, podemos afirmar que, con toda probabilidad, una vez fue la sede de una estación romana». Casaubon no era ajeno al trabajo de los anticuarios continentales —de hecho, cita la colección de inscripciones romanas de Jan Gruter que había aparecido en Holanda en 1603— y es, en efecto, un representante distante y muy tardío del humanismo del norte que tratamos en el capítulo anterior.

Casi en la misma época, dos jesuitas de Luxemburgo, los hermanos Wilhelm y Alexander Wiltheim (1594-1636 y 1604-1694) estaban tomando similar nota de las antigüedades romanas de la región en la que vivían. Su ambiciosa obra *Luxemburgum Romanum* nunca fue debidamente publicada. Sin embargo, su contenido es de gran interés, ya que muestra cuán extraordinariamente modernos eran los puntos de vista de estos dos anticuarios del siglo XVII. La mayor parte del trabajo de campo parece haber sido realizada por el menor, Alexander, que fue consciente de la potencial importancia de la cerámica romana, y que dibujó y describió los fragmentos de objetos de cristal que no hubieran reclamado la atención de la mayoría de los anticuarios de la época. Por supuesto, no

Uno de los barcos del lago Nemi, rescatados en la década de los treinta.





pasó por alto los objetos más comunes de la investigación arqueológica, y registró inscripciones y realizó bocetos de ruinas de Trier. Se interesó especialmente por la topografía, por los nombres romanos de los pueblos de la localidad y, sobre todo, por las rutas de las carreteras romanas. Parece ser, en efecto, que dirigió excavaciones para descubrir cómo habían sido construidas, e incluso dibujó cortes transversales de sus hallazgos, convirtiéndose así en uno de los primeros en utilizar lo que hoy es una técnica arqueológica habitual. Considerado en retrospectiva, es evidente que Alexander Wiltheim sacó muchas conclusiones erradas, pero él previó esta posibilidad y expresó su postura en las palabras de cualquier investigador honesto de nuestros días: «Si he expresado una opinión, o si he hecho alguna conjetura, o si he adivinado, entonces aceptadlo como opinión, como conjetura, como el producto de mi imaginación. Si, en cambio, he hecho una afirmación, o si he dado por ciertas o indudables algunas cosas, entonces creedme o, si no estáis de acuerdo, ¡probad que estoy equivocado y expresad mejores verdades!».

Sin embargo, la mayoría de los clérigos debieron de haber tropezado con supersticiones populares ligadas a los restos de la antigüedad. Baste un ejemplo: en 1771 oímos acerca de un sacerdote bávaro que mandó destruir y enterrar los fragmentos de una enorme estatua de Príapo. Príapo era uno de varios dioses romanos de la fecundidad y hacía gala de un gigantesco falo en erección. Aparentemente, la ofensiva estatua había estado en el jardín de una posada y «mujeres estériles, con la

esperanza de que de este modo se convertirían en madres, peregrinaban hasta allí y se sobaban el vientre contra él».

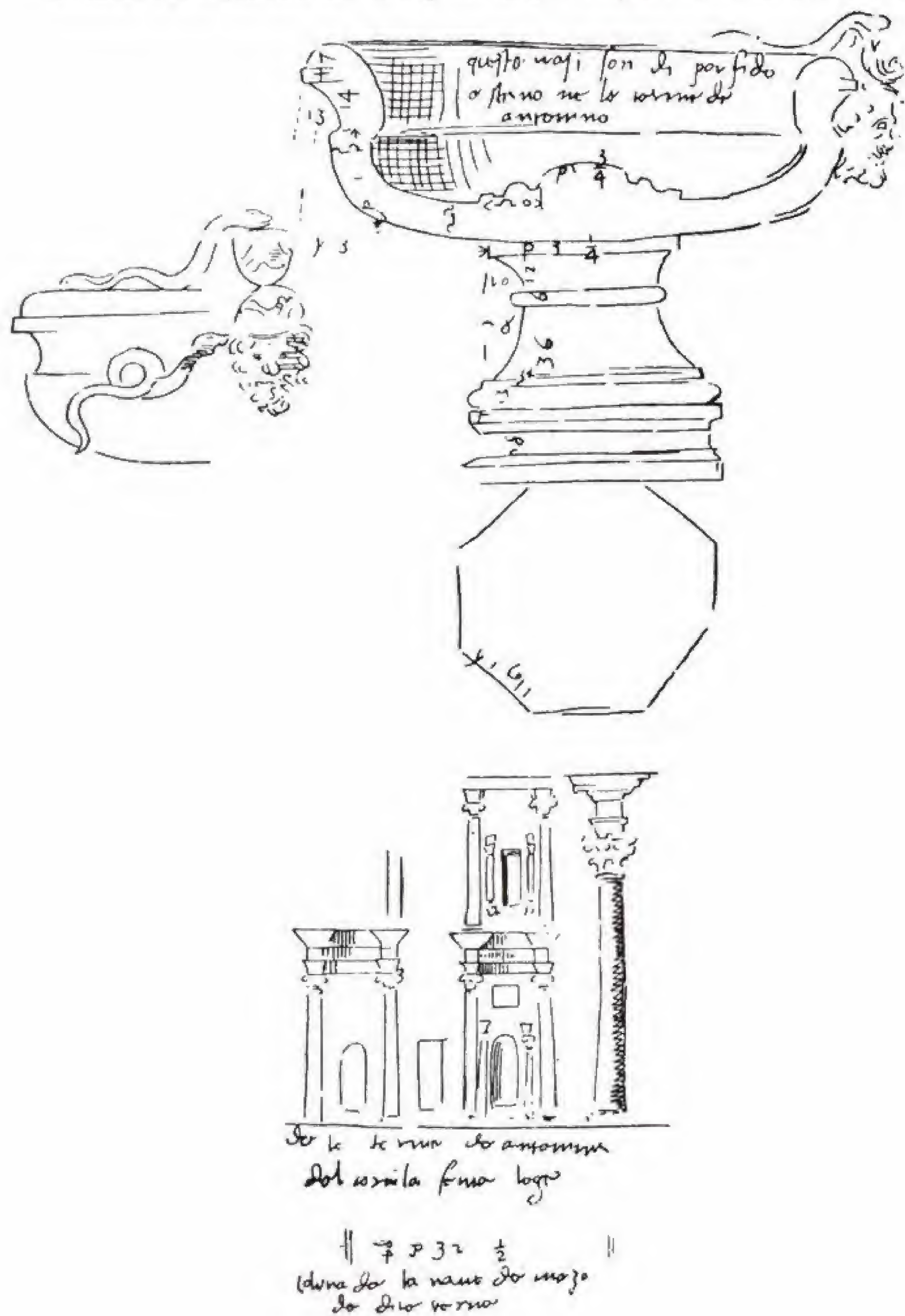
Pero aun los que se consideraban hombres cultos podían ser tan crédulos como cualquier campesino bávaro. Elias Ashmole, recaudador de impuestos e historiador de la Orden de la Jarretera, así como heredero de la «sección de curiosidades» de Tradescant, que fue parte central del Ashmolean Museum de Oxford (que él fundó en 1683), también se interesaba por la alquimia, la astrología y la magia blanca. Incluso distribuyó símbolos mágicos de orugas, topos, ratas y pulgas para ahuyentar estos bichos de su casa y sus tierras.

**Stukeley y la Sociedad de Anticuarios.** Otro «personaje» inglés con algo más que una vena de locura fue William Stukeley (1687-1765), pero, afortunadamente, sus mayores extravagancias —creía que los círculos de piedra de la Edad de Bronce de Avebury y Stonehenge eran templos druídicos— no nos conciernen aquí. Sin embargo, ejerció gran influencia sobre las primeras andaduras de la Sociedad de Anticuarios de Londres. Los objetivos de esta sociedad fueron expresados en un bosquejo realizado en 1708, en el que se establece una distinción entre los que estaban interesados en la civilización grecorromana, por un lado, y en las antigüedades locales, por otro: «Las últimas épocas han utilizado a los cultos y a los curiosos principalmente en consideraciones sobre las antigüedades griegas y romanas... Pero, como la historia del propio país de un hombre le es (o le debería ser) más querida que la de regiones extranjeras, muchos se han interesado por las le-

*Izquierda:* Los Baños de Caracalla, en Roma, fueron utilizados como cantera de mármol por el papa Farnese, Paulo III. Una hoja de uno de los cuadernos de bocetos de Palladio muestra un esbozo de la pared oriental del *frigidarium* antes de ser desmantelada. En aquel entonces había incluso vasijas de pórfido dispersas por el suelo.

*Página opuesta:* Detalle de una vista de Segovia por el artista holandés Anton van den Wyngaerde (fl. 1544-1570), el más grande dibujante de vistas de ciudades de la época. Ashmolean Museum, Oxford.

*Abajo:* La primera publicación de cerámica romana encontrada en el contexto del registro arqueológico fue hecha por Meric Casaubon en 1634. La mayor parte de las vasijas provenía de un enterramiento romano cerca de Newington, Kent.





yes, costumbres y formas de vida de sus ancestros, y por los restos legados por ellos». Pero la sociedad no se crearía de inmediato, sino recién en 1717, cuando Stukeley fue elegido su primer secretario.

Stukeley se interesó por todos los aspectos de la arqueología británica: prehistórica, romana y medieval, pero en sus primeros años los miembros de la Sociedad de Anticuarios parecen haberse interesado excesivamente por temas no romanos para el gusto de Stukeley y el de algunos de sus amigos, porque en 1722 los encontramos fundando un club para el estudio de la Bretaña romana al que llamaron la «Sociedad de Caballeros Romanos». Los miembros tomaban sus nombres

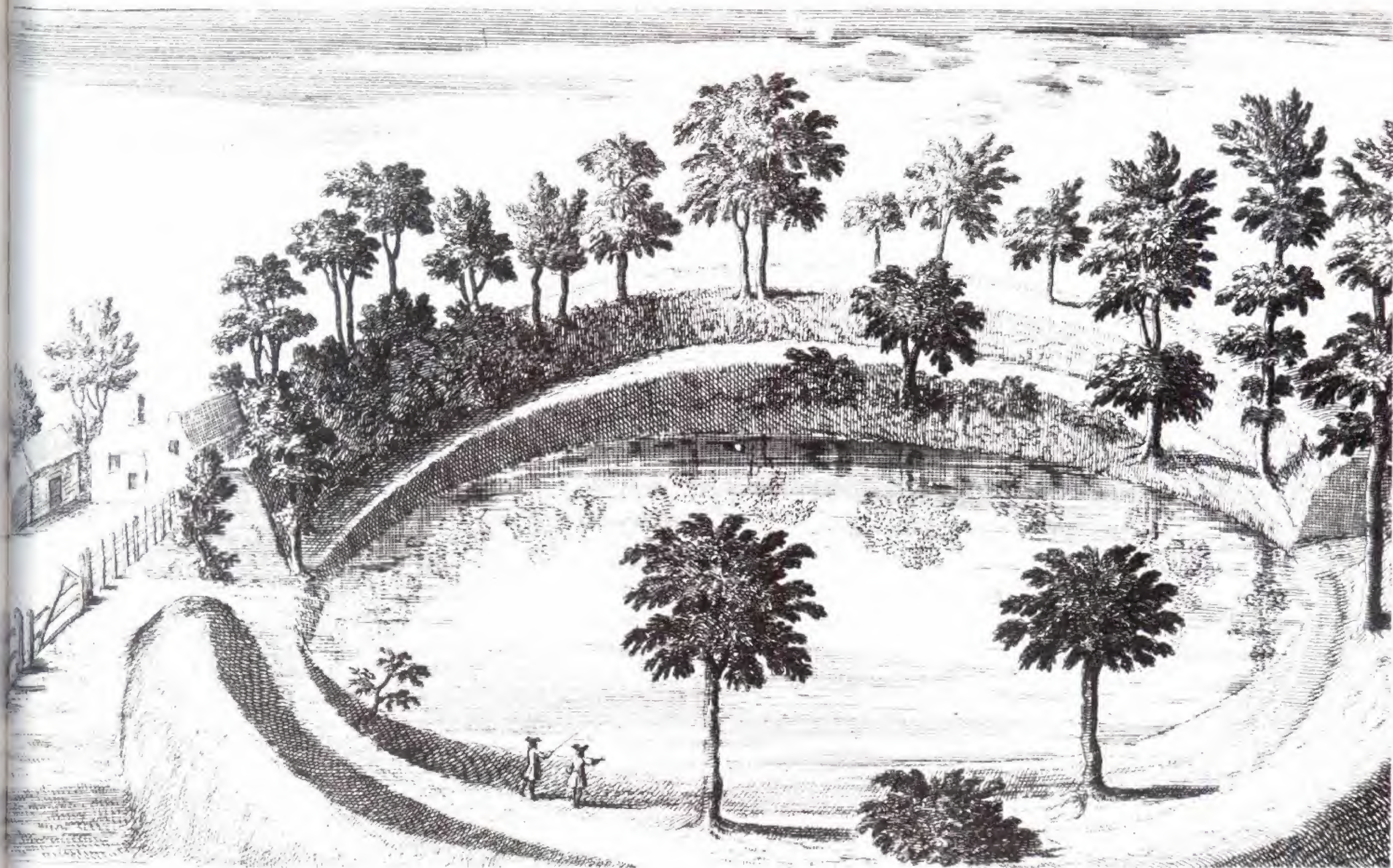
de personalidades celtas relacionadas con la conquista romana de Britania. Así, lord Winchelsea tomó el nombre de Cingetorix, un príncipe belga de la Inglaterra oriental, y Roger Gale se apodó Venutius, por el gobernador de Brigantium. La sociedad nació con 16 miembros, pero más tarde se incorporaron otros, entre ellos mujeres: la duquesa de Hertford se convirtió en miembro en 1723, tomando el nombre de Bonduca. La señora Stukeley era conocida como Cartismandua. La Sociedad de Caballeros Romanos tenía un objetivo básicamente serio, resumido así por Stukeley: «Con qué dolor han visto estos ojos los estragos, la desolación, el destino de las obras romanas, por causa del engaño y la abominable supers-











la causa de la aparición». Así pues, Stukeley fue el primero en observar y explotar las marcas de las cosechas, en nuestros días la moneda de cambio de los arqueólogos que utilizan el reconocimiento aéreo como técnica de exploración.

**El descubrimiento de Herculano y Pompeya.** Sin embargo, ahora debemos regresar a la Europa continental para echar un vistazo a dos ciudades cuyo descubrimiento desató la imaginación de la Europa del siglo XVIII. Tanto Herculano como Pompeya se hallan al pie del volcán Vesubio, al sur de Nápoles: Herculano había sido un retiro costero de la aristocracia y Pompeya un activo pueblo mercantil un poco más hacia el interior. A la una del mediodía del 24 de agosto del 79 d.C., ambas fueron arrasadas por una repentina erupción del volcán. Herculano, más cercana, fue inundada por lava líquida y barro volcánico, mientras que Pompeya sucumbió a una lluvia de cenizas y piedra pómez. Ninguna de estas ciudades fue recuperada después de la fatal erupción, y el emplazamiento de Pompeya llegó, incluso, a ser olvidado. La gruesa capa de material volcánico desalentó cualquier exploración accidental, y no fue sino hasta cuando se realizaron excavaciones apoyadas por obras de ingeniería, en los siglos XVI y XVII, que las ciudades enterradas empezaron a revelar sus secretos: que no siempre fueron reconocidos por lo que en realidad eran.

El anfiteatro de Silchester tal como lo registró William Stukeley en su *Itinerarium Curiosum*.

Herculano fue descubierta en 1684 por unos granjeros que horadaban un pozo justo encima del teatro de la antigua ciudad. Se conservó un registro de los estratos perforados: primero una capa gruesa, de tres metros de profundidad, de suelo cultivable, luego diez cursos alternos de lava y tierra antes de llegar al agua a una profundidad de 27,5 metros (5,5 metros por debajo del nivel del suelo del teatro romano). En la introspección se encontraron varias inscripciones y fragmentos de metal. Hacia 1706, el pozo pasó a manos del príncipe francés d'Elboeuf, comandante de un ejército imperial que había sido enviado a Nápoles, que procedió a construirse un palacio a escasa distancia. El pozo fue utilizado como una conveniente fuente de fragmentos de mármol para los suelos de terrazo del nuevo edificio. También se encontraron estatuas de mármol, tres de las cuales fueron enviadas al príncipe Eugenio de Saboya en Viena. En 1736 pasaron a la colección del elector de Sajonia en Dresde, donde fueron enormemente admiradas. En 1735, Carlos III de Borbón, el hijo de 19 años de Felipe V de España, había ascendido al trono en Nápoles, y en 1738, por una jugada del destino, desposó nada más y nada menos que a la hija del elector de Sajonia, María Amalia Cristina. Los



recién casados, que compartían una pasión por la antigüedad, compraron la propiedad de d'Elboeuf en Herculano y empezaron a costear la excavación a gran escala del emplazamiento. A cargo de las operaciones estaba el primero de una estirpe de arqueólogos con antecedentes militares, Rocque Joachin de Alcubierre, el comandante español del cuerpo de ingenieros del ejército napolitano. Por desgracia, sus habilidades organizativas no llevaban emparejada la meticulosidad necesaria para desenterrar delicados objetos que llevan siglos sepultados. J. J. Winckelmann, el historiador de arte, dijo más tarde de él que «debido a su inexperiencia, fue responsable de grandes daños, y de la pérdida de muchas cosas hermosas». No obstante, muchas cosas importantes vieron la luz: casas elegantes decoradas con mosaicos y frescos, estatuas de mármol y bronce, y, en 1752, toda una biblioteca de rollos de papiro carbonizados. La labor de desenrollar y leer estos papiros sigue en marcha, pero el contenido principal de los que han sido abiertos con éxito parecen ser trabajos ligados al filósofo helénico Filodemo. Los descubrimientos de Herculano fueron puestos en conocimiento del mundo en una serie de lujosos volúmenes producidos por la corte napolitana.

Entre 1595 y 1600, el arquitecto Carlo Fontana estaba excavando un canal desde el río Sarno hasta los molinos de Torre Annunziata, en la costa, perforando la colina conocida como Cività, que a la sazón cubría el emplazamiento de Pompeya. Si bien se encontraron fragmentos de albañilería y una dedicación a *Venus physica pompeiana*, nadie advirtió que se estaba descubriendo Pompeya. Fue Alcubierre el que inició las investigaciones arqueológicas en Cività: estaba inspeccionan-



Este mapa del área que rodea el Vesubio, aparecido en 1755, muestra el emplazamiento de Pompeya señalado como Civita. No fue reconocido como Pompeya hasta 1763.

Herculano desapareció bajo las capas de lava vomitadas por el Vesubio el 24 de agosto del 79 d.C. Fue el primer asentamiento romano en ser excavado sistemáticamente.





do el canal de Fontana cuando vio restos de edificios que asomaban transversalmente por los lados. El ingeniero suizo K. Weber quedó a cargo de las operaciones de limpieza, que se llevaron a cabo de una manera poco planificada y sistemática, primero en el anfiteatro y luego en puntos caprichosos dentro y fuera de los muros de la ciudad. Parecía que se podían encontrar mosaicos y frescos, villas y tumbas dondequiera que se clavase una espada. No se excavó de manera sistemática sino hasta 1860, cuando G. Fiorelli asignó números a los *insulae* —los bloques de viviendas— y nombres a las calles, y empezó a excavar metódicamente según un plan predeterminado. Los primeros excavadores emplearon métodos improvisados y, una vez excavados, los edificios sufrieron abandono, pero poco a poco se fueron desarrollando técnicas para recuperar los registros más macabros y conmovedores de los últimos minutos de Pompeya. La ceniza comprimida servía de molde, y cuando se vertía argamasa de París en agujeros de aspecto prometedor, se podía descubrir un perro retorciéndose en agonía o un arriero asfixiado. Por lo general, la materia orgánica había sido carbonizada por el calor y, en un Templo de Isis, por ejemplo, se encontró, aún servido sobre la mesa, un plato de huevos, pescado y nueces precipitadamente abandonado por un sacerdote.

Dibujo de William Pars de un arco del siglo II d.C. en Mylasa, en Caria, Turquía, realizado para el segundo volumen de las *Antiquities of Ionia*, publicado en 1797.

**Gran turismo.** Italia fue durante largo tiempo la meta de los hijos de la aristocracia inglesa, ansiosos por superarse en el Grand Tour. Esta institución creció en los siglos XVII y XVIII y se le puede atribuir la introducción de estilos italianizantes de arquitectura en Inglaterra y Escocia. Los turistas acudían en tropel a ver los nuevos descubrimientos de Herculano y Pompeya, y una moda de mobiliario y diseño de interior de estilo «pompeyano» hizo furor en Inglaterra y en otros lugares (y fue adoptada más tarde en Francia como un elemento del «estilo imperio»). Esto, sin embargo, no fue más que una fase en un movimiento inspirado por la búsqueda de nuevos modelos arquitectónicos, pero que tuvo como consecuencia importante el registro detallado de muchos edificios antiguos, algunos de los cuales ya han desaparecido, no sólo en Italia, sino también en los Balcanes, en Asia Menor y en Siria. *The Ruins of the Palace of the Emperor Diocletian at Spalatro in Dalmatia* (1764), de Robert Adams, es un estudio exhaustivo de los restos visibles de un importante edificio romano tardío. Entre 1751 y 1753, James Stuart y Nicholas Revett preparaban en Atenas su *The Antiquities of Athens*, cuyo primer volumen apareció en 1762 y que, entre los griegos, iba a incluir varios monumentos de fecha romana. Robert Wood y James Dawkins habían visitado Siria en 1757, y *The Ruins of Palmyra* (1753) y *The Ruins of Baalbec* (1757) se iban a convertir en importantes fuentes documentales para los arquitectos neoclásicos. Una agrupación que contribuyó enormemente a fomentar este tipo de investigaciones fue la Society of Dilettanti, fundada en Londres en 1734 y compuesta en su





mayor parte por ex miembros del Grand Tour. Patrocinaron a Stuart y Revett, y en 1764 enviaron a Asia Menor occidental su «primera expedición jónica», integrada por Revett, Richard Chandler y William Pars, que resultó en la publicación del influyente *The Antiquities of Ionia* (1769-1797).

Poca distinción se hizo en estos trabajos entre monumentos de fecha griega y romana; en efecto, en el Mediterráneo oriental a menudo es muy difícil establecer las diferencias entre un período y otro. No obstante, en el arte neoclásico estaban surgiendo dos tendencias distintas: una que favorecía lo que se consideraba «griego», directamente influida por el *Geschichte der Kunst des Altertums* (*Historia del Arte Antiguo*, 1764), de J. J. Winckelmann, y otra incondicionalmente romana..., italiana, en este contexto. Esta dicotomía en los gustos no nos concierne directamente, excepto por el hecho de que, de alguna manera, el arte griego, y por consiguiente su estudio, llegó a ser considerado más ennoblecedor y valioso que el arte romano. Esta visión, que incluso podríamos llamar prejuicio, se prolongó durante todo el siglo XIX, y aún persiste en algunos sectores en la actualidad. Recibió algunas duras críticas por parte de historiadores del arte de la Escuela de Viena a finales del siglo XIX: Franz Wickhoff afirmó que el arte romano no fue una forma degenerada del arte griego, como sostenía Winckelmann, y que, por el contrario, durante el período romano se habían hecho importantes contribuciones a los problemas de la representación artística. Alois Riegl rechazó la visión de Winckelmann según la cual el arte griego de los siglos V y IV a.C. era el modelo sobre el cual se debía juzgar todo arte posterior, y propuso el concepto de *Kunstwollen*,

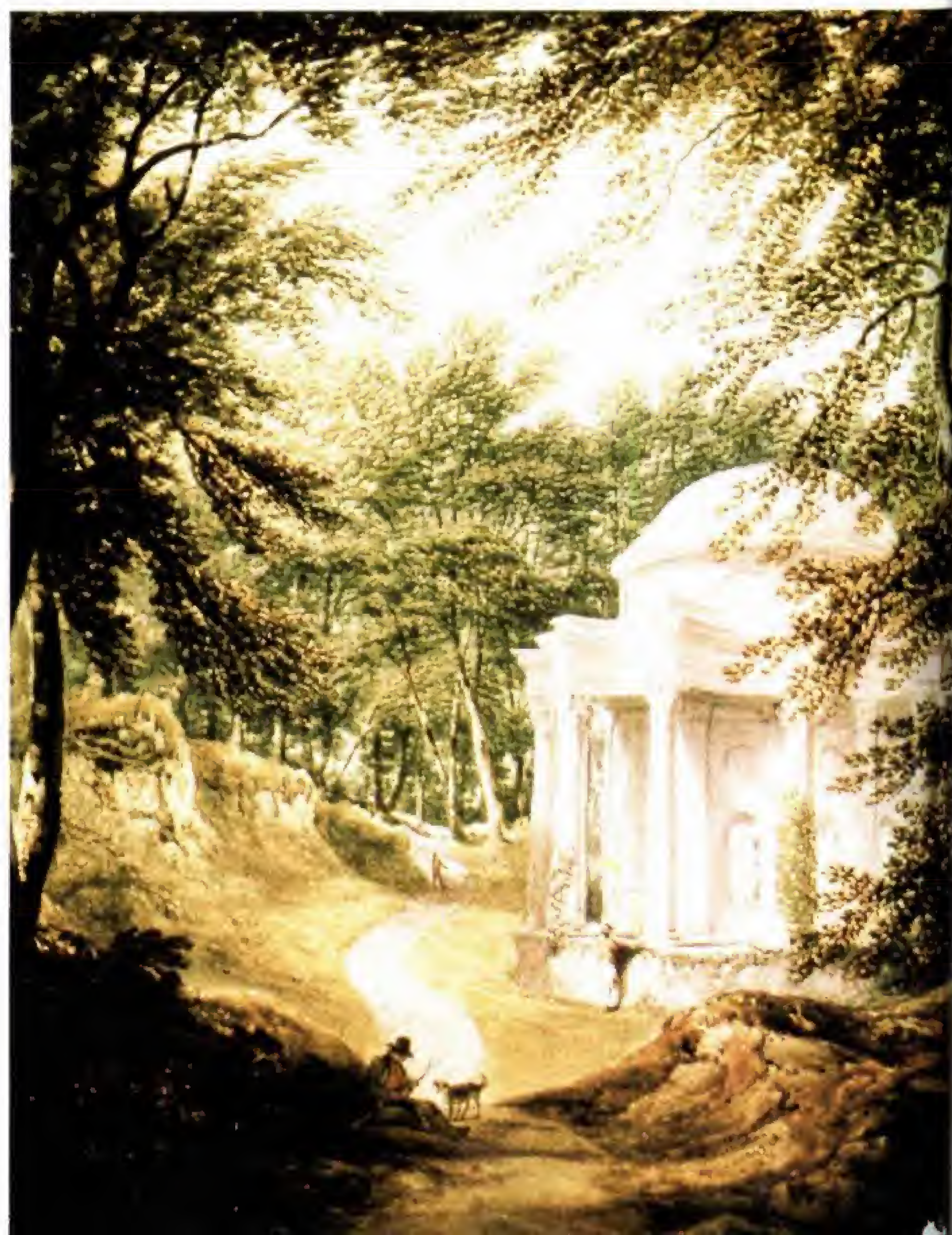
En *The Ruins of Baalbec* (1757), de Robert Wood y James Dawkins, aparece este dibujo del templo circular (*abajo*) que inspiró a Henry Hoare a construir una copia en su propiedad de Stourhead, en Wiltshire, vista aquí (*derecha*) en una acuarela del siglo XIX de F. Nicholson. British Museum.



según el cual cada período tiene su propia personalidad artística. Ambas posturas han demostrado ser una simplificación excesiva, y sería inexacto decir que «el problema del arte romano» ha sido resuelto..., o incluso formulado; pero gracias al trabajo, en este siglo, de especialistas como Eugenie Strong, en Inglaterra, R. Bianchi Bandinelli, en Italia, y numerosos arqueólogos alemanes, el arte romano se considera hoy una materia digna de estudio.

De vuelta en su país, algunos participantes del Grand Tour mantuvieron el interés por la antigüedad adquirido en Italia. Otros substituyeron el Grand Tour por el estudio de las antigüedades locales. En contraste con los, a menudo, bien conservados restos clásicos de las tierras mediterráneas, las antigüedades locales eran frecuentemente inclasificables. Por ello, se requería el desarrollo de técnicas más sutiles para la recuperación de las evidencias del pasado que las empleadas por Alcuíer o sus sucesores. Ya hemos observado a Alexander Wiltheim, en Luxemburgo, realizar un corte transversal de una carretera romana, y a William Stukeley, en Inglaterra, trazar la planta de un templo romano a partir de las marcas de las cosechas en una plantación de maíz. Los mayores desarrollos tecnológicos tuvieron lugar, en efecto, en la Europa noroccidental durante el siglo XIX, pero no alcanzaron la suficiente difusión, ni siquiera allí, sino hasta el siglo XX.

**Richard Colt Hoare.** Richard Colt Hoare fue una figura de transición entre el Grand Tour del siglo XVIII y la arqueología del siglo XIX. Su abuelo había estado en la vanguardia de la tendencia «romana» del neoclasicismo, habiendo construido en 1757, en los terrenos de la familia en Stourhead, Wiltshi-





re, una versión del Panteón de Roma, y, en 1765, un «Templo de Apolo» inspirado en el Templo de Venus de Baalbek, del que Wood publicó dibujos unos años más tarde. El propio Colt Hoare combinó de joven su turismo con un objetivo arqueológico específico. Durante una estadía en Siena en 1785 concibió el proyecto de identificar los emplazamientos de las ciudades etruscas mencionadas por los autores clásicos. No sólo visitó poblaciones existentes de origen etrusco como Volterra, Populonia y Saturnia, sino que intentó explorar los emplazamientos de Vetulonia, Ansedonia y Rusellae. Encontró este último tras un segundo intento, y observó que «la cantidad de árboles, espinos y soto, que dificulta la exploración, puede haber contribuido, al mismo tiempo, a su conservación. De estos restos, la parte más noble y perfecta aparece expuesta hacia el norte, y da a la gran carretera que conduce a Siena. Allí podemos contemplar las obras de una nación que en varios siglos precedió a los romanos, y en cuyas ruinas los romanos colocaron los primeros cimientos de esa gran potencia que más tarde eclipsó todo el mundo civilizado ... Con asombro y admiración podemos contemplar allí los rastros de un pueblo que floreció antes de los albores de la verdadera Historia ... Al explorar estos imponentes restos de una era tan remota podremos encontrar suficientes razones para el asombro ante el profundo conocimiento de la mecánica que debió haber sido empleada para levantar y colocar piedras de dimensiones tan extraordinarias».

Tras regresar a Italia, Colt Hoare mantuvo su interés por el pasado. Colaboró con William Cunnington en la excavación de túmulos prehistóricos en Salisbury Plain, trabajo que culminó en la *History of Wiltshire* (1810-1821), de Colt Hoare, que ha sido descrita por Glyn Daniel como «el paso del coleccionismo de antigüedades a la arqueología». Cunnington y Colt Hoare se beneficiaron de los razonables consejos de su amigo Leman en lo referente al cuidadoso registro de los hallazgos arqueológicos. Leman escribió a Cunnington: «Sabrás perdonarme, estoy seguro, si me tomo la libertad de señalarte la necesidad de *pegar inmediatamente un trocito de papel sobre cada pieza, cerámica o moneda* que encuentres, describiendo con precisión el lugar exacto en el que los encuentres. Es posible que la gente que nos suceda sepa más acerca de estas cosas de lo que sabemos nosotros, pero es necesario que *les* proporcionemos toda la información que podamos, con claridad. Tenemos la tendencia a creer que nosotros mismos sabremos *mañana* lo que hemos aprendido *hoy*; sin embargo, la experiencia de cada día me demuestra que no es así y, como puede que ocurra lo mismo con otros, desearía que estuvieses prevenido contra este fatal error.

»Reunir monedas u otras piezas de la antigüedad sin preocuparse porque sean de utilidad para otros..., no es mucho mejor que recoger desperdicios que podrían impedir, pero no aumentar nuestro perfeccionamiento». Este principio sigue siendo tan fundamental en la actualidad como lo era en 1802.

Colt Hoare no pasó por alto los restos romanos de Wiltshire. Se tomó gran interés por las excavaciones realizadas en

1829 por su amigo Hasell en una villa romana de Pitney. Había evidencias de al menos dos suelos de mosaico, y como los de una villa cercana habían sido destruidos «por la curiosidad ociosa del vulgo», Colt Hoare urgió a Hasell a que empleara guardianes a su costa, y a levantar cobertizos sobre las ruinas. Aun así, Hasell informó: «La gente común viene por la noche y rompe los cobertizos y comete toda clase de atropellos que la malicia puede concebir; hasta tal extremo llevan su resentimiento que me veo obligado a mantener dos vigilantes nocturnos en el terreno. Por más serios que sean los efectos de su indignación, la causa que la motiva es ridícula. Esta gente no concibe que pueda gastar tanto tiempo y dinero por pura curiosidad, confunden a los antiguos romanos con los católicos romanos de la actualidad y creen que a las concesiones hechas a estos últimos en materia religiosa seguirá la restauración de sus antiguas propiedades, y que yo estoy empleado por el papa para descubrir dónde están».

**Los primeros arqueólogos.** Los avances que tuvieron lugar en el siglo XIX se refieren a mejoras en la técnica de excavación y en el registro y publicación de los hallazgos. La arqueología holandesa ganó pie gracias al cuidadoso trabajo de Caspar Jacob Christiaan Reuvers, nacido en La Haya en 1793, a quien, a la edad de 23 años, se le asignó una cátedra de reciente creación en Leiden, que, por cierto, fue la primera cátedra del mundo en incluir la arqueología no clásica en su programa. Su principal trabajo lo desarrolló en las excavaciones celtas de Drenthe, pero también excavó un asentamiento romano en Arentsberg, cerca de La Haya, entre 1826 y 1829. Elevó el listón de las técnicas de registro, produciendo vistas oblicuas de los emplazamientos y las excavaciones.

Reuvers se anticipó a muchas técnicas que iban a ser independientemente desarrolladas por el general Pitt Rivers muchos años después. En 1880, Pitt Rivers heredó 11.600 hectáreas en Wiltshire, incluida una gran parte de Cranbourne Chase. Ya había llevado a cabo varias excavaciones en Inglaterra y Gales, y desde el principio se decidió a investigar las antigüedades de sus propias tierras: «Sentía ... que una mano invisible me había preparado para ser el dueño de semejante propiedad ... De inmediato me puse a organizar un equipo de asistentes que me permitiera completar la exploración de las antigüedades de la propiedad dentro de un tiempo razonable, y que lo hiciera con toda la meticulosidad que había llegado a considerar necesaria para las investigaciones arqueológicas...» Estas excavaciones a gran escala en Cranbourne Chase se prolongaron hasta 1900. Su meta era la «excavación *total* de los emplazamientos y la publicación *total* de los resultados». Y así lo hizo, mediante la publicación de ilustraciones, incluidos planos y dibujos de cortes transversales, y la fabricación de modelos a escala de los principales emplazamientos. Mantenía que todos los objetos, con independencia de su belleza, debían ser de igual interés para los arqueólogos: «Por tedioso que parezca a muchos la insistencia en el descubrimiento de desperdicios que, sin duda, fueron abandonados por sus dueños



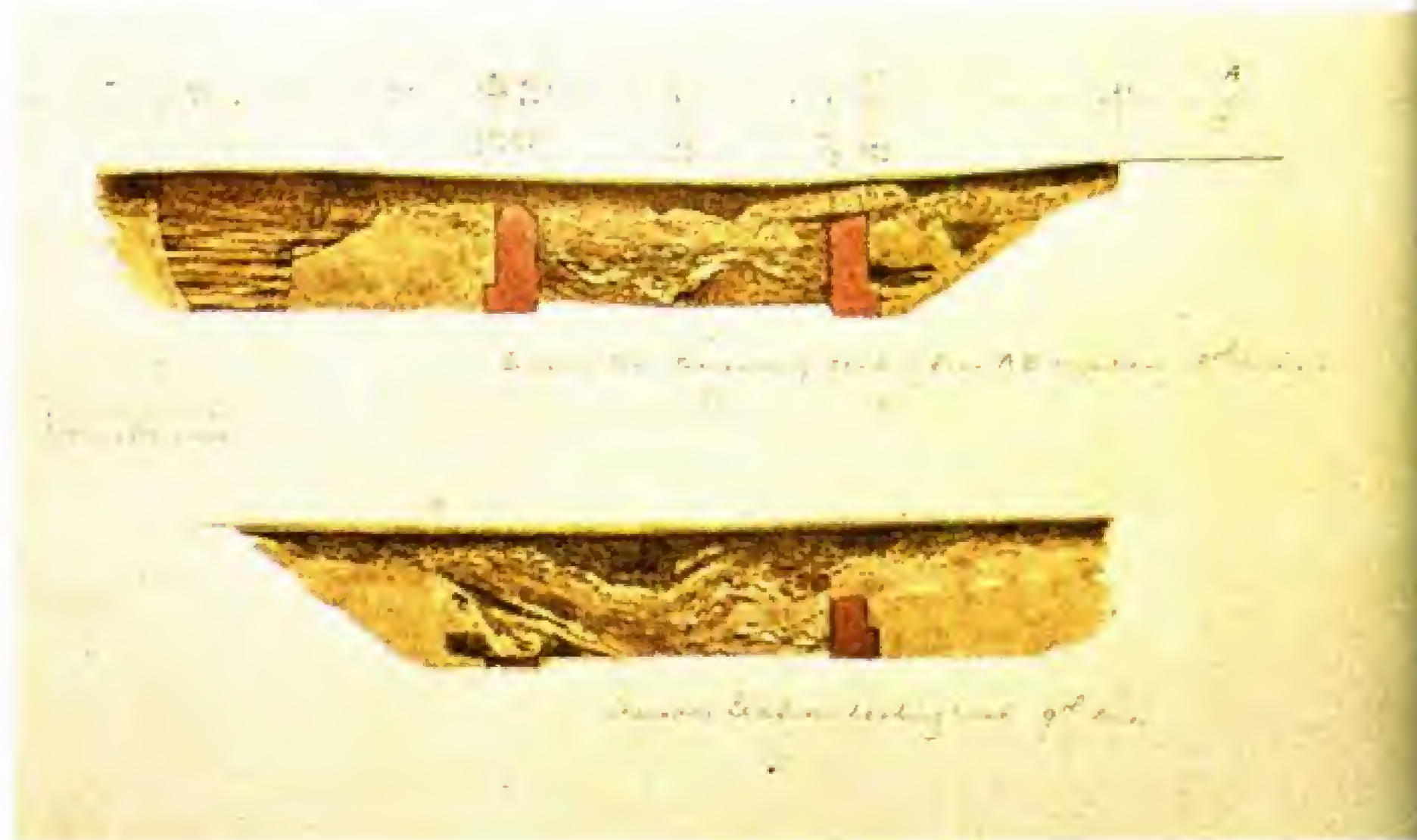


como desecho ... es sólo en el estudio de detalles tan triviales en lo que se puede basar la arqueología para determinar las fechas de los terraplenes ... El valor de las reliquias consideradas como evidencias puede, a este respecto, considerarse inversamente proporcional a su valor intrínseco».

El excavador debe incluso registrar y publicar datos que, aparentemente, no son importantes: «Como regla, los excavadores registran sólo aquellas cosas que les parecen importantes a la sazón, pero constantemente surgen nuevos problemas en la arqueología y la antropología, y a más de un antropólogo, especialmente a aquellos que, como yo, se interesan por la morfología del arte, les debe de haber ocurrido que al volver sobre viejos informes en busca de evidencias, echaran de menos los puntos más valiosos, pasados por alto en su momento por considerarlos carentes de interés. Por consiguiente, se debe registrar cada detalle de la manera más adecuada para facilitar la referencia, y en todo momento debe ser objetivo principal del excavador reducir su propia ecuación personal al mínimo». Un buen ejemplo del esmero que Pitt Rivers insistía había que poner al registrar los detalles de una excavación es una acuarela magníficamente ejecutada de la estratigrafía del granero romano de Iwerne Courtenay, que debe de ser uno de los primeros intentos por conservar un registro exacto de la coloración del suelo. El principio de registro estratigráfico sigue siendo el mismo en la actualidad, si bien el método de registro es más sencillo y menos pictórico en apariencia, y se utilizan símbolos convencionales en lugar de acuarelas para indicar los cambios en el suelo.

C. J. C. Reuvers excavando el pueblo romano de Arentsburg entre 1826 y 1829. Rijksmuseum van Oudheden, Leiden.

Dibujo de un granero romano en Iwerne Courtenay, Wiltshire, realizado para Pitt Rivers en 1897.



**La importancia de la fotografía aérea.** Las actitudes de los pioneros del siglo XIX se han difundido y sus técnicas se han refinado en nuestro siglo. Probablemente, hoy se insiste menos en la excavación que en el entorno físico de las sociedades antiguas. Una técnica de exploración arqueológica que tiene permanente importancia en este sentido es el reconocimiento aéreo, o arqueología aérea, como se ha dado en llamar. Características invisibles para el observador que está en tierra pueden hacerse inmediatamente evidentes contempladas desde un avión. Los rayos de luz bajos de un sol que se oculta





La villa de Ditchley, en Oxfordshire, un hito en el desarrollo del reconocimiento arqueológico desde el aire.

pueden proyectar sombras de terraplenes o calzadas elevadas; las marcas del suelo, especialmente en un campo recién arado, pueden revelar huellas de edificios o zanjas llenas de humus, lo mismo que las marcas de cosecha en ciertas épocas del año y en ciertas condiciones climáticas. Uno de los pioneros de la fotografía aérea fue el mayor G. W. G. Allen, quien durante la década de los treinta realizó un estudio detallado de Oxfordshire desde el aire. Una fotografía de Ditchley tomada en junio de 1934 reveló la planta de una villa romano-británica cuyas alas se abrían en el recinto marcado por un dique. También había dependencias, y un círculo oscuro justo enfrente de la villa demostró ser un pozo en excavaciones posteriores.

Pese a los avances en el campo de la arqueología, había —y hay— un deseo por parte de muchos museos y coleccionistas privados de poseer objetos de la antigüedad clásica, vengan o no de excavaciones controladas. La situación empeora cada año con antigüedades que cambian de manos a millones de dólares la pieza, pero se han desarrollado nuevas técnicas para explorar cementerios enteros sin que sus contenidos (si aun queda algo) sean saqueados.

El problema del saqueo de tumbas es más agudo en Italia, y especialmente en Etruria, y el mayor avance en la exploración de cementerios etruscos se dio como resultado directo de las fotografías aéreas, durante la Segunda Guerra Mundial, de grandes áreas de la Europa ocupada por el enemigo, realizadas de manera rutinaria por la Royal Air Force.

John Bradford era un oficial del ejército británico destinado a los servicios de espionaje fotográfico de la R.A.F. en Italia que había estado activamente involucrado en la arqueología antes de la Guerra. Como alumno de Oxford, había trabajado en las excavaciones de un emplazamiento de la Edad de Hierro cerca de Dorchester on Thames propiedad del mayor Allen y su hermano, de modo que estaba familiarizado con las posibilidades que ofrecía el reconocimiento aéreo. En Italia buscó, naturalmente, la oportunidad para aplicar los principios en un nuevo contexto. A partir de 1943 empezó a examinar fotografías tomadas por la R.A.F. en Etruria y descubrió que eran una mina de valiosa información. El gobierno tenía previsto destruir todo el material fotográfico europeo después de la Guerra, pero Bradford consiguió quedarse las fotografías para la Universidad de Oxford (donde se conservan en el museo Pitt Rivers), y en 1947 publicó un artículo en la revista de arqueología británica *Antiquity* titulado «Etruria desde el aire», en el que abrió una nueva senda para el estudio de los cementerios etruscos. Varios años de trabajo de campo le permitieron hacer un relato exhaustivo de sus descubrimientos en su libro *Ancient Landscapes*, publicado en 1957.

**Reconocimiento aéreo de Etruria.** Las fotografías sobre las que Bradford basó sus trabajos habían sido tomadas sobre los cementerios de Cerveteri y Tarquinia durante el verano extremadamente seco de 1944, cuando la vegetación del suelo sobre los túmulos allanados por el arado permanente del terreno presentaba una distribución distinta según si crecía en la roca o en la tierra. El centro de un túmulo era un tambor circular esculpido en la roca natural, a menudo elevado sobre ladrillos de toba, y cubierto con escombros de rocas excavadas para crear el montículo. La acción corrosiva de los elementos y el arado permanente habían hecho que, en muchos casos, el légamo y los escombros volvieran a caer en la depresión húmeda que rodeaba el túmulo, y en época seca la vegetación de esa zona permanecía verde y, por consiguiente, aparecía en las fotografías aéreas más oscura que la vegetación rala y dispersa que crecía encima. Del mismo modo, los caminos de los cementerios, esculpidos en la roca, habían recogido más capa vegetal, que, por mantenerse verde, aparece más oscura en las fotografías.

En Cerveteri, Bradford estudió dos cementerios, la necrópolis Banditaccia, al norte, y Monte Abetone, al sur del emplazamiento de la antigua ciudad etrusca. En ambos casos pudo añadir a los planos existentes cientos de túmulos desconocidos hasta la fecha. El propio nombre Banditaccia es una alusión a la naturaleza del terreno. No se deriva, como se creía a principios del siglo XIX, del número de bandidos que supuestamente se ocultaban en sus «cavernas y cuevas», sino que quiere decir tierra comunal perteneciente a la municipalidad de Cerveteri, que era *terra bandita* o «tierra distinta», presumiblemente porque en el pasado era un terreno escabroso y no cultivable. Sin embargo, en 1944 la tierra había sido arada intensamente y producía maíz. Fotografías aéreas verticales sacadas el 9 de marzo mostraron las marcas creadas por los



túmulos, aunque no con mucha claridad, pero una serie tomada el 14 de mayo reveló con gran claridad las marcas de los túmulos en el maíz en sazón. Incluso las posiciones de los pasajes de entrada de muchos de los túmulos eran visibles como líneas oscuras que se introducían en la circunferencia (producidas por la profundidad del suelo y el —por consiguiente— crecimiento más sano de la vegetación de arriba). Se estableció la ubicación de más de 400 túmulos elevados, totalmente desconocidos hasta que Bradford los reconoció como tales. El recorrido de varios caminos enterrados también era visible en las fotografías, incluido uno cuyo rastro se podía seguir a lo largo de más de 180 metros. Se detectó un ejemplo de un gran patio, o *piazzetta*, cubierto de sedimentos, de un tipo que en otras partes solía estar cubierto con fachadas de tumbas de piedra.

El siguiente paso era probar la hipótesis de Bradford de que estas marcas representaban, en efecto, túmulos, y esto lo hizo en 1957 un equipo de jóvenes arqueólogos de Roma dirigidos por el decano de estudios etruscos, Massimo Pallottino. Unas cuantas semanas de trabajo en una esquina prometedora de Banditaccia revelaron, como se esperaba, pequeños túmulos de piedra de la primera mitad del siglo VI, con escalones que bajaban hacia una cámara sepulcral central. Las tumbas habían sido saqueadas en la antigüedad, pero algunas aún tenían cerámica griega importada en su interior. Lo más extraordinario fue que los diámetros de las tumbas excavadas oscilaban entre los 10,05 y los 10,66 metros, precisamente la medida que Bradford había calculado a partir de las fotografías aéreas.

Sin embargo, el coste de la excavación convencional es tan alto que los arqueólogos no podrían tratar cada túmulo con el mismo esmero. Además, el hecho de que la mayor parte de las tumbas ya han sido saqueadas, en la antigüedad o en tiempos modernos, hace desaconsejable invertir recursos financieros que no abundan en aras de una recompensa incierta. Al menos, gracias a la fotografía aérea, hoy se sabe con mayor certeza dónde se localizan los grupos de túmulos. Pero no todos los rasgos arqueológicos son susceptibles de detección desde el aire, porque algunos están enterrados a demasiada profundidad para ser reconocidos. La fotografía por infrarrojos está ayudando a resolver este problema, pero siguen siendo necesarias técnicas de exploración sobre el terreno.

**Técnicas geofísicas.** Muchos de los más recientes avances en técnicas de exploración sobre el terreno se han dado como resultado de la fascinación de un hombre por el pasado etrusco. Carlo Maurilio Lerici nació en Verona en 1890, y en 1947 creó la Fundación C. M. Lerici en la Escuela Politécnica de Milán. Esta fundación se especializó en la exploración geofísica de minerales, agua, gas natural y petróleo. En 1955, la Fundación Lerici empezó a promover la aplicación de métodos geofísicos a la investigación arqueológica y, en especial, a la etruscología. Una de las técnicas empleadas era tomar medidas de resistividad eléctrica en el área que se pretendía investigar, y luego registrar cualquier anomalía causada por la pre-



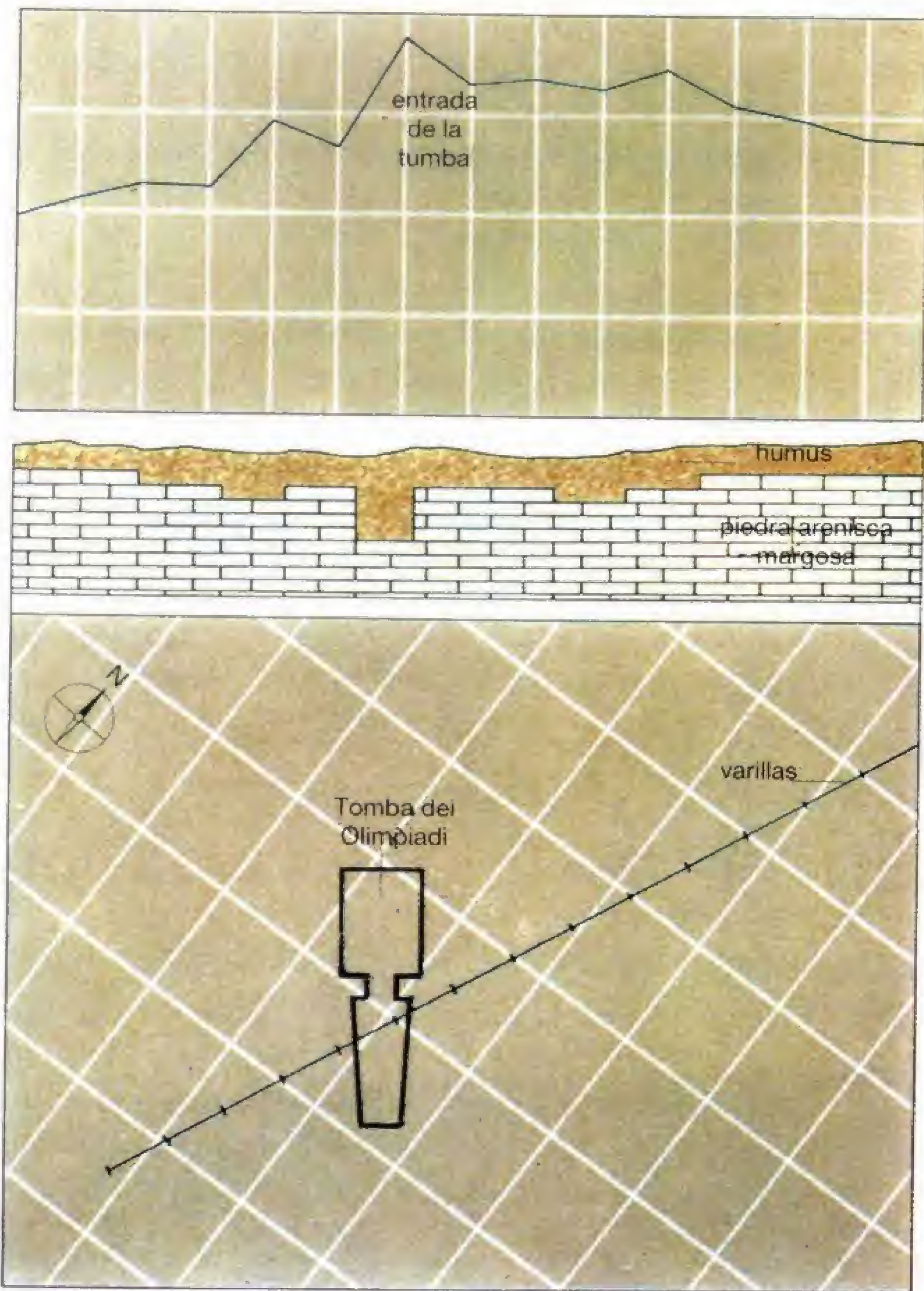
Plano del cementerio Banditaccia, en Cerveteri, hecho a partir de las fotografías tomadas por la R.A.F. durante la Segunda Guerra Mundial. Bradford.

sencia de objetos arqueológicos bajo el suelo. El descubrimiento, en 1958, de la Tomba dei Olimpiadi, en Tarquinia, es un buen ejemplo. Se dispusieron electrodos en línea recta, y luego se midieron los voltajes presentes en el suelo. Expresados en términos gráficos, los picos indicaban depresiones en el suelo que, en una investigación posterior, incluyeron el *dromos*, o pasaje de entrada, de una de las tumbas más impresionantes descubiertas durante todo el programa de exploración.

Sin embargo, la técnica de resistividad sólo es verdaderamente eficaz cuando los objetos arqueológicos están lo bastante dispersos. A partir de 1960, la Fundación Lerici empleó otra técnica de prospección arqueológica que había sido desarrollada en el Laboratorio de Investigación para la Arqueología y la Historia del Arte de la Universidad de Oxford. Esta técnica se valía de un aparato conocido como magnetómetro protónico, capaz de detectar cambios en las propiedades magnéticas de la tierra como resultado de la ocupación humana. Los resultados se representan en un diagrama y, tras seleccionar las anomalías más importantes, se pueden reconstruir las características, e incluso el plano, de los objetos arqueológicos.

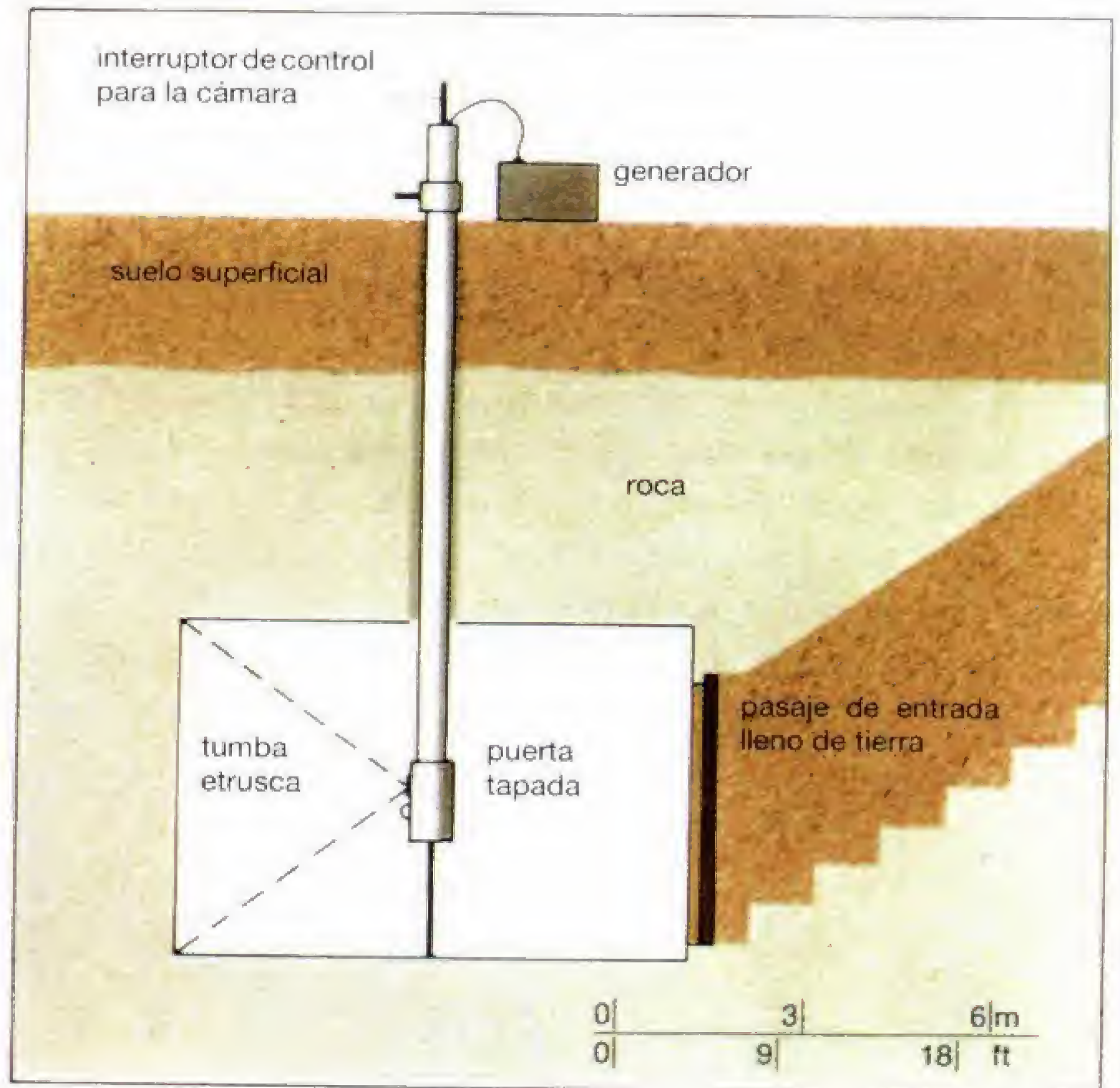
Sin embargo, la localización de una tumba sólo representaba la mitad de la batalla. El problema al que luego se enfren-





Estos dos diagramas que muestran lecturas de resistividad eléctrica fueron tomados en Tarquinia en 1958: se dispuso una línea de varillas a intervalos regulares y la lectura más alta se obtuvo donde la línea coincidía con la galería que conduce a la Tumba de los Olímpicos. Lerici.

taron los investigadores era cómo descubrir la naturaleza de su contenido sin tener que pasar por los costes y las inconveniencias de la excavación. En los laboratorios de la Fundación Lerici se diseñó una sonda que consistía en una cámara minia-tura y una unidad de flash montadas en el extremo de un tubo de aluminio. Se taladraba un agujero encima de la tumba, por lo general hasta una profundidad de 5,50 a 6 metros, y se in-troducía la sonda hasta la cámara de la tumba para compro-bar si valía la pena continuar con la exploración. Puesto que de las tumbas localizadas entre 1956 y 1960, el 98 por cien-to habían sido saqueadas, muchas recientemente, y el 60 por ciento totalmente devastadas, esta técnica resultaba claramen-te necesaria para el trabajo de campo, aunque sea para estar a la altura de los saqueadores de tumbas contemporáneos, que a la sazón no sólo estaban interesados en los objetos del inte-rior de las tumbas, sino que además estaban utilizando méto-dos modernos para sacar las pinturas de los muros. También se estaba haciendo cada vez más necesario, junto con los avan-ces generales en las técnicas agrícolas, rescatar la mayor can-tidad de murales del daño causado por los fertilizantes moder-



Fotografía periscópica en acción (*abajo*) y en sección (*arriba*). Para estar un paso por delante de los modernos ladrones de tumbas, la Fun-dación Lerici de la Politécnica de Milán inventó un periscopio que se puede introducir en una tumba para tomar fotos con el fin de compro-bar si se justifica la excavación.





nos en los campos sobre las tumbas. Cuando el agua de lluvia enriquecida con nitrógeno penetra en una tumba con murales, a menudo deja en la superficie del muro un depósito que puede desteñir los colores. Y lo que es aún peor: las raíces de las plantas y arbustos de la superficie, activadas por el fertilizante, estaban penetrando en algunas de las tumbas y descascarillando las pinturas.

**Arqueología de rescate.** En la actualidad, ocurre a menudo que los emplazamientos arqueológicos se vean amenazados por la edificación o el desarrollo de carreteras, pero en los últimos años se han tomado medidas, al menos en Inglaterra, para solucionar una parte de este problema. Con cierta cuota de previsión ha sido posible, en muchos casos, anticiparse a los constructores y completar programas de investigación arqueológica antes de que éstos apareciesen en escena. Un buen ejemplo es el del Grupo de Investigación Arqueológica M40, creado en 1970 en anticipación de la construcción de una nueva autovía al sureste de Oxfordshire. El equipo pasó varios meses realizando trabajos de campo —reconocimientos

Excavaciones modernas en el palacio del siglo I d.C. de Fishbourne, en Hampshire, descubierto en 1960.

y excavaciones— a lo largo de la línea programada de la carretera, que iba de Stokenchurch a Great Milton. De los 15 emplazamientos excavados, 14 demostraron ser arqueológicamente productivos, y han hecho una gran contribución a nuestros conocimientos acerca de la historia de la región, no sólo en el período romano, sino también en la Edad de Hierro prerromana, así como en el período medieval. Se estudiaron atentamente las evidencias ecológicas. Los restos de semillas, huesos y cáscaras carbonizadas pueden, una vez analizadas, proporcionarnos datos sobre la dieta y el entorno físico de los ancestros de la región. La principal contribución a nuestros conocimientos del período romano fue el descubrimiento de un asentamiento en forma de villa en Lewknor, como lo revelaron las zanjas limítrofes situadas exactamente en el curso de la autovía, y de un cementerio romano tardío o inmediatamente pos-romano cerca de Beacon Hill. Sin embargo, los hallazgos «romanos» más extraordinarios se hicieron en Tetsworth, donde, en una casa medieval del siglo XII o XIII se encontraron las bases cortadas de cinco vasijas romanas, aparentemente recogidas de un emplazamiento romano y utilizadas como fichas o piezas de juego..., otro ejemplo de la continuidad entre Roma y la Edad Media que vimos en el capítulo anterior.





# Pompeya

El 24 de agosto del 79 d.C. fue un día fatal para los habitantes de varios pueblos de la bahía de Nápoles: Pompeya, Herculano, Stabiae, Oplontis y otros fueron destruidos. Los más cercanos al Vesubio fueron arrasados por la lava, mientras que los más lejanos sucumbieron a las cenizas y la pumita que cayó sobre un área muy extensa al sur del volcán. Pompeya fue uno de ellos. Incluso en Miseno, a más de 16 kilómetros al otro lado de la bahía, el cielo del mediodía se cubrió de humo y cenizas, y poseemos un relato vívido de Plinio el Joven (entonces de 18 años) sobre cómo, mientras él y su madre huían de la ciudad, «nos envolvió la oscuridad, no la de una noche de luna o parcialmente iluminada, sino la oscuridad de una habitación sellada sin luces. Sólo se oían los alaridos de las mujeres, el llanto de los niños y los gritos de los hombres. Algu-

nos buscaban a sus padres, otros a sus hijos, otros aun a sus mujeres, reconociéndose únicamente por la voz». Plinio sobrevivió, pero miles, más próximos al centro de la erupción, debieron de haber perecido de manera espantosa. De algunas de esas muertes podemos ser testigos en la actualidad gracias a la habilidad de los excavadores de Pompeya. Sin embargo, parece ser que muchos habitantes huyeron de la ciudad; al menos, no se han encontrado animales de silla. Pero aún queda por saber qué tan lejos pudieron llegar antes de ser alcanzados por los vapores volcánicos o las piedras. La ciudad destruida permaneció prácticamente intacta durante cerca de 1.700 años, como un fósil conservado en un estrato geológico, antes de que se iniciaran los trabajos arqueológicos del siglo XVIII y Pompeya empezara a revelar sus secretos.



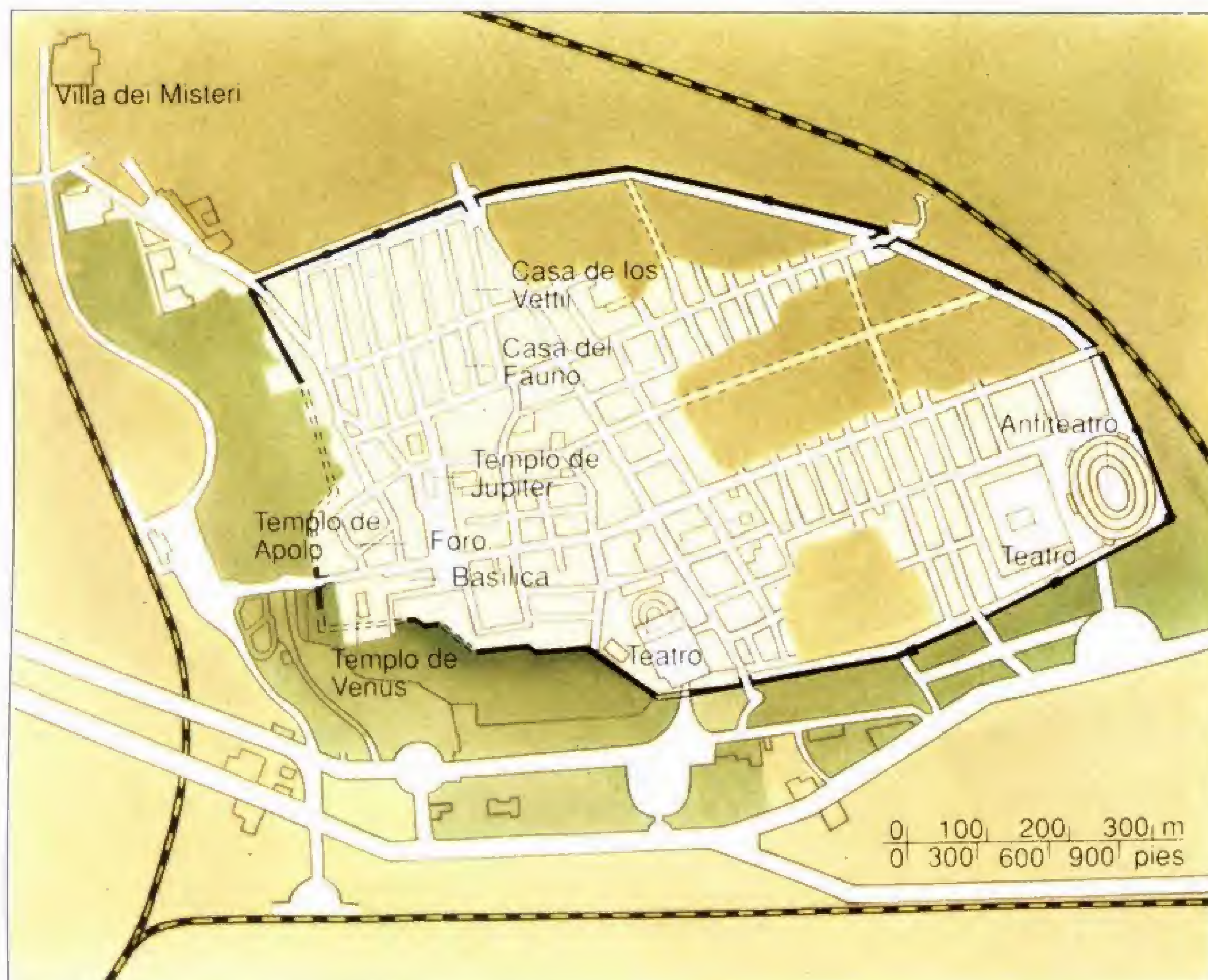




*Arriba:* Pompeya se encuentra unos kilómetros hacia el interior, en las fértiles laderas del Vesubio. Hacia el oeste están Oplontis (Torre Annunziata, donde recientemente se ha descubierto una villa romana) y Herculano.

*Abajo:* Pompeya comenzó como un pequeño asentamiento samnita en el siglo VI a.C. y este núcleo temprano se aprecia en la esquina suroccidental del mapa de la ciudad, alrededor del Foro.

*Página opuesta:* Desde la Torre di Mercurio, en la muralla norte de la ciudad, levantada para resistir al ataque de Sulla en el 89 a.C., el visitante puede contemplar una vista espléndida de Regio VI, en dirección al Foro.





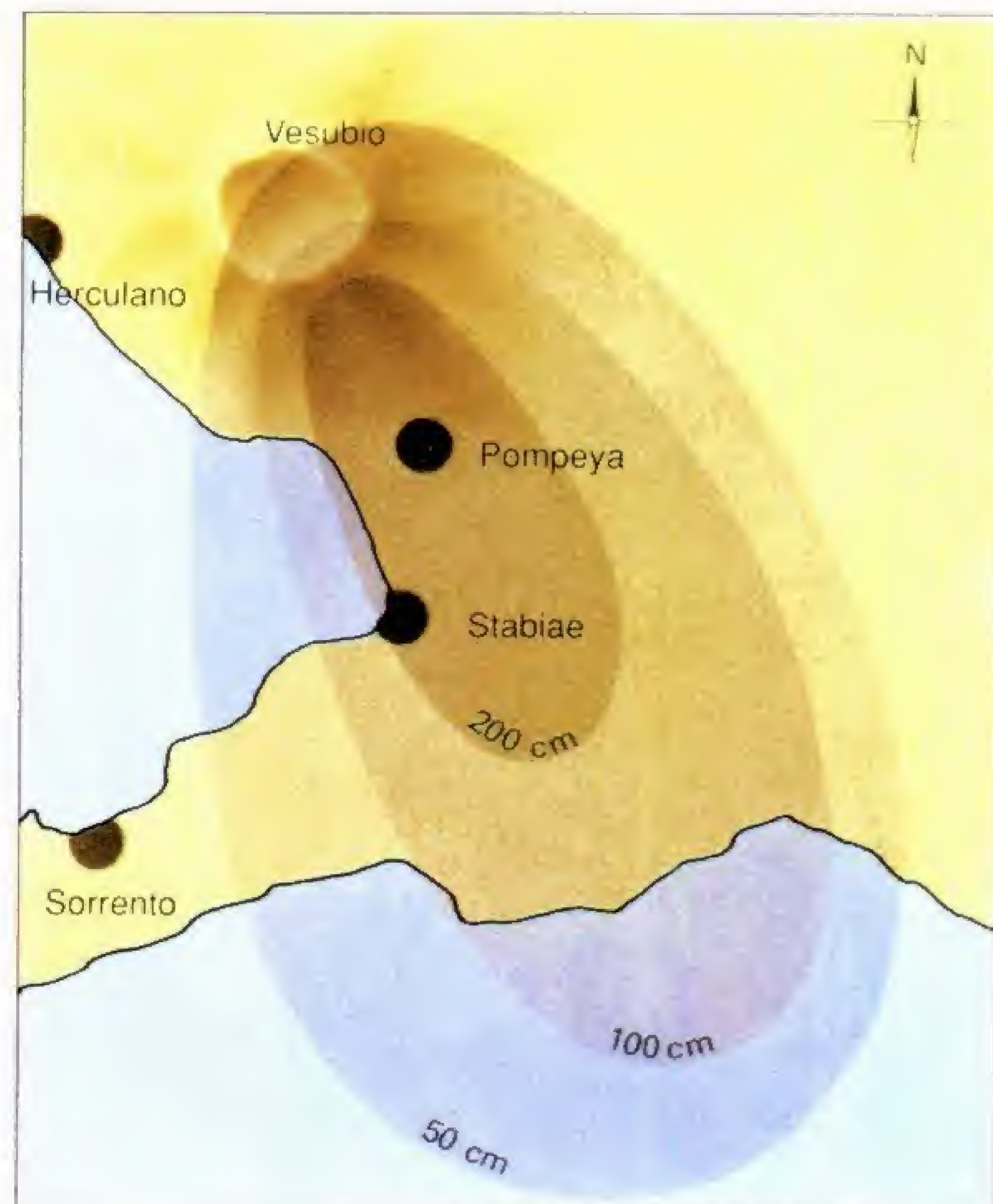
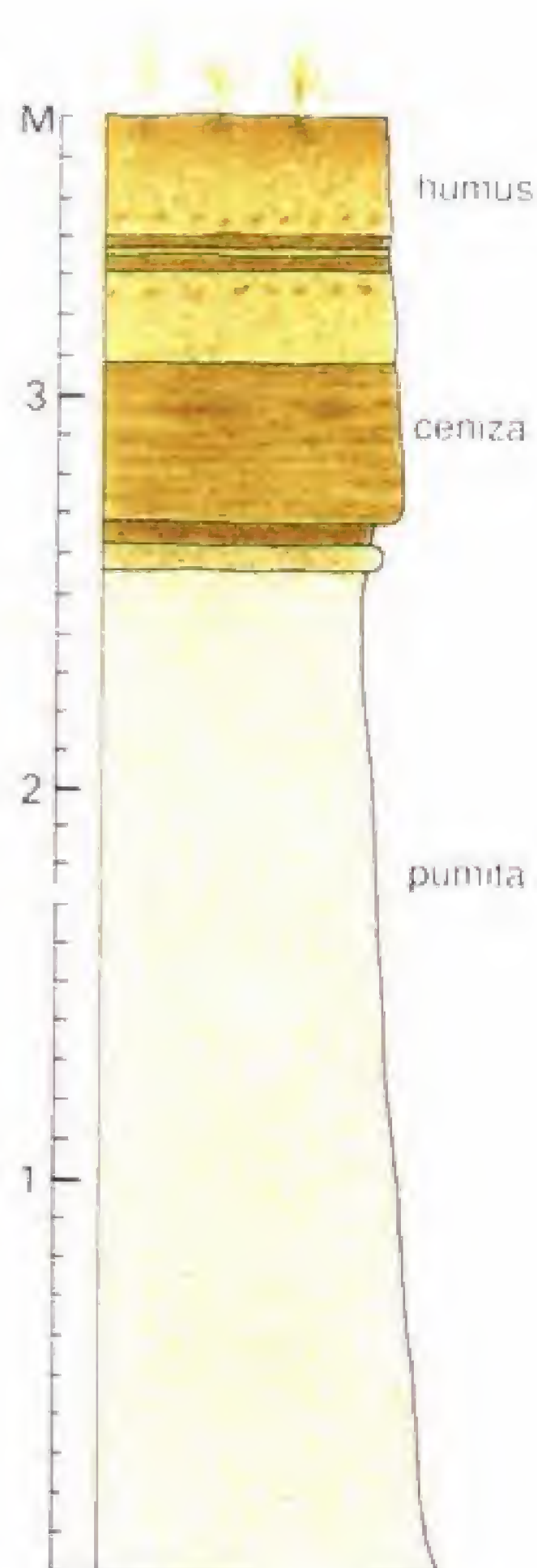




*Derecha:* La erupción del Vesubio lanzó una enorme cantidad de cenizas y pumita que fue arrastrada por el viento hacia el sur. La piedra pómez más pesada cayó al suelo primero, y Pompeya forma un estrato de unos dos metros y medio de profundidad.

*Abajo, derecha:* Los habitantes de Pompeya huyeron o se ocultaron, dejando a menudo la comida del mediodía detrás. En varios casos los alimentos se carbonizaron, y en el Museo de Pompeya se conservan platos con huevos, avellanas y dátiles, y una rebanada de pan.

*Abajo:* En el 62 d.C. hubo en Pompeya un terremoto que causó daños superficiales. Sin duda, esta experiencia animó a algunos pobladores a buscar refugio de las erupciones del 79 en sótanos y lugares similares. No consideraron los asfixiantes vapores que acompañaron a las cenizas y la pumita. Un molde del Museo de Pompeya muestra a un niño agachado tosiedo por última vez.







*Izquierda:* Pompeya tuvo muchísimos bares (*thermopolia*) abiertos a la calle. La comida se conservaba caliente en recipientes insertados en la superficie del mostrador.

*Abajo:* El pan era el principal ingrediente de la dieta de los habitantes de Pompeya, y se han encontrado varias panaderías en la ciudad. Por lo general molían su propio grano y estaban dotadas de una habitación con varios molinos de piedra (como se muestra aquí). Se vertía el grano por arriba y se giraba la piedra superior como si de un cabrestante se tratara, moliendo el grano contra una piedra cónica fija de abajo. Luego caía la harina a la plataforma de abajo y quedaba lista para su uso.









*Página opuesta:* El pequeño teatro cubierto construido entre el 80 y el 75 a.C. apenas podía acoger 1.500 espectadores y se utilizaba para recitales musicales y mimos. Está cerca de un teatro más grande en el que era el centro cultural de la ciudad.

*Derecha:* La basílica era el centro comercial de Pompeya: el equivalente de la bolsa de valores de nuestros días.

*Abajo, derecha:* El patio en el que se levantaba el Templo de Apolo estaba rodeado por un pórtico dórico. Frente a una de las columnas hay una estatua de bronce de Apolo cogiendo su arco.

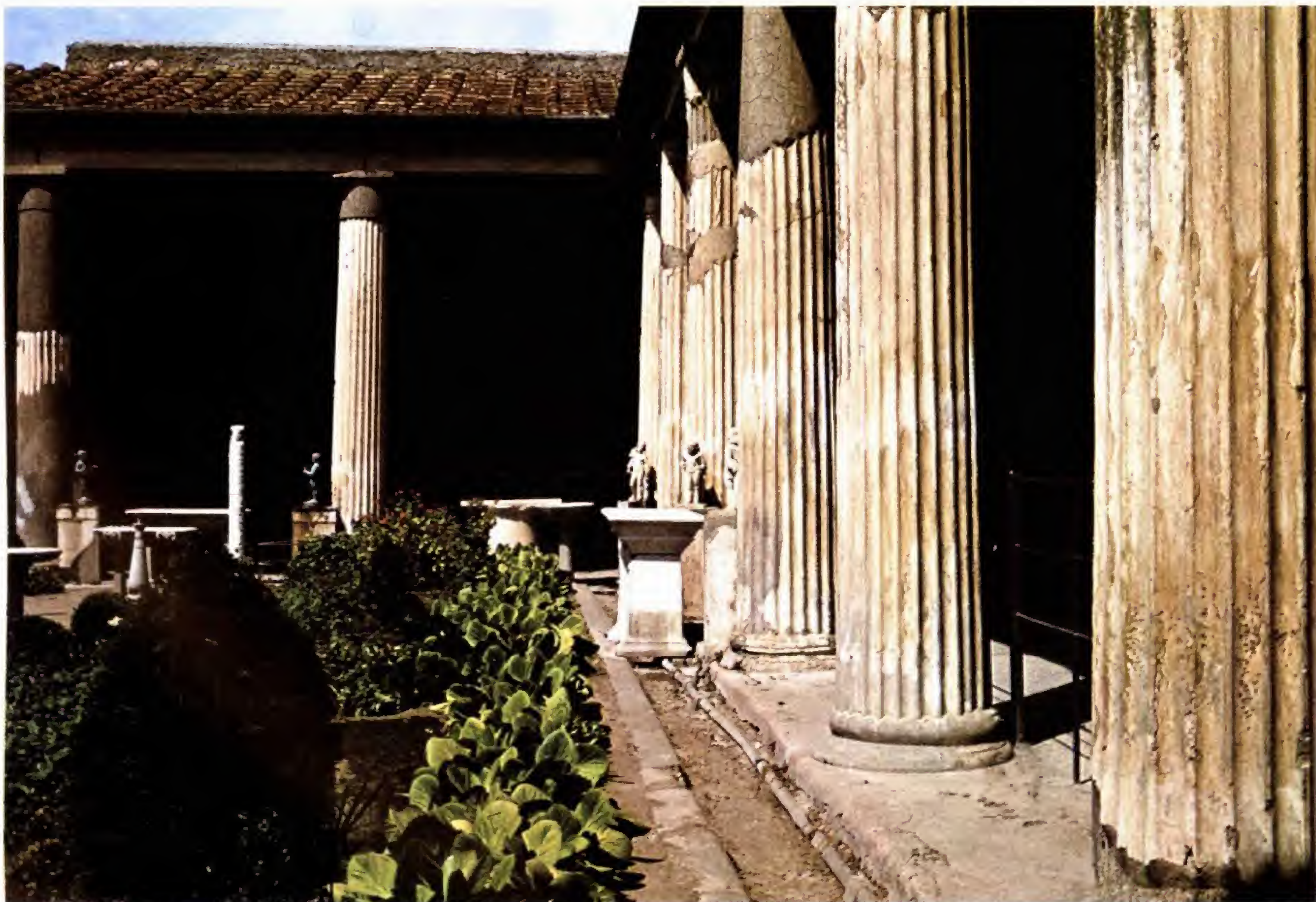
*Abajo:* Se halló una estatua de terracota de Júpiter junto con una estatua de Juno y un busto de Minerva en el sótano del Templo de Zeus Meilichios, que sirvió como templo de la tríada capitolina tras el terremoto del 62 d.C.







Las casas pompeyanas no eran pretenciosas por fuera (*izquierda*), pero podían ser grandiosas en su interior: desde el atrio (*debajo*) se podía ver el jardín más allá del comedor. El jardín de la Casa de los Vettii (*abajo*) muestra cómo debió ser un jardín pompeyano, con sus plantas ornamentales, fuentes y estatuas. Existe división de opiniones sobre el significado de los frescos de la Villa de los Misterios (*página opuesta*): tal vez muestran la iniciación de una o más novias en los misterios dionisiacos.











Los frescos de las paredes de las casas de Pompeya figuran entre las decoraciones murales romanas mejor preservadas de que disponemos. Sin embargo, pocas son de gran calidad artística, y debemos resistirnos a la tentación de sobrestimarlas. Por lo general, representan el gusto medianamente culto de un pueblo de campo romano y, más que originales en sí mismas, reflejan sencillamente la moda de la Roma metropolitana. Desde su descubrimiento en el siglo XVIII, los frescos de Pompeya y Herculano han ejercido una enorme influencia en la decoración de interiores europea y norteamericana. En 1882, August Mau dividió los frescos pompeyanos en cuatro estilos, categorías que en la actualidad se aplican a toda la decoración mural romana del período comprendido entre el c. 200 a.C. y el 79 d.C. El Primer Estilo no hacía más que imitar, en argamasa pintada, los esquemas ornamentales de las lujosas casas helénicas del Mediterráneo oriental, que tenían losas de mármol incrustadas en las paredes. El Segundo Estilo (*abajo, izquierda*) llegó a Pompeya cuando ésta se convirtió en colonia romana en el 80 a.C. Se conservaron elementos del Primer Estilo, pero se consiguieron elaborados efectos ilusionistas mediante la imposición de columnas. En el Cubículo 16 de la Villa de los Misterios (c. 60 a.C.) se creó una impresión de espacio mediante la inserción de columnas sobre las que se apoyaban arquivoltas proyectados. El Tercer Estilo había sido introducido en Roma hacia el 12 a.C. y su primera manifestación en el área de Pompeya fue en la Villa de Boscoreale (*arriba, izquierda*), construida para Agripa Póstumo en el 11 a.C. Los elementos arquitectónicos se habían vuelto excesivamente delicados: las columnas tienen bases y capiteles diminutos y prácticamente han dejado de ser funcionales. Los elementos decorativos pertenecen ya, decididamente, al reino de la fantasía. La figura central sobre fondo blanco es muy eficaz contra el rojo pompeyano. No hay ejemplos del Cuarto Estilo en Pompeya anteriores al terremoto del 62 d.C. Uno de los más tempranos y elegantes es la Habitación del Jardín de la Casa de los Vettii (*página opuesta*). Este detalle muestra hasta qué punto llevó el Cuarto Estilo la tendencia hacia la fantasía. Las columnas se han convertido en estilizadas espirales y delgadas volutas meramente decorativas.









*Arriba:* Un *souvenir* para turistas del siglo XVIII: el diseño de este abanico está inspirado en un fresco de Herculano.

*Izquierda:* Los diseños tempranos del siglo XIX para Hofgarten en la Residencia de Munich empleaban una variación del Tercer Estilo de Pompeya.

*Abajo:* El Museo J. Paul Getty, en Malibú, California, que se inauguró en 1974, se basa en la Villa dei Papiri de Herculano. Las paredes del peristilo interior reproducen las decoraciones del Primer Estilo de la Casa del Fauno, en Pompeya.





EXLIBRIS Scan Digit



The Doctor

<http://thedoctorwho1967.blogspot.com.ar/>

<http://el1900.blogspot.com.ar/>

<http://librosrevistasinteresesanexo.blogspot.com.ar/>











ORIGENES DEL HOMBRE

51

El mundo romano (I)

folio